

DELEGACION EN CORTE
GORTEXO ORDEZKARITZA
REAL SOCIEDAD BASCONGADA
DE LOS AMIGOS DEL PAIS
EUSKALERKIAREN ADISKIDEEN ELKARTEA

LOS ORIGENES DE LOS VASCOS

Lección de historia para el curso de 1954-55
del curso de historia de la R.E.H.A.

B. Martín Almagro Gortea

y palabras de vocabulario

ÁREA DE CALIDAD EDITIVA B.

© Delegación en Corte de la R.E.H.A.
© Martín Almagro Gortea

Esta Dirección de Corte, Española, Ediciones
de Echeburua, 28
28014 MADRID

Impreso: TAYLOR, S.L. • Impresión: 1954

Edición
1954

ISBN: 84-304-2018-11-1
D.L. M. 31.004-2008



FIGURA 1.—Majestuosa encina del santuario de la Virgen que lleva su nombre, en la Villa de Arceniega, en el Valle de Ayala (Foto Martín Almagro-Gorbea).

INDICE

*A mi madre,
Clotilde Gorbea Urquijo,
de Retes de Llanteno,
en el Valle de Ayala*

Los orígenes de los versos

Palabras de recepción

Otras publicaciones de la Embajación en ...

*A la Vigen de la Encina,
cuyo majestuoso árbol
es y siempre ha sido
símbolo del Valle de Ayala*

LOS ORÍGENES DE LOS VASCOS

Martín Almagro Gorbea

Querido Amigo Iñigo de Yrizar, Delegado en Corte de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País, y queridos amigos todos de la Delegación en Corte, señoras y señores:

Quiero que mis primeras palabras sean para expresar mi profundo agradecimiento y, al mismo tiempo, mi gran satisfacción por poder hablar hoy aquí, ante esta Delegación en Corte de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País.

Lo hago con muy profundo y sincero agradecimiento, porque soy consciente del gran honor que se me hace, pero también con una gran satisfacción y con un cierto orgullo que no quiero disimular, tanto es lo que me ilusiona este acto en lo profundamente vasco que me siento.

Este honor y esta satisfacción quiero dedicarlos a la memoria de mi madre, recientemente fallecida, Clotilde Gorbea Urquijo, nacida en el caserío de Retesuso, de Retes de Llanteno, en el Valle de Ayala, donde, en un lugar tan simbólico como el santuario de la Virgen de la Encina (fig. 1), se casó hace 69 años con mi padre, Martín Almagro Basch, oriundo de la Sierra de Albarracín.

De esa unión y de esa tierra procede el profundo sentimiento que tengo de vasco, preciosa herencia que he recibido de mi madre y que conservo y cultivo como un valioso don.

Este hecho explica el interés que siempre he sentido, más bien «vivido», por todo lo vasco. Además, en mi caso, como arqueólogo, me he sentido atraído por las discusiones sobre sus remotos orígenes, aunque muchas veces se aluda a ese origen más como un testimonio de fe que con conocimiento científico. Quizás estos sentimientos hayan influido en mi interés por estudiar los procesos de etnogénesis y de formación de los pueblos prehistóricos en los que me he especializado en mi profesión, sin excluir que, al mismo tiempo, hayan sido esos estudios los que me han llevado a interesarme cada vez más por el origen y la prehistoria del País Vasco, un tema siempre abierto al estudio y a la discusión por su indudable interés.

* * *

La Prehistoria del País Vasco es un campo de estudios de particular atractivo en la Prehistoria de la Península Ibérica, una de las más complejas de toda Europa. Su interés se acrecienta por ser un interesante campo de investigación interdisciplinar, pues exige abordar, paralelamente, datos arqueológicos, lingüísticos y antropológicos, tarea cada día más difícil por la creciente especialización que dichos saberes exigen, pero que constituyen un aliante añadido.

Pero, a pesar de su interés, se da la paradoja de que en la actualidad, ya desde hace muchos años, no existe una síntesis actualizada de la Prehistoria del País Vasco que supere los viejos axiomas, hoy día caducos, hecho que cabe relacionar con la nece-

sidad, cada día más acuciante, de revisión de las posturas tradicionales mantenidas desde hace casi un siglo, en especial, desde las investigaciones de la generación de T. de Aranzadi y E. Eguren con José Miguel de Barandiarán (1934), renovación que debe atenderse a los avances en las investigaciones ocurridos en ese lapso de tiempo, en especial en estos últimos años. Gracias a ellas, los conocimientos adquiridos permiten superar los antiguos esquemas, que ya no pueden sostenerse, a la vez que han abierto nuevas y sugestivas perspectivas para una visión actualizada y global de los complejos procesos de formación que ofrecen las gentes que han habitado el País Vasco a lo largo de los tiempos.

Desde hace algunos años, ha resurgido el interés por conocer los procesos de etnogénesis en época prerromana de la Península Ibérica, la antigua *Hispania*. Los trabajos iniciales de Bosch Gimpera (1932; 1944), anteriores a la Guerra Civil, fueron proseguidos por Martínez Santa-Olalla (1946), Caro Baroja (1946), Almagro (1958) hasta los años 1960 y recogidos en algunas síntesis posteriores (Gómez Tabanera (ed.), 1967). Después, esta línea de estudios casi quedó abandonada, probablemente por el descrédito que supuso su abuso y manipulación por el Nacional-Socialismo nazi, por lo que, tras la II Guerra Mundial, con la excepción de Italia y de los países bajo el socialismo soviético, estos temas dejaron de tratarse para evitar malos recuerdos y las delicadas consecuencias políticas que suponía el riesgo de su manipulación, todavía presentes en muchos países de Europa.

A pesar de este paréntesis *de facto*, desde hace más de 25 años, estos estudios se han retomado con nuevos planteamientos y desde nuevas perspectivas, pues son imprescindibles para comprender cómo evolucionó la sociedad en la Prehistoria y cómo se formaron y desaparecieron los pueblos prerromanos de *Hispania*, en

procesos de etnogénesis de indudable interés, tarea a la que me he dedicado con particular atención en mis estudios.

Gracias a ello, hoy se entiende mejor la formación de la cultura ibérica, superando visiones 'invasionistas' caducas o localismos faltos de perspectivas, lo que ha permitido comprender que la iberización fue consecuencia de un complejo proceso de influjos de las culturas mediterráneas que supuso la aproximación hacia la vida urbana de las poblaciones originarias de la Edad del Bronce, generado por los contactos con Tartessos y los pueblos coloniales (Almagro-Gorbea, 2001a; *id.* y Ruiz Zapatero, 1993, p. 484 s.).

Esta línea de estudios ha permitido revitalizar también a partir de 1990 la visión sobre el origen de los celtas en la Península Ibérica, igualmente estancado durante muchos años por falta de trabajos innovadores de los esquemas de antes de la Guerra Civil, apenas renovados en los inicios de los años 1950 (Almagro, 1952). La polémica sobre alguna de la hipótesis aportadas inicialmente (Almagro-Gorbea, 1992; *id.*, 2001) ha exigido su revisión (Ruiz Zapatero y Lorrio, 1999), pero esta línea de investigaciones paleoétnicas ha sido seguida en estos últimos años, de forma más o menos explícita, por numerosos colegas y ha dado lugar a interesantes síntesis actualizadas sobre los principales pueblos prerromanos, como Cántabros (González Echegaray, 2004; Peralta, 2000), Célticos del Suroeste (Berrocal, 1992), Vacceos (Romero Carnicero *et al.*, 1993; Sanz Mínguez, 1997); Celtíberos (Lorrio, 2005; Burillo, 1998), Vettones (Álvarez-Sanchís, 1999; Sánchez Moreno, 2000; Salinas de Frías, 2001), Lusitanos (Martín, 1999; Pérez Vilatela, 2000; Alarcão, 2001), Galaicos (da Silva, 1986; González Rubial, 2007), Tartesios (Torres, 2002), e incluso otros pueblos menores, como los Ártabros (González García, 2003), etc.

No es casualidad que esta aproximación a la etnogénesis de los pueblos hispanos se haya realizado en general desde las regiones del Mediterráneo, las mejor conocidas de la Península Ibérica, hacia las que ofrecen más dificultad. Pero tras haber profundizado en las poblaciones ibéricas y celtas, que constituyen los dos principales componentes étnicos de la *Hispania* prerromana, resulta cada día más necesario y atrayente actualizar con esta perspectiva innovadora la visión existente sobre la etnogénesis del mundo vasco.

Esta visión tiene el atractivo de ser, por una parte, la continuidad de la comentada línea de investigación, tan sugerente y fecunda, que hemos mantenido sobre los pueblos prerromanos de la Península Ibérica desde hace dos decenios. Pero, además, tras haber profundizado en el origen de iberos y celtas, los vascos plantean una nueva problemática al pertenecer a un tercer tronco etnocultural diferenciable en la población prehistórica de Hispania, tanto más por cuanto el avance en el conocimiento de estos procesos de etnogénesis ha evidenciado que todos ellos están interrelacionados entre sí, por lo que sólo se llegan a comprender debidamente desde una visión de conjunto.

* * *

Antes de exponer una visión actual sobre los orígenes de los vascos, tema que puede parecer delicado y difícil, aunque en realidad es muy atractivo, resulta oportuno hacer algunas consideraciones teóricas, metodológicas e historiográficas. En primer lugar, hay que resaltar, como he señalado, que desde hace más de 50 años se echa en falta una visión actualizada de conjunto sobre los procesos de etnogénesis de la Península Ibérica y sobre las carac-

terísticas etno-culturales de sus poblaciones, salvo algunas síntesis, que, en parte, también pueden considerarse ya superadas (Almagro-Gorbea, 1986; Almagro-Gorbea y Ruiz Zapatero, 1993).

Este hecho, que no es casual, es aplicable en particular al País Vasco, que igualmente carece desde hace muchos años de una necesaria visión que sea válida para la sociedad actual. La causa quizá sea el recelo ante pasadas interpretaciones impregnadas de concepciones ideológicas y políticas que hoy debieran estar ya superadas. Sin embargo, los prejuicios ideológicos existentes no deben impedir este tipo de estudios, que se deben abordar siempre desde una perspectiva independiente. Para ello conviene recordar que ya desde Gordon Childe se definió la «cultura arqueológica» como «un conjunto recurrente de artefactos en el tiempo y en el espacio», concepto que suponía asumir la ecuación de «cultura = pueblo», defendido previamente por la Escuela de Viena y G. Kossina, que sobreentendía lo que los antropólogos denominan como «grupo étnico» siguiendo la larga tradición etnológica centroeuropea del siglo XIX de los Círculos Culturales, según la cual las formas de pensamiento estaban implantadas en los pueblos por descender de un 'stock' común ancestral, idea que parece inspirada en percepciones procedentes del campo lingüístico. Este presupuesto permitía identificar 'pueblos' a través de la cultura material, suponiendo que existía un conjunto estable y objetivo de rasgos culturales característicos de cada grupo étnico.

Este concepto fundamental, con ciertas matizaciones necesarias, ha sido de nuevo aceptado por D. L. Clarke (1968; *id.*, 1978, p. 299 s.), uno de los fundadores de la *New Archaeology*, pero integrado en el concepto de «sistema cultural», que aporta la importante novedad de su concepción dinámica e interaccionada con los componentes internos y con los influjos externos, que explican

su necesaria variación diacrónica, así como el carácter necesariamente complejo o «polimorfo» de toda etnia, cuya composición es, en consecuencia, siempre «híbrida» o «mestiza», como se prefiera denominar. Una etnia o sistema etno-cultural es un proceso en cambio continuo, nunca «una foto fija» y necesariamente en correlación con su entorno y con otros grupos humanos. Sólo desde esta perspectiva puede proponerse una definición de grupo étnico, aunque convenga evitar caer en subjetivismos como supone la dada por S. Jones (1999, p. 76 s.): «cualquier grupo de gente que se considera a sí misma distinta de los demás y diferenciable de los demás con los que interactúa o coexiste sobre la base de sus percepciones de diferenciación cultural y/o de ascendencia común», pues conviene añadir que todo grupo étnico también debe ser considerado como diferente por los demás, aunque dicha percepción debe ser objetiva, esto es, contrastable empíricamente de forma científica, ya que, en otro caso, puede caerse en la manipulación ideológica, cuya falsedad nada tiene que ver con el conocimiento científico, además de que puede conllevar graves consecuencias, negativas para la Ciencia y la Sociedad, como nos recuerda la Historia. Por ello, una etnia no es un «constructo moderno» como plantean algunos autores, al confundir la realidad histórica con la frecuente manipulación ideológica de dicha realidad (Álvarez-Sanchís y Ruiz Zapatero, 2002, p. 182), pues toda etnia es una realidad perfectamente perceptible empíricamente, tal como evidencia la larga experiencia histórica y etnográfica habida desde la Antigüedad, en especial, la de los griegos y romanos.

A partir de estos supuestos, las investigaciones «paleoetnológicas» buscan los antecedentes arqueológicos, lingüísticos y genéticos de esas «culturas-pueblos» para recomponer su evolución en etapas anteriores y estudiar diacrónicamente los procesos

que desembocan en la configuración de las etnias protohistóricas. Dentro de este marco conceptual, hay que situar todos los intentos de reconstrucción paleoetnológica de la Península Ibérica, desde los iniciales del siglo XIX, de nulo interés actual, hasta Bosch Gimpera (1932; *id.*, 1944), que supuso el primer intento serio de reconstruir la «Paletnología» de la antigua *Hispania* con los datos y concepciones de marcado sesgo nacionalista propios de su época.

Su trabajo sirvió de modelo para los estudios sobre el País Vasco de Telesforo de Aranzadi, Enrique Eguren y José Miguel de Barandiarán, que cabe personificar en la síntesis escrita por este último (1934), que, en la práctica, casi sigue siendo la única existente (*id.*, 1995), si bien existen otras posteriores, incluso de algunos discípulos de su escuela (Altuna, 1975; *id.*, 1978; Peñalver, 1996; *id.*, 1999), aunque apenas se apartan de los axiomas que inspiraron a J. M de Barandiarán, cuyo influjo se deja sentir incluso en valiosas síntesis más recientes (Collins, 1989, p. 22 s.).

La carencia actual de este tipo de estudios se explica en parte por las causas ideológicas apuntadas, pero también porque este proceso de estudio no es sencillo. Como hemos señalado, la etnicidad es actualmente negada por algunas escuelas arqueológicas, en especial del mundo anglosajón, al considerarla un mero patrón mental moderno, como señala Renfrew (1998), postura seguida también de manera matizada por algunos arqueólogos españoles (Álvarez-Sanchís - Ruiz Zapatero, 2002). Pero esta interpretación es 'actualista', pues traslada al pasado una determinada percepción del presente que pretende negar la existencia objetiva de etnias, y es también contradictoria con la realidad, pues, por una parte, acepta su existencia al considerarla relacionada con la identificación auto-consciente de un grupo social en un área geo-

gráfica determinada o con un origen específico, y, al mismo tiempo, por otra parte, niegan la existencia objetiva de etnias, al considerar la etnicidad un «constructo» o patrón mental moderno, lo que evidencia que dicha interpretación es consecuencia de una postura teórica de antropólogo de laboratorio y no de una postura empírica de analizar la realidad, como confirman la Etnología y la Historia desde la Antigüedad y la experiencia de observar el mundo real de nuestro entorno.

Frente a esta opinión actualista, es evidente que la etnicidad es una realidad perceptible de forma empírica, no sólo en la actualidad, sino también a lo largo de la Historia a juzgar por la experiencia histórica y etnológica, hecho particularmente bien documentado desde la Antigüedad, desde Heródoto a Posidonios, Estrabón o Tácito, quienes ya realizaron interesantes observaciones sobre las frecuentes interacciones entre cultura material, lengua y antropología física como elementos que, sin ser ninguno de ellos esencial, en su conjunto sirven como identificadores de etnicidad, ya que pueden ser apreciados tanto desde el exterior como por los propios integrantes del grupo étnico.

Además, la Arqueología y la Etnología han constatado la posibilidad de identificar las etnias a partir del empleo por éstas de rasgos culturales específicos como «demarcadores», conscientes o no, para reconocer o reforzar su auto-consciencia. Alguno de estos demarcadores pueden quedar reflejados en ocasiones en el registro arqueológico, por lo que pueden ser documentados de forma objetiva. Pero, por otra parte, desde este enfoque del «sistema etno-cultural», todo proceso de etnogénesis supone la crisis de unas comunidades y la disolución de las agregaciones étnicas precedentes, que pasan a formar el «substrato» étnico que le sucede, al dar lugar a otras formaciones étnicas nuevas o a una más

amplia. Estos procesos de etnogénesis traslucen influjos y cambios al estar interrelacionados con situaciones medio ambientales, socio-económicas, políticas e ideológicas, así como reflejan los contactos de unas entidades étnicas con otras y revelan procesos de agregación, mestizaje, fagocitación y de división, hecho particularmente evidente en la Protohistoria de la Península Ibérica.

Es esta perspectiva la que pretendo aplicar en este análisis de la Prehistoria del País Vasco. Esta metodología de estudios sobre Paleoetnología la hemos experimentado con éxito en estos últimos años para conocer mejor las formaciones étnicas de *Hispania* en el I milenio a.C., que corresponde al Bronce Final y a la Edad del Hierro. Esta metodología ofrece una característica esencial: se basa en la consideración, bien contrastada por múltiples ejemplos, en particular en los estudios sobre la Península Ibérica, de que una etnia es el resultado de complejas interacciones de larga duración de todo su sistema cultural. Éste integra subsistemas independientes e interrelacionados, entre los que cabría identificar como más esenciales la cultura material y la tecnología, los más visibles para la Arqueología, pero también los medios de subsistencia, la estructura social, la religión y la ideología, la lengua y las características genéticas y antropológicas. Como todo sistema vivo, este sistema es abierto, lo que explica y obliga a considerar que varía diacrónica y geográficamente, ya que está en proceso de continuo cambio y reequilibrio interno, que explica su tendencia a evolucionar, proceso que se ve acentuado por los impulsos que recibe del exterior, en especial del medio ambiente y, sobre todo, de otros sistemas étnicos con los que, necesariamente, se interfieren mutuamente a lo largo del devenir histórico, a causa de fenómenos de difusión, aculturación, invasión, intercambio genético, etc., recibidos, a lo largo del tiempo en mayor o menor medida.

El concepto de pueblo o «*ethnos*» debe ser entendido de este modo, ya que no hay otro modo de explicar su funcionamiento aunque se pueda definir de múltiples maneras. Por ello, este concepto es, necesariamente, dinámico y variable, pues no puede existir un pueblo uniforme, puro ni estático, ni siquiera si quedara aislado durante generaciones, ya que se generarían procesos de mutación y cambio interno que abocarían a su transformación o a su extinción. La idea de un pueblo indefinidamente estable, más que una utopía, es en gran medida un concepto mítico que procede de la visión bíblica para explicar el origen de los pueblos a partir de los descendientes de Noé (Gen. 10). Esta creencia fue definitivamente sustituida en la segunda mitad del siglo XIX por las nuevas visiones científicas basadas en los conocimientos que aportaba la Prehistoria, aunque se ha mantenido en el País Vasco por razones ideológicas en pseudo-interpretaciones de tipo nacionalista de escasa altura intelectual.

* * *

Es interesante, en consecuencia, hacer una breve incursión historiográfica sobre el origen de este «modelo» histórico aplicado al origen de los vascos y, por tanto, a su Prehistoria. En él ha pesado de forma apreciable el problema del origen de la Lengua Vasca, dada su gran personalidad e interés. En efecto, la lengua es un elemento cultural esencial y uno de los principales delimitadores de etnicidad, pero no es el único, ni es exclusivo ni siquiera el más profundo. Véase como los hebreos y tantos otros pueblos han perdido su lengua originaria a lo largo de la historia sin perder su sentido étnico y cómo en fechas más recientes los irlandeses también han perdido en la práctica el uso de su lengua gaélica

y no por ello su sentido étnico y, del mismo modo, podrían ponerse otros múltiples ejemplos.

El interés de la humanidad por conocer y explicar sus orígenes hace que en todos los pueblos prehistóricos y primitivos hayan existido mitos sobre este tema. Tras la experiencia racionalizadora de la Historia en el mundo clásico de la Antigüedad, este tipo de preocupaciones, siempre basadas en el deseo innato del hombre de recuperar su memoria colectiva y de conocer sus orígenes, resurge entre las gentes eruditas del Humanismo en el Renacimiento. Para ello era necesario poner de acuerdo y enlazar las dos fuentes consideradas esenciales sobre el pasado, la Biblia y los textos conservados del mundo clásico, un enlace en realidad imposible con los conocimientos de la época, lo que obligaba a recurrir a mitos utilizados de forma tópica.

Dentro de este contexto, a fines del siglo XVI Joseph Scaliger (1540-1609) inicia la tradición de estudios de lingüística comparada (Grafton, 1993), en la que, ya en 1767, James Parson publica *The Remains of Japhet, being historical enquiries into the affinity and origins of European languages*, obra en la que se parte de la idea bíblica mítica de relacionar las lenguas con los descendientes de Noé: Sem, antecesor de judíos y árabes, Cam, de egipcios y camitas, y Jafet, de los europeos. Parson comparó 1000 palabras de lenguas por él conocidas y concluyó que la mayor parte de ellas, procedentes del Irlandés, Galés, Griego, Latín, Italiano, Español, Francés, Germánico, Alemán, Holandés, Sueco, Danés, Inglés Antiguo, Inglés, Eslavo, Polaco, Ruso, Bengalí, Persa y Húngaro, eran semejantes entre sí y distintas del Turco, Hebreo, Malayo y Chino. Pero también llegó a la conclusión de que todas descendían del Irlandés, que sería la lengua primordial, frente a la creencia tradicional de que era el Hebreo, según la Biblia. Esta conclu-

sión es un claro ejemplo de «Goropianismo», término que designa la ingenua creencia de que la propia lengua es la más antigua del mundo, como creyó el humanista holandés Ioannes Goropius Becanus (1518-1572), quien, en sus *Origines Antwerpianae* (Amberes, 1572), consideró que todas las lenguas descendían del Holandés, por lo que el término «goropianismo» ha quedado asociado a dicho tipo de interpretación histórica, muchas veces no exenta de ingenuidad.

Al iniciarse en España las historias nacionales, regionales y locales de los eruditos y humanistas del Renacimiento a partir del siglo XVI se siguieron estas concepciones, extendidas por toda Europa. El mismo Juan de Mariana (1536-1623), en su famosa *Historia General de España* (1592; 1601; ed. 1950, p. 1a), acepta el mito de que «Túbal, hijo de Jafet, fue el primer hombre que vino a España». Sin embargo, fueron las supercherías del dominico Giovanni Manni, 'Annio de Viterbo' (1432-1502), en su *Antiquitatum variarum volumina XVII*, obra editada en Roma en 1498 que dedicó a los Reyes Católicos, las que tuvieron indudable éxito en España (Caro Baroja, 1991, p. 66 s.; Pérez Vilatela, 1993; Caballero, 2002), hasta la nueva historiografía ilustrada, surgida a partir del siglo XVIII, impulsada desde la Real Academia de la Historia. Annio de Viterbo se inventó la existencia de un códice de un sacerdote caldeo de estirpe real de los siglos IV-III a.C., llamado Beroso, que explicaba cómo Túbal, hijo de Jafet (Gen. 10,2), llegó a Iberia, donde dio lugar a los iberos sobre los que reinó 155 años, siendo sucedido en el trono por su hijo *Ibero*, dando lugar a una dinastía de 22 reyes, algunos de cuyos nombres inventados eran *Hispalus*, *Hispanus* o *Lusus*, hasta enlazar con los reyes míticos tartésicos, *Gargoris* y *Habis*, recogidos en el *Epítome* de Pompeyo Trogo de Justino (44,4).

Estas concepciones influyeron también en las primeras historias sobre el País Vasco, ya preocupadas por resaltar sus orígenes para defender sus fueros y privilegios, como indican algunos ejemplos significativos. El bachiller Juan Martínez de Zaldibia († 1578), en su obra *Suma de las cosas cantábricas y guipuzcoanas*, recoge como históricos tanto mitos como hechos procedentes de las fuentes clásicas, que utiliza con la idea de fundamentar los Fueros, por lo que, junto a ideas como la nobleza universal, recogía la tradición legendaria de Túbal, quien habría traído la lengua vasca tras la confusión de la Torre de Babel (Gen. 11), además de recurrir a identificar los vascos con los cántabros, para resaltar su heroísmo y su amor a la libertad, y la legua ibérica con la vasca.

Esa misma tendencia, como no podía ser de otro modo, sigue Esteban de Garibay (1533-1599), quien fue cronista regio (1592). Su obra *Los cuarenta libros del compendio historial de las chronicas y universal historia de todos los reynos de España*, redactada antes de 1571, también recoge el origen ancestral de la lengua vasca, pues sería una de las 72 surgidas en la Torre de Babel, que habría sido traída por Túbal el año 142 después del diluvio universal, que, según los cálculos de la época, equivalía al 2163 a.C. También fue Túbal quien, al poblar con sus compañeros *Hispania*, trajo la lengua vasca, que sería la más antigua, así como el culto al auténtico Dios y las buenas costumbres que recogen los Fueros, lo que justifica su defensa de la hidalguía universal de guipuzcoanos y vizcaínos, anterior a los demás títulos nobiliarios, pues se remontaba nada menos que al mismo Túbal. Esta descripción mítica de la historia de Guipúzcoa, nombre dado entonces al País Vasco, constituye el precedente de la *Corografía* de M. de Larramendi y, como la obra de J. Martínez de Zaldibia, se interesaba por la antigüedad de los vascos, que exageraba para defender sus fueros y pre-

rogativas dentro de la sociedad gentilicia estamental de la época, con ideas entonces plenamente respetables, que necesariamente partían de la Biblia y que tenían que concordar con los datos históricos de las fuentes clásicas, por lo que acudía, casi de forma sistemática, a las citadas supercherías de Annio de Viterbo.

Este modelo histórico pasó a los eruditos vascos que iniciaron los estudios lingüísticos en el siglo XVIII. Sin embargo, plenamente impregnados de «goropianismo» más que de conocimientos lingüísticos, siguieron las tesis de Esteban de Garibay (1571), quien había considerado que el Vasco era una de las 72 lenguas de Babel, traída a la Península Ibérica por Túbal. En esta línea, el jesuita Manuel de Larramendi (1690-1766) publica en 1745 su célebre *Diccionario trilingüe castellano, bascuence y latín*, inicio de los estudios de la Lengua Vasca. En su *Prefacio* (1745, cap. 8, pág. 82), quizás inspirado en el «método» de Annio de Viterbo, recoge una inscripción inventada, recurso frecuente en su época (Almagro-Gorbea, 2003, p. 223 s.), aunque curiosamente resucitado en la actualidad en los «ostraca» de *Veleia* (*vid. infra*), que denotan un *perseverare diabolicum* incompatible con la búsqueda científica de la verdad causado por un empecinamiento ideológico.

El propio Larramendi tradujo la inscripción por él hallada, que delata su posicionamiento ideológico y que decía (fig. 2):

*Gure eguille andiari, bere meneco Escaldúnac menast ol
sendo au jasotzen díogu Erdaldunac lembician sartu zaizcunean;
ondocoai adiarazteco, batí, eta benaz gurtzen gatzaz-cala, ecen
ez arrotzoc becala, ambeste Jainco guezurrezco, ta irri garriri*

Según expone M. de Larramendi, este texto, traducido al castellano, quiere decir:

«A nuestro gran hacedor, los Escaldunes, de su mano y sujeción le erigimos esta tabla sólida de metal, al tiempo que se nos han entrado la primera vez los extranjeros de diferente lengua; (lo hacemos) para dar a entender a nuestros venideros que adoramos y muy de veras a uno solo, y no como estos huéspedes, a tantos mentirosos y ridículos dioses».

No hace falta hacer hoy la crítica de este texto, que sería anacrónica, pero es necesario resaltar que ya la hicieron sus contemporáneos, aunque sin ser atendida. Gregorio Mayans (1711-1794), una de las mentes más preclaras de la Ilustración del siglo XVIII, citado incluso a continuación por el mismo Larramendi como referente, en su *Introductio ad veterum inscriptionum historiam litterariam* (1756, p. 96), ironiza cuando dice que

«quien afirma haber leído una lámina de un metal desconocido escrito en caracteres desconocidos más antiguos que los romanos, cartagineses, griegos y fenicios, no dudo que hubiera leído también el libro de Henoch, en caso de que hoy existiera...».

La misma postura respecto a la lengua vasca defendió Pedro Pablo de Astarloa (1752-1806), quien publica en 1804 sus *Reflexiones filosóficas en defensa de la lengua vascongada o Ensayo crítico filológico de su perfección y antigüedad sobre todas las que se conocen, en respuesta a los reparos propuestos por el Diccionario geográfico histórico de España*. A esta obra replicó ese mismo año de 1804 José Antonio Conde, *Cura de Montuenga*, quien era Anticuario de la Real Academia de la Historia y dominaba el Latín, Griego, Hebreo, Árabe, Persa y Turco y que, en su *Censura crítica de la pretendida excelencia y antigüedad del vascuence*, ironiza que, sin

**GUR. EGUILL. AND.
 BER. MEN. ESCAL. MNAST. OL
 SEN. AU. JAS. D. GU. ERDALD.
 LENB. SART. Z. NEAN. OND. AD.
 ARAZ. BAT. ETA. BEN. GUR. LA.
 EC. EZ. ARR. BEC. AMB. JAIN.
 GUEZ. TA IRR. RRI.**

Luego que salió este letrado y se publicó entre los eruditos anticuarios, se hizo diligencia para saber en qué lengua estaba, y se vió demostrativamente que no tenía nada de otras lenguas, y que únicamente era la que hoy llamamos bascuence, y leidas las abreviaturas, dice así: *Gure eguille andiari, bere meneco Escaldunac menast ol sendo au jasotzen dioyu Erdaldunac lembician sartu zaizcanean; ondocoai adiarazteco, bati, eta benaz gurtzen gatzaizcala, ecen ez arrotzoc becala, ambeste Jainco guezurrezco, ta irri garriri.* Traducido en castellano quiere decir: A nuestro gran hacedor, los Escaldunes de su mano y sujecion le erigimos esta tabla solida de metal al tiempo que se nos han entrado la primerá vez los estrangeiros de diferente lengua; para dar á entender á nuestros venideros que adoramos y muy de veras á uno solo, y no como estos huéspedes á tantos mentirosos y ridiculos dioses.

que de un trofeo tan insigne del culto y religion del Dios verdadero, que para enseñanza de los venideros erigieron los primitivos españoles, no es mucho que fuese celebrada la ciudad, en que estaba erigido. Y se confirmó cuando le digeron que *menastá* en bascuence era el metal y tenía significacion oportuna, y que queria decir *vena ó mineral mezclado*, de *mea* vena, mineral, y de *nastá*, *nastua* mezclado; y aquella lámina insigne tendria mucho mas de esto.

No hubo Martis, no Mayanses, no diaristas, que al ver la lámina con sus señas de antigüedad y sus caractéres incógnitos, no esclamasen que eran de los primitivos españoles lámina, lengua, caractéres. Hallarse solamente en España y no en otra parte alguna, por mas que se habian solicitado noticias de todos los eruditos de otros reinos.

No divisarse rastro ninguno de snposicion y

FIGURA 2.—Inscripción supuestamente vasca prehistórica leída por M. de Larramendi en el siglo XVIII.

conocimientos lingüísticos, se pudiera afirmar que la Lengua Vasca era la más antigua del mundo. La polémica prosiguió ese mismo año de 1804 con una respuesta anónima, *Reflexiones filosóficas en defensa de la Apología de la lengua vascongada o respuesta a su censura crítica del Cura de Montuenga* y con la publicación por Juan Bautista Erro (1774-1854) de su *Alfabeto de la lengua primitiva de España* (1806), obra que se tradujo al Francés e Inglés, lo que evidencia el interés suscitado, pero que fue de nuevo replicada por Conde (1806) en su *Censura crítica del alfabeto primitivo de España*.

Como respuesta, J. B. Erro (1807) publicó unas *Observaciones filosóficas a favor del alfabeto primitivo ó respuesta apologética a la censura crítica del Cura de Montuenga*, en las que llega hasta defender que el origen del alfabeto griego estaba en Euskadi, pues, *después de varias tentativas hallé en los alfaberos hebreo y griego el valor y representación de los signos bascongados, descubriendo al mismo tiempo el origen de aquellos...* (*id.*, 43), pues creyó documentar que el nombre de las letras griegas procedía del Vasco (*id.* 59 s.) y, siempre en esta línea, publica, en 1815, *El mundo primitivo o examen de la antigüedad y cultura de la nación bascongada*, en la que defiende que el vascuence era la lengua más antigua del universo y la originaria del Paraíso de la Biblia (López Antón, 2000, p. 16), dentro de concepciones goropianistas cada vez más anacrónicas.

Los títulos que ofrecen las obras citadas ayudan a comprender la polémica de la época. Larramendi, Astarloa y Erro proponían etimologías vascas para todos los topónimos e, incluso para las inscripciones ibéricas, cuando todavía ni siquiera se había descifrado su escritura, pues, según Astarloa, en Vasco cada sílaba y cada letra tenían sentido propio (Villar, 2000, p. 59), lo que utili-

zaban para traducir cualquier tipo de texto, como han seguido haciendo algunos aficionados hasta la actualidad. Esta postura ya motivó las justas críticas de Mayans (1756) y de Conde (1804, 1806), los mejores especialistas de su época, así como las de Rodríguez de Berlanga (1881, p. 56 s.) a fines del siglo XIX, las más duras y atinadas, y las más recientes de Caro Baroja (1954, p. 658) y de lingüistas como Michelena (1964; *id.*, 1988), Tovar (1980, p. 66 s.) o Villar (2000, p. 59 s.; Villar y Prósper, 2005).

Estas visiones goropianistas, generalizadas en la época, suponían que el Vasco era la lengua más antigua existente, pues procedía de la confusión de las lenguas en la Torre de Babel (Gen. 11), lengua que, traída por Túbal, se habría hablado por toda la Península Ibérica de manera uniforme antes de los romanos, pues era la misma que el ibérico, idea que dio lugar al *vasco-iberismo*, que suponía que ambas lenguas eran la misma y, por consiguiente, que con el vaso se podía leer e interpretar el ibérico. Esta teoría, ya negada por Mayans y Conde, sin embargo fue adoptada por W. von Humboldt (1821, p. 128), quien, al publicarla, difundió con su autoridad por toda Europa que «los antiguos iberos eran vascos que hablaban el idioma actual o uno análogo y que habitaban todas las regiones de España», siendo los celtas una invasión posterior, como la romana, de acuerdo con las interpretaciones «invasionistas» de la época. Esta teoría prosiguió hasta la lectura del alfabeto ibérico por Gómez Moreno (1922), ya entrado el siglo XX. A partir de entonces se comprobó que en la Hispania prerromana se habían hablado lenguas muy distintas (Untermann, 1961; de Hoz, 1983), con lo que caía la vieja tesis del vasco-iberismo generalizado. Pero más importante fue comprobar, como ya habían visto Mayans y Conde el siglo XVIII y después Fidel Fita (1878), Henri d'Arbois de Joubainville (1894) y Joaquín Cos-

ta (1917), que gran parte de *Hispania*, todas sus zonas centrales, occidentales y septentrionales, incluidas las gentes del País Vasco, habían hablado lenguas celtas, con lo que se reducían drásticamente las supuestas áreas originales de la Lengua Vasca. Esta visión ha sido precisada por las investigaciones posteriores, sintetizadas en el conocido mapa de Untermann (1965, p. 17), tal como confirman la onomástica (Untermann, 1965; Albertos, 1983, p. 864 s.; *id.*, 1987) y la antigua toponimia indoeuropea (de Hoz, 1963), recientemente estudiada por Villar (2000, p. 285) y Villar y Prósper (2005).

Los ingenuos presupuestos fundamentados en las poco científicas tesis goropianistas del siglo XVIII, mantenidos de manera más o menos consciente pero siempre con contumacia, han constituido las bases para los modelos interpretativos de la Prehistoria del País Vasco desde sus inicios en el siglo XIX hasta la actualidad. Además, dicha visión fue asimilada al ideario político del tradicionalismo carlista, del que pasó al nacionalista vasco. En este contexto ideológico se comprende que, también, de forma paralela e interrelacionada, dichas creencias pasaran a constituir el axioma interpretativo de las investigaciones de inicios del siglo XX de José Miguel de Barandiarán (fig. 3) y de sus colaboradores¹. Dichas ideas

¹ Este razonamiento no debe considerarse como una crítica —y mucho menos personal— a la figura de D. José Miguel de Barandiarán ni a sus colaboradores y seguidores, sino como un deseo de explicar el proceso ocurrido. Precisamente, fue una conversación que pude mantener con este sabio investigador con motivo de su nombramiento como Doctor *honoris causa* en la Universidad Complutense de Madrid en 1987, acto en el que, por sugerencia y deferencia del Prof. Vicente Palacio Atard, tuve el honor de leer su pública *Laudatio*, lo que me suscitó el interés por conocer mejor un tema tan apasionante como la Prehistoria del País Vasco, hacia cuyo estudio, años más tarde, me he sentido cada vez más atraído (M. Almagro-Gorbea, «Don José Miguel

influyeron *de facto* en las enseñanzas del clero, pues este eminente estudioso fue Profesor del Seminario Conciliar de Vitoria (1913-1936) y Rector del Seminario Aguirre, lo que contribuyó a que esta visión pasara a los futuros sacerdotes, hecho que explica la estrecha y peculiar asociación entre dichas creencias, que entonces se consideraban científicas, y la creencias religiosas, que, a través del clero, pasaron a su vez a constituir una parte fundamental de la cosmovisión de la sociedad de nuestro País Vasco. A esta visión nacionalista, tras la Guerra Civil, se han sumado concepciones totalitarias del

ideario marxista, que caracterizan a los grupos de la llamada izquierda aberzale y afines, con la paradoja de que, por supuesto, unas y otras son igualmente extrañas a la verdadera identidad vasca, pues no tienen nada que ver con su historia y su cultura.

Este interesante proceso es también el que explica la importancia que en teoría tiene la Prehistoria del País Vasco para el

de Barandiarán. *Laudatio* con motivo de su nombramiento como Doctor *honoris causa* por la Universidad Complutense de Madrid», publicada en *Ethniker* 9, 1987, p. 217-220).

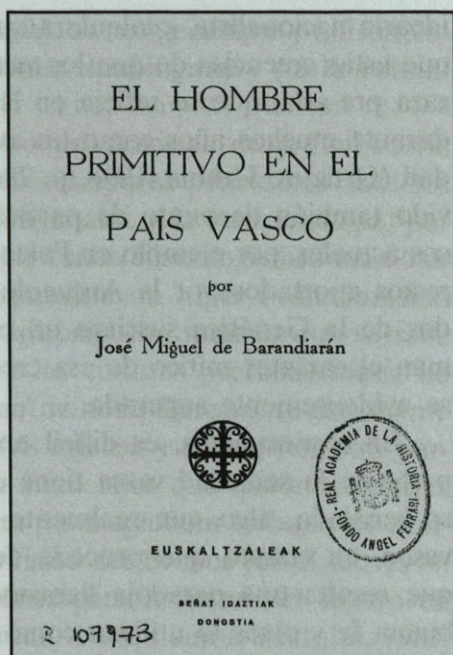


FIGURA 3.—Primera edición de El hombre prehistórico en el País Vasco, de J. M. de Barandiarán.

ideario nacionalista, cualquiera que sea su orientación, pero, aunque estas creencias de que los vascos se consideran fósiles de una raza pre-aria, que se refleja en la Arqueología se han mantenido durante muchos años como un axioma que ha pasado a la sociedad (Ortiz de Urbina, 1996, p. 296, n. 965) y que, incluso, ha servido también de punto de partida para algunos trabajos científicos actuales, por ejemplo en Paleogenética, su contratación con los restos aportados por la Arqueología, la Lingüística y los resultados de la Genética suscitan un problema creciente, pues confirman el carácter mítico de esa creencia, que hoy debe considerarse evidentemente superada.

En consecuencia, es difícil encontrar en la visión que buena parte de la sociedad vasca tiene de sí misma, a causa del proceso señalado, algo que realmente tenga que ver con el «ser» de vasco, en cuanto que proceda de sus orígenes prehistóricos, lo que resulta una paradoja llamativa, aunque muchos lo crean de buena fe y otros lo utilicen como fundamento de sus creencias y, en otros casos, incluso, de sus manipulaciones políticas. No se trata aquí de hacer una crítica, sino tan sólo de constatar un hecho.

También es importante hacer otra importante consideración metodológica. Esta simplista tesis pseudocientífica del vascoiberismo propuesta para la Prehistoria del País Vasco suponía una cultura uniforme para todos los territorios que lo integran, al estar poblados desde siempre por la misma etnia, como también sería uniforme su lengua y, por supuesto, su antropología. En esta visión, los elementos extraños a esta concepción teórico-mítica eran explicados como debidos a 'invasiones', por ejemplo, los topónimos indoeuropeos de ríos como el Oria, el Urola, el Deva, el Plencia o Butrón, el Nervión o el Cadagua, lo mismo que las

variaciones que denotan las investigaciones genéticas y antropológicas, por no decir las innovaciones tecnológicas y de la cultura material.

Esta visión rígida, uniforme y «aislacionista» de la Prehistoria del País Vasco cada día encuentra mayores problemas ante los avances de la Arqueología, la Lingüística y la Antropología, por lo que debe considerarse como otro mito historiográfico más. Por una parte, ese aislacionismo supondría un hiper-evolucionismo impensable, pues entra en contradicción con todo lo que se sabe de la evolución de los pueblos y las culturas protohistóricas, no sólo de la Península Ibérica, sino de toda Europa, el continente donde la investigación ha sido más intensa y eficaz. Por otra parte, dicho marco interpretativo ya hace años que quedó superado, al menos desde los años 1970, tras los magníficos trabajos de campo de José M.^a Apellániz para la Edad del Bronce (1973, *id.*, 1974, *id.*, 1975) y los de Armando Llanos para la Edad del Hierro en Álava (Llanos y Fernández Medrano, 1968; Llanos, 1981; *id.*, 1983; *id.*, 1992). Estos estudios pusieron entonces en evidencia que en el actual País Vasco existen dos grandes zonas geográfico-culturales, una «cantábrica» y otra «mediterránea», aunque ambas lógicamente interrelacionadas, lo que rompía su supuesta unidad, aunque este hecho fundamental nunca se ha llegado a interpretar ni histórica ni étnicamente ni, en consecuencia, se ha intentado integrar en una visión de conjunto. A ello se suma que la Lingüística documenta la presencia de un substrato indoeuropeo muy antiguo, anterior al vasco, por ejemplo en la hidronimia (de Hoz, 1963; Villar, 2000; Villar y Prósper, 2005), pero también en la onomimia.

A su vez, la Antropología no permite aceptar el supuesto «aislamiento» durante la Prehistoria (Barandiarán y Vegas 1990,

p. 281 s.), como confirman los análisis (fig. 4A), tanto del ADN mitocondrial², como del cromosoma Y³ (Fernández *et al.*, 2000). Concepción de la Rúa (1990, p. 215) ya señaló para el Paleolítico que «los conocimientos actuales sobre dichos materiales antropológicos atenúan significativamente la base argumental de tales presupuestos, dado que carecemos de datos que permitan afirmar la existencia de características «étnicas» diferentes en época paleolítica» y aún son más contradictorios los resultados que se han obtenido de restos neolíticos y calcolíticos (de la Rúa, 1990; *id. et al.*, 2006), pues, «desde los primeros estudios de Antropología prehistórica, se puso en evidencia la existencia de diversos grupos antropológicos en el territorio que abarca el País Vasco» y, en concreto, «La presencia de un substrato mediterráneo en las regiones más meridionales del País, ha sido verificado por múltiples autores», ya que únicamente en la zona húmeda pirenaica «se muestran con mayor intensidad los rasgos antropológicos característicos de los vascos», que se distribuyen en las dos vertientes del

² El ADN mitocondrial (ADNmt) de toda la población humana actual procede de una misma mujer, la «Eva mitocondrial», que se ha calculado vivió hace unos 200.000 años en África. Por ello, si se analiza el ADNmt de una persona, las mutaciones surgidas a lo largo del tiempo que ofrecen sus mitocondrias permiten determinar su *línea genealógica materna*, al poderse relacionar con el árbol genealógico integrado por todos los seres humanos que han ido poblando la tierra.

³ El cromosoma-Y, que determinan el sexo masculino, es uno de los cromosomas sexuales de los animales machos. Se hereda por vía paterna y sus cambios se deben exclusivamente a mutaciones a lo largo del tiempo, lo que permite reconstruir, con las técnicas genéticas actuales, el árbol filogenético de cualquier individuo hasta un «Adán-cromosomal-Y», que se supone originario de África hace más de 70.000 años, del cual proceden todos los cromosomas Y de la población humana actual, al haberse extendido sus descendientes por toda la tierra.



TABLE 5. Distribution in European, Asian, and African populations of haplotypes found in Aldaieta cemetery

Haplotypes	Haplogroup	Distribution
ht1-2	H	Widely distributed throughout Western Europe
ht3	H	Widely distributed throughout Western Europe
ht4	V	Widely distributed throughout Western Europe
ht6	T	Widely distributed throughout Western Europe
ht13	K	Widely distributed throughout Western Europe
ht14-15	J	Widely distributed throughout Western Europe
ht5	T	Unique to Aldaieta site
ht9	U5	Unique to Aldaieta site
ht11	U2	Unique to Aldaieta site
ht7	T	Eastern Europe (1%), Italy (<0.1%), Syria (1.4%), Nubia (1.2%), and Azerbaijan (2.5%)
ht8	U5	Basque Country (0.6%), León (1.6%), Germany (0.4%), France (0.6%), and Great Britain (1%)
ht10	U5	Liebana (1.4%) and Pas (2.4%)
ht12	U2	Great Britain (1%)
ht16	J	Basque Country (1.9%), Cantabria (1.1%), Liebana (1.4%), Portugal (0.2%), Castile (2.6%), Andalusia (0.9%), Germany (0.2%), and Scotland (<0.1%)
ht17	M1	Northwest African origin ¹

¹ See text for explanation of distribution of this haplotype.

FIGURA 4.—A. Haplogrupos del cromosoma-Y de Europa, Oriente Próximo y Norte de África (según López Parra, 2008). B. Distribución por Europa, Asia y África de los haplotipos documentados en el cementerio de Aldaieta, Álava (según Alzualde et al. 2006).

Pirineo Occidental, hasta Aquitania y el valle de Arán, como ya señaló Alcobé (1976), lo que no quiere decir que esos sean ni más ni menos «vascos» que los demás.

Esta observación parecen confirmarla los más recientes estudios genéticos basados en el ADN, como, por citar un ejemplo reciente, el estudio genético del cementerio de Aldaieta (fig. 4B), en Nanclores de Gamboa, Álava (Alzualde *et al.*, 2006), donde se enterraron, entre el 525 y el 700 de JC, gentes cuyos ajuares ofrecen objetos de tipo franco junto a otras gentes probablemente locales. Dicha población ofrece escasa diversidad (0.0145 ± 0.0087 SD), semejante a la del País Vasco actual (0.0158 ± 0.0091) y a otras poblaciones aisladas (< 0.02) de la vecina Cantabria (González *et al.*, 2003) y del Bierzo, en León (Larruga *et al.*, 2001), como también se ha observado en otros lugares de Europa (Stenico *et al.*, 1996), por lo que el estudio de Aldaieta evidencia la diversidad genética de los alaveses y, probablemente, de vascos en general en el siglo VI de JC.

En todo caso, la frecuencia del haplogrupo J en poblaciones antiguas del País Vasco indica que el impacto genético del Neolítico fue similar al experimentado por otras poblaciones europeas y, además, en Aldaieta se ha descubierto un linaje norteafricano del DNAMt, que es el que permite conocer el origen genético de la «madre», que es anterior a la invasión árabe, lo que confirma antiguos contactos a través del estrecho de Gibraltar que rebaten tesis anteriores (Brion *et al.*, 2003; Flores *et al.*, 2005). Pero lo más interesante es que estos análisis documentan de manera general que la población vasca de la Antigüedad había estado en contacto biológico con otras poblaciones desde la Prehistoria (Alonso *et al.*, 2005; Izaguirre *et al.*, 2005, p. 331), lo que obliga a rechazar el supuesto aislamiento genético como principal factor de las particularidades genéticas descritas en la población vasca actual.

En efecto, como recientemente se ha señalado (Alonso *et al.*, 2005), aunque existe la tradición de considerar a los vascos como un fósil vivo del hombre paleolítico europeo, los estudios recientes, aunque documentan entre los vascos una escasa diversidad del cromosoma Y, que es el que permite averiguar el origen genético del «padre», diversidad que parece explicarse por el pequeño tamaño de la población durante generaciones, y a pesar de que algunos linajes del cromosoma de Y en vascos modernos se consideran originarios del Paleolítico Superior, como en otras poblaciones, la fuerte deriva genética que ofrece la población vasca no permite interpretarlos como los únicos ni los más puros representantes del pool genético europeo ancestral. Tampoco hay evidencias que apoyen que los vascos fueron el foco exclusivo de la expansión demográfica post-paleolítica al retirarse los hielos de la última glaciación, ni se observan relaciones particularmente especiales entre vascos y poblaciones celtas del atlántico, como en ocasiones se ha señalado.

Por otra parte, el esquema unitario supuesto de la Prehistoria del País Vasco se contradice con la propia Geografía del País Vasco (Urzainki (ed.), 1995). En nuestras tierras se identifican, a grandes líneas, al margen de las divisiones administrativas actuales, anacrónicas para la Prehistoria, 4 regiones geográficas perfectamente diferenciadas, aunque sus fronteras muchas veces no son precisas sino de transición paulatina, por lo que no es fácil delimitarlas con precisión. Una es la zona Cantábrica, al Oeste, hasta el Nervión, aunque con cierta zona de transición hasta el Deva y casi, hasta el Leizarán. Otra zona la integran las tierras de la Llanura Alavesa y del Valle del Ebro, que forman parte de esta última región. Una tercera la constituyen las tierras del oriente de Guipúzcoa y de los valles del Suroeste de los Pirineos, que cabe incluir en el mundo pirenaico. Finalmente, otra zona es la situada

al norte de los Pirineos, desde el Atlántico hasta el Bearne, tierras que pertenecen ya a la cubeta aquitana.

En consecuencia, el País Vasco, dentro de su personalidad, es un área relativamente de las más variadas de la tan diversa Península Ibérica e, incluso, me atrevería a decir, de toda Europa. Pero a este hecho hay que añadir otras tres características de gran importancia para comprender el desarrollo etno-cultural en la Prehistoria: la primera, es su fragmentación o articulación orográfica, que acentúa la diversidad señalada; otra, que contrapesa la anterior, es que ocupa una zona de paso obligado entre *Hispania* y la *Gallia* y entre el Valle del Ebro y la Cornisa Cantábrica y el Norte de la Meseta; la tercera es que estas zonas naturales no se pueden hacer corresponder con las fronteras administrativas actuales, ni siquiera tampoco con las históricas, que han ido cambiado a lo largo del tiempo. Pero la consecuencia esencial de sus características geográficas es que, a pesar de su marcada articulación interna, el País Vasco es una zona abierta a los cambios que afectan a la Península Ibérica y a todo el Sudoeste de Europa, sin excluir el carácter relativo de «isla cultural» que constituyen los Pirineos, como tantas otras áreas montañosas.

Estos hechos tienen gran trascendencia, pues cultura y medio ambiente están profundamente interrelacionados. La cultura es la capacidad de interacción del hombre sobre el medio ambiente para aprovecharlo en su beneficio. Por lo tanto, un medio ambiente con tan sensibles diferencias debe dar como resultado fuertes variaciones culturales y, en consecuencia étnicas, a pesar de la aparente proximidad geográfica. Además, las zonas señaladas resultan más afines a otras de las que forman parte desde un punto geográfico, como Cantabria, los Pirineos, la Meseta Norte, el Valle del Ebro o la Aquitania, por lo que es lógico suponer que también estuvieran

integradas en ellas desde un punto de vista cultural y étnico; en consecuencia, teóricamente, dichas zonas deben formar parte del sistema cultural y étnico correspondiente al ámbito geográfico-cultural y, por tanto, etno-cultural al que corresponden, en especial en procesos de larga duración, como son los prehistóricos. Suponer un modelo distinto es ir contra la lógica y contra todas las evidencias y sólo se explica por las razones ideológicas apuntadas en la visión historiográfica realizada, pues se apoyan en razones paralelas a las que ya han sido igualmente criticadas en la construcción histórica basada en dichos presupuestos (Duplá y Emborujó, 1991; Ortiz de Urbina, 1996). Esta diversidad, lógica y evidente, que constituye una riqueza del País Vasco, impide aceptar la interpretación unitaria y rígida tradicional, en especial como axioma de partida, hecho en el que parece estar la causa de la actual falta de estudios sobre etnogénesis en el País Vasco, a pesar de que es, precisamente, donde la sociedad está aparentemente más interesada en estos temas. Esa curiosa paradoja queda, por lo dicho, perfectamente explicada.

Como resumen de todo lo expuesto, hoy día es insostenible y ya nadie cree que las gentes del País Vasco son descendientes directos del Arca de Noé, ni, por tanto, conservan la lengua y la raza más antigua. Tampoco es cierto que hayan vivido siempre en esas tierras ni que nunca se hayan mezclado con otras gentes desde época de Túbal. Tampoco es posible aceptar que las variadas tierras de nuestro querido País Vasco han tenido una cultura uniforme ni han estado habitadas por un solo grupo etno-cultural a lo largo de la Historia, ni, en consecuencia, se ha hablado en ellas una sola lengua, ni mucho menos que una de las lenguas o una de las culturas ha estado allí siempre y las otras son de «invasores» posteriores, pues todas estas ideas son concepciones acientíficas que derivan de los mitos señalados.

La alternativa a estas creencias hay que buscarla en una correcta interpretación paleoetnológica de los datos arqueológicos, lingüísticos y genéticos, interpretación que revela la existencia de lógicos y complejos procesos de etnogénesis, un modelo teórico alternativo más eficaz para explicar la Prehistoria del País Vasco, frente a la visión hasta ahora mantenida.

Los hallazgos arqueológicos y demás fenómenos culturales que éstos documentan forman parte de un mismo sistema etno-cultural, en el que quedan integrados y en el que se explican los datos de cultura material y de economía, así como los de organización social e ideológica, más los que corresponden a la lengua y la antropología (Clarke, 1978, p. 299 s.). Además, hay que tener siempre en cuenta que estos elementos están en cambio continuo, aunque éste puede ofrecer ritmos distintos y tener más o menos intensidad, lo que no siempre es directamente perceptible, ya que constituyen subsistemas evolutivos independientes, aunque estén interrelacionados entre sí, con el medioambiente y con otros sistemas etno-culturales con los que ineludiblemente entran en contacto a lo largo del devenir histórico. En una palabra, dichos subsistemas pueden cambiar o permanecer inalterados durante cierto tiempo, cada uno de ellos puede cambiar de forma independiente o hacerlo varios a la vez, hacerlo aisladamente o en correlación con fenómenos exteriores, de forma acelerada o en procesos de larga duración. Si se aplica este modelo al complejo marco geográfico señalado, la posibilidad de documentar una visión simple y homogénea de la Prehistoria del País Vasco, como la hasta ahora existente, resulta muy poco probable.

Desde esta perspectiva, la Prehistoria del País Vasco puede perder el aliciente que ofrecen los mitos señalados, pero resulta mucho más atractiva y comprensible y es perfectamente homolo-

gable a la de las restantes regiones de Europa en la que se enmarca. Este hecho lógico no niega su personalidad, que resulta evidente, como la de cualquier otra región, pero esa personalidad no se sustenta en mitos goropianistas de origen bíblico, sino en la peculiar e irreplicable asociación de elementos culturales que sólo se dan en el País Vasco como consecuencia de su localización geográfica y del contacto en esa zona de los diversos grupos etno-culturales que han surgido en ella y en áreas próxima. Es el conjunto de todas estas características, con sus evidentes diferencias regionales y diacrónicas, lo que, como ocurre con los componentes del ADN en todo ser vivo, marca la evidente personalidad de la Prehistoria de estas tierras, variada en el tiempo y en el espacio. Del mismo modo que es todo el conjunto genético y no una parte de él lo que define a un individuo, es el conjunto de todas las características lo que define la personalidad de un sistema etno-cultural y no alguna de ellas, más o menos mayoritaria o importante, y menos si se eligen por motivos ideológicos o por razones subjetivas. Esta visión a primera vista quizás pueda parecer menos atractiva que los mitos mantenidos desde el siglo XVI, pero, si se piensa bien, es la que permite conocer realmente cómo hemos llegado a ser los vascos lo que somos en la actualidad como consecuencia de nuestra historia, sin mistificaciones, visión que, además, tiene el aliciente de que, al ser real, siempre es mejor que la más atractiva de las fantasías, pues éstas no existen en la realidad.

Por otra parte, a pesar de que todo hecho histórico, como los que documenta la Arqueología, es en sí irreplicable y por tanto, se debe explicar en sí mismo, y a pesar del posible aislamiento más aparente que real de algunas áreas, como los Pirineos, totalmente inexistente en otras, como las tierras de Álava, la interpretación

histórica del sistema cultural exige integrarlo en fenómenos generales para que la evolución peculiar de zonas concretas del País Vasco puedan interpretarse en visiones históricas de conjunto, en este caso a escala de la Península Ibérica y de toda Europa. Este procedimiento es esencial para comprender las lógicas interconexiones que ofrecen los procesos culturales del País Vasco con el resto de la Península Ibérica dentro del contexto de Europa Occidental.

Probablemente, han sido estas dificultades, más que las que ofrece el estudio de los datos conocidos o la carencia de ellos en algunos casos, lo que ha motivado que todavía no se haya encontrado una interpretación alternativa al modelo mítico hasta ahora utilizado para explicar la Prehistoria y el origen de los Vascos, a pesar de que ha quedado caduco, como es bien sabido en los círculos científicos, pues está en contradicción con los claros avances logrados en estos campos de estudios en los últimos años, ya que pretende documentar una realidad inexistente.

Esta falta de interpretaciones válidas para la Prehistoria del País Vasco hace que resulte una de las más difíciles y de las peor comprendidas de Europa a la hora de explicar sus fenómenos culturales, a pesar del interés teórico que suscita incluso a nivel internacional. Sin embargo, son evidentes los avances logrados en los últimos 30 años en la Arqueología y la Lingüística y, en menor medida, también en la Antropología gracias a los avances en estos últimos años de la Paleogenética, aunque la crisis interpretativa señalada hace que predominen los estudios analíticos y descriptivos sobre las interpretaciones.

En este estado de la investigación, no pretendemos hoy ofrecer aquí una respuesta definitiva sobre estos problemas, pero sí quiero insistir en la necesidad de un debate enriquecedor, como

he pretendido abrir hace unos años al plantear esta nueva visión en el Homenaje a Jesús Altuna (2006)⁴. Como entonces indicamos, la alternativa más lógica parece ser seguir el mismo método ya utilizado con éxito comprobado en estos últimos años para avanzar en la comprensión de los fenómenos de etnogénesis de otros pueblos prerromanos de *Hispania*. Este método consiste en profundizar en el conocimiento de la secuencia cultural de la zona en estudio interpretada como un sistema etno-cultural en dinámica diacrónica y abierto a otras áreas o sistemas etno-culturales con los que pudiera ofrecer interacciones. En dicho sistema etno-cultural se integran no sólo los elementos de cultura material que estudia la Arqueología, sino los sociales e ideológicos, así como los datos lingüísticos y antropológicos. Los positivos resultados hasta ahora obtenidos en otras áreas de la Península Ibérica (*vid. supra*) hacen interesante aplicar este método también para explicar la etnogénesis del mundo vasco.

* * *

LAS INVESTIGACIONES RECIENTES Y LAS NUEVAS INTERPRETACIONES

No es fácil hacer en unas breves páginas una exposición, ni siquiera una síntesis elaborada con detalle, sobre la Prehistoria del País Vasco. Por ello, sólo pretendo ofrecer unas pinceladas que

⁴ Esta síntesis de la Prehistoria del País Vasco es, básicamente, una ampliación y actualización del texto que presentamos hace unos años como *Homenaje a Jesús Altuna* (Almagro-Gorbea 2006), siempre con la idea de abrir la discusión en estos campos de estudio de tanto interés, para que, poco a poco, se deseche la mentalidad goropianista de la que todavía están tan imbuidos.

ayuden a conocer los datos que señalan por dónde debe ir esta interesante cuestión.

Según los conocimientos actuales, los primeros homínidos, del género *Homo erectus*, penetraron en Europa procedentes de África hace más de 1.000.000 años. Restos de esta especie en la Península Ibérica se han constatado en Venta Micena, Orce, Granada, y en Atapuerca, Burgos, por lo que resulta muy posible que también habitaran las tierras vascas. Sin embargo, los primeros yacimientos conocidos en la actualidad en el País Vasco son posteriores, pues corresponden al final del Paleolítico Inferior y no deben remontarse a más de unos 200.000 años, con industrias de instrumentos de piedra achelenses de pequeños grupos que vivían al aire libre en simples abrigos.

A estas gentes, antecesoras de los hombres de Neandertal, deben pertenecer las industrias del Paleolítico Inferior halladas en un depósito primario al aire libre situado en una ladera del río Urola, en Irikaitz, Cestona, Guipúzcoa, datadas hace unos 150.000 años, por lo que pueden incluirse entre los restos más antiguos del hombre en el País Vasco. Industrias del Achelense Medio se han identificado en Pamplona (García Gazolaz, 1994) y ya del Achelense Superior en Urrúnaga, Álava (Sáenz de Buruaga, Fernández Eraso & Urigoitia, 1989). A esta fase pudo pertenecer un húmero humano hallado en la cueva de Lezetxiki, en Arrasate (Baldeón, 1993; Arrizabalaga, 1996), para el que se ha señalado parecido con los de la Sima de los Huesos en Atapuerca, éstos atribuidos al llamado *Homo heidelbergensis*, al que corresponde el *Homo antecesor* de Atapuerca, cuyos restos se remontan a más de 300.000 años.

En el Paleolítico Medio, entre los 80.000 y los 35.000 años a.C., se documentan los restos humanos del hombre de Neandertal o

Homo sapiens neanderthalensis, que ya ofrecía cierta capacidad de pensamiento abstracto, pues en algunos yacimientos de Europa se han constatado ritos funerarios, lo que supone igualmente una mejora de la capacidad de lenguaje. También fabricaba útiles con una nueva industria, el Musteriense, que desarrolló una técnica de talla, denominada Levallois, que mejoraba la eficacia, pues sabía obtener lascas con la forma predeterminada del instrumento que pretendía obtener. Estas industrias están bien representadas en las cuevas de la región cántabro-pirenaica, como Lezetxiki (fig. 5), Amalda en Murua, que ofrece una estratigrafía de más de 6 m con 21 niveles, además de la Cueva de Isturitz en la Baja Navarra, al Norte de los Pirineos.



FIGURA 5.—Excavación de la cueva de Lezetxiki, Guipúzcoa (foto: www.deia.com).

A partir de hace unos 35.000 años, en el Paleolítico Superior, los neandertales fueron sustituidos por el *Homo sapiens sapiens* (Arrizabalaga, 2005), el hombre moderno representado por todas las razas humanas actuales. Era originario igualmente de África, donde parece haberse originado hace unos 200.000 años, y entre sus variedades destaca la de Cro-Magnon, que los estudios de ini-

cios del siglo XX relacionaron con las poblaciones pirenaicas. Estas gentes, que vivían en pequeños grupos de 15-20 individuos a la entrada de las cuevas, desarrollaron técnicas de talla más eficaces para obtener sus instrumentos altamente especializados hechos con hojas de sílex y con hueso. Su total desarrollo intelectual se comprueba en sus santuarios, generalmente situados en el fondo de las grutas, en los que plasmaron sus creencias y ritos al desarrollar un arte rupestre que trasluce su gran capacidad de observación, de sentimiento estético y de abstracción, como documentan las cuevas de Ekain (fig. 6) o de Santimamiñe (Altuna y Apellániz, 1978; *id.*, 1982). Yacimientos de este periodo son las cuevas de Isturitz, en la Baja Navarra, con importantes niveles del Gravetiense y Magdalenense, Gastarúa, en Zuberoa, con ricos niveles del Chatelperroniense al Gravetiense, Bolinkoba, en Abadiño, Vizcaya, con niveles del Gravetiense, Solutrense y Magdalenense, además de las de Urtiaga y Ekaín en Deba o las de Aitzbitarte en Rentería, todas éstas en Guipúzcoa.

Las gentes del Paleolítico Superior supieron adaptarse a los máximos rigores de la última glaciación würmiense, cuando el Norte y gran parte del centro de Europa quedó despoblada por la extensión de los hielos, lo que hizo que las penínsulas mediterráneas, tanto la ibérica como la itálica y los Balcanes, se convirtieran en refugio de plantas y animales (Hewitt, 2001; Gamble *et al.*, 2004; Gómez y Lund, 2006) y también de los grupos humanos (Barbujani y Bertorelle, 2001), como indica la mayor densidad de yacimientos. Este hecho explicaría la aparente expansión de elementos genéticos, como el haplogrupo del cromosoma Y R1*(xR1a), que decrecen hacia el Este y el Norte de Europa (Semino *et al.*, 2000; Rosser *et al.*, 2000), o el R1B3e-f, ampliamente difundido en la Península Ibérica y que decrece hacia el



FIGURA 6.—Panel principal de las pinturas paleolíticas de la cueva de Ekain, Cestona, Guipúzcoa (según J. Altuna, 1975).

Norte de Europa, haplogrupo que, como el V, aparece en mayor proporción en las poblaciones pirenaicas actuales debido al papel de «isla» cultural que estas montañas han ofrecido, por lo que estos elementos genéticos se han querido relacionar con la conservación de una lengua antecesora del vasco (*vid. infra*).

Pero estos fenómenos son muy complejos y, generalmente, su interpretación es manipulada por los que pretenden sustituir el mito de Túbal bíblico por el del ADN. Dichas poblaciones paleolíticas, originarias de África y llegadas a través del Oriente Medio, no podían vivir en los Pirineos en los periodos glaciares, por

lo que dichos elementos genéticos proceden necesariamente de áreas mucho más amplias, como ocurre con las plantas y animales «refugiados» en la Península Ibérica (Gómez y Lund, 2006), aunque pudieran haberse conservado en los Pirineos tras la colonización de sus valles y pastizales en el Holoceno, en especial a partir del mundo megalítico. Ello impide relacionar con seguridad dicho grupo genético y una lengua proto-vasca en esas fechas, pues caben otras alternativas, ya que existirían otras lenguas que no han dejado rastro, sin excluir la teoría de un substrato lingüístico «preindoeuropeo» desde fecha paleolíticas (Alinei, 1986; *id.*, 2000; Ballester, 2004). En todo caso, los elementos genéticos señalados son sólo uno de los numerosos componentes del genoma, por lo que olvidar el resto puede considerarse una manipulación de la compleja formación de las gentes del Pirineo, como de cualquier otra zona terrestre, hecho particularmente aplicable a la mayor parte del País Vasco, que no forma parte de los Pirineos.

Al retirarse los hielos, en especial con la llegada del Holoceno que supuso el cambio climático hacia la situación actual, hace unos 10.000 años, se inicia el llamado Epipaleolítico o Mesolítico, que se prolonga hasta el V milenio a.C. La población paleolítica se adaptó a la nueva situación y de las industrias del Aziliense, de gentes que vivían en cuevas manteniendo elementos de la tradición paleolítica, se pasó a nuevas técnicas de talla para producir primero piezas microlíticas, después macrolíticas con denticulados y finalmente geométricas, industrias que ya denotan el uso generalizado del arco. Además, los yacimientos del Epipaleolítico geométrico se encuentran ya al aire libre y en abrigos, lo que revela la mejora del clima y ha permitido suponer en toda Europa un paulatino aumento de población, hasta alcanzar 0,02 h/km² en situaciones óptimas, aunque la progresiva desaparición de los gran-

des animales cuaternarios que habían constituido la base de su alimento llevó a especializarse en otras alternativas, como la caza menor con arco, la pesca e, incluso, el marisqueo, con una creciente especialización en los recursos de la zona que habitaban, lo que supuso una paulatina adaptación a territorios cada vez más definidos, pero prácticamente se desconoce la relación que dichos cambios culturales pudieron haber tenido con cambios genéticos, si es que los hubo.

La sociedad estaría formada por bandas con relativa alta movilidad por amplios territorios, lo que facilitaría contactos favorecidos por matrimonios necesariamente exógenos, aunque a partir de finales del Paleolítico Superior se supone una tendencia hacia la regionalización, inducida por el aumento demográfico, la especialización tecnológica y la adaptación al medio ambiente, que debió acentuarse tras la llegada del Neolítico y de su cultura agrícola, que supondría una creciente sedentarización.

La etnología muestra que una familia lingüística suele ocupar 1.000.000 de km², en los que coexisten diversas lenguas que ocupan de 100 a 150.000 km². En otras áreas de Europa, como en Francia (Rozoy, 1998), se ha planteado que los grandes grupos culturales regionales epipaleolíticas o mesolíticas surgidos en el Holoceno pudieran corresponder a grandes familias lingüísticas, divididas a su vez en grupos dialectales correspondientes a las subáreas culturales, a semejanza de lo que indican los paralelos etnológicos en otros continentes (Newell y Constandse-Wetermann, 1986). Este hipótesis también se ha sugerido recientemente para la Meseta en el contexto cultural del Epipaleolítico y Mesolítico de la Península Ibérica (Jiménez Guijarro, 1999; *id.*, 2008, p. 39 s., 174-175), por lo que resulta igualmente posible plantear la hipótesis de una posible articulación interna del País Vasco que supon-

dría su diversificación etno-cultural ya desde esas remotas fechas, aunque falta información arqueológica suficientemente precisa para saber si la articulación geográfico-cultural que se constata desde el Neolítico (*vid. infra*) se remonta ya en este periodo.

Son yacimientos epipaleolíticos significativos los de Urtiaga, Antón Koba y Oñati, en Guipúzcoa, cueva con un rico nivel aziliense, Santimamiñe, en Vizcaya, que documenta el Aziliense y la transición al Mesolítico, Fuente Hoz, en Anúcita, Álava, que permite enlazar el Epipaleolítico con el Neolítico y lo mismo cabe decir de Mendandia, Treviño, con una secuencia estratigráfica escalonada entre el 6500 y el 4400 a.C. Este yacimiento ofrece una industria laminar antigua fechada hacia el 6500 a.C., seguida de otra con muescas y denticulados hacia el 5800 a.C. y de una industria geométrica posterior, ya del 5650 a.C., que enlaza con las primeras cerámicas neolíticas del nivel III superior, fechado hacia el 5200 a.C., y del II, en los que aparecen piezas de doble bisel en segmentos de círculo junto a las primeras cerámicas lisas, incisas y una impresa no cardial, que denota contactos con el Mediterráneo a través del Valle del Ebro hacia el 4500 a.C., como confirma la cueva de Peña Larga, en la Sierra Cantabria, único yacimiento de la zona con cerámica cardial de seguro origen mediterráneo. Las especies cazadas indican un paisaje de bosque mixto con jabalí, ciervo y corzo, de montaña, con cabra y sarrío, y de llanura, donde pastaban caballos y bóvidos.

En el ámbito pirenaico navarro cabe citar la cueva de Zatoya, en el valle de Salazar, con restos azilienses antiguos y el abrigo de Aizpea, en el Irati, igualmente en el Pirineo Navarro (Arias, 2007), ya de un Mesolítico avanzado del VI milenio a.C., donde ha aparecido una sepultura datada hacia el 4600 a.C. de una mujer de 30 años en posición replegada, cuyo ADN todavía se desconoce. Es-

tos grupos mesolíticos finales de Aizpea se relacionan culturalmente con la zona cantábrica, pero sus materiales indican escasa movilidad, aunque su aislamiento debía ser relativo, pues había contactos, aunque fueran indirectos, con el Mediterráneo, como indica el hallazgo de una concha de *Columbella rustica* (Álvarez, 2003), lo que confirma la procedencia de sus utensilios de sílex, obtenido en el Sur de Francia, en la Sierra de Urbasa y en el Valle del Ebro.

La llegada del Neolítico a la Península Ibérica hacia el VI milenio a.C. supuso un nuevo periodo en la historia del hombre, con la domesticación de plantas y animales, proceso iniciado en Oriente unos milenios antes. Esta nueva forma de vida llega a Europa traída por gentes de Anatolia que se asentaron inicialmente en los Balcanes y se expandieron de Sureste hacia el Noroeste, llegando, tras casi tres milenios, a las costas del Atlántico y del Norte de Europa, lo que ha permitido calcular que la neolitización avanzó por este continente casi 1 km. por año (Ammerman y Cavalli-Sforza, 1984; Cavalli-Sforza y Minch, 1997; Cavalli-Sforza *et al.*, 1997). Otros grupos de mediterráneos gráciles originarios de Oriente llegaron a la Península Ibérica siguiendo las costas del Mediterráneo a inicios del VI milenio a.C. asociados a las citadas cerámicas impresas. Probablemente a ellos se deben los haplogrupos J, G* y E3b del cromosoma Y, como han supuesto algunos estudios genéticos (Torrioni *et al.* 1998). Estos nuevos pobladores se impusieron a la escasa población mesolítica precedente, aunque se debieron producir evidentes mestizajes, según las zonas, en especial en áreas periféricas, como las atlánticas y pirenaicas en las que las tradiciones mesolíticas parecen más fuertes, hecho que podría explicar la discutida perduración de ADN de origen paleolítico en las poblaciones actuales (Bertranpetit *et al.*, 1995; Torrioni *et al.*, 1998; Alonso *et al.*, 2005; Alzualde *et al.*, 2006),

aunque esta hipótesis no ha quedado confirmada por los análisis de poblaciones antiguas (*vid. infra*).

Este cruce de elementos, culturales y humanos, caracteriza la formación y expansión de las culturas megalíticas surgidas a partir del V milenio a.C. por todas las tierras ribereñas del Atlántico, y la asociación en ellas de tipos gráciles mediterráneos con otros de Cro-Magnon. En este sentido, T. Aranzadi, como después J. M. Basabe, han señalado que ya entonces vivían en el País Vasco gentes muy distintas, con una clara heterogeneidad antropológica, pues identificaron tipos «mediterráneos gráciles», «cromañooides» y «pirenaico occidentales» (Basabe, 1985), además de existir también «mediterráneos robustos» y braquicéfalos «alpinos» (de la Rúa, Alonso e Izaguirre, 2006, p. 319).

Además de cuevas, usaban abrigos rocosos y campamentos de cabañas al aire libre, probablemente semiambulantes, siendo el hecho más destacado la aparición de cerámica, cuyo uso se había extendido hasta los últimos grupos mesolíticos del V milenio a.C.

El Neolítico llegó al País Vasco avanzando Ebro arriba sin desfases significativos con el resto del Valle del Ebro, que fue su vía de penetración, con la introducción de la cerámica y de la domesticación de plantas y animales (Altuna, 1980; *id.*, 1981). Estos elementos culturales del Neolítico, llegados desde Oriente por el Mediterráneo, debieron llegar traídos por gentes que aportarían nuevos elementos genéticos, que se documentan en la población vasca actual, aunque falten análisis paleogenéticos de restos humanos neolíticos para comprender bien cómo se produjo este proceso.

Entre los yacimientos más significativos, están los de Peña Larga, en la Rioja Alavesa (Fernández Eraso, 1997), con un Neolítico Cardial anterior al horizonte epicardial de fines del

VI milenio a.C. (Alday, 2003) y también ha aparecido cerámica neolítica con tumbas individuales en Mendandia, Treviño, fechada hacia el 5500 a.C. (*id.*, 2005), sobre un campamento de caza mesolítico al que ya se ha hecho alusión (*id.*, 2003; *id.*, 2005), sobre cuyos niveles epipaleolíticos o mesolíticos aparecen, hacia el 5200 a.C., las primeras cerámicas lisas, incisas y una impresa no cardial, ya en una fecha situada hacia el 4500 a.C. Los primeros vasos cerámicos están decorados con cordones plásticos y motivos lineales, después se decoran con sencillas impresiones, como los aparecidos en Zatoya y Aizpea, para acabar ofreciendo motivos impresos epicardiales. En Los Cascajos, Los Arcos, Navarra, se ha descubierto un poblado con economía de producción neolítica que se fecha desde mediados del V hasta fines del IV milenio a.C., con silos usados en ocasiones para enterramiento individual en posición fetal, indicando una forma de hábitat que se haría habitual en las zonas meridionales del País Vasco, como en el Valle del Ebro y la Meseta, hasta más allá de la Edad del Bronce.

Otros yacimientos neolíticos, como los de Los Husos y Arenaza se fechan ya a fines del V milenio a.C. y, ya en la vertiente atlántica cabe señalar el campamento de caza en una playa de Herriko Barra, en Zarauz, o Kobaederra, en Kortézubi, Vizcaya, que ofrece una sepultura masculina en posición acurrucada. En todos ellos se documentan actividades agrícolas y la introducción de la ganadería de ovejas y cabras, aunque el toro y quizás el cerdo parece proceder de una domesticación local del uro y el jabalí.

Sin embargo, aún es un hecho más interesante el que, a partir de esas fechas, se documenta una clara división del País Vasco entre la zona meridional y la zona septentrional atlántica: la primera, forma parte del Valle del Ebro y la Meseta Norte y la otra, se asocia a Cantabria, mientras que se conoce muy mal este mo-

mento en las áreas pirenaicas, en las que quizás pervivieran pequeños grupos de tradición mesolítica hasta la colonización de los pastos de altura por los ganaderos megalíticos a partir de fines del V milenio a.C.

El megalitismo es un fenómeno cultural muy característico del Neolítico en todo el Occidente de Europa. Se caracteriza por pequeños grupos asentados en territorios bien definidos, en los que practicaban una economía mixta, pero predominantemente ganadera en esas áreas atlánticas. Se inicia a partir de un momento avanzado del Neolítico, ya en el V milenio a.C., y perduró en algunas áreas hasta el inicio de la Edad del Bronce, ya en el II milenio a.C. Su elemento más visible son los dólmenes (fig. 7) y otros tipos de megalitos, como los menhires y cromlechs, hechos con grandes bloques de piedra, que se utilizan para enterramiento colectivo de forma sucesiva del grupo social a lo largo de siglos. Este nuevo rito supone un referente ideológico en el paisaje, pues indica la creencia de que los muertos y su culto otorgaban a sus descendientes el derecho sobre el territorio que habitan sus antepasados, quienes también aseguraban la fecundidad y su perduración como grupo humano.

En el País Vasco, como se ha supuesto en otros lugares de Europa, esta cultura pudo representar la neolitización de poblaciones mesolíticas, con la posible formación de grupos mixtos, ya adaptados a la nueva economía ganadera. Estos pequeños grupos humanos debieron 'colonizar' los pastos de altura de los Pirineos y montes próximos siguiendo los movimientos estacionales de los animales para aprovechar los pastos del verano y evitar los rigores del invierno, proceso que daría lugar a la trashumancia de las poblaciones pirenaicas al aprovechar la creciente mejora climática para alcanzar las zonas altas de las montañas. Estas gentes mega-



FIGURA 7.—Dólmen de Sorginete («Casa de las Brujas»), Arrizala, Álava (según J. Altuna, 1975).

líticas, extendidas por todo el Pirineo, han debido hablar la lengua o lenguas que corresponden a la peculiar toponimia pirenaica (Hubschmidt, 1954; *id.*, 1959; de Hoz, 1995), conservada en especial entorno al Valle de Arán, como indican términos como *ibón* o *pala*, propios de esa zona, hecho que parecería lógico relacionar con los elementos genéticos que se han considerado como «paleolíticos» en las poblaciones pirenaicas actuales y que se habrían conservado gracias a su relativo aislamiento cultural (López Parra, 2008), aunque faltan análisis de restos antiguos que lo confirmen.

A partir del Neolítico final y del Calcolítico, en la segunda mitad del IV milenio y a lo largo del III a.C., se observan por toda Europa profundos cambios en las formas de vida y subsistencia, con un aumento demográfico general que se constata en el mayor número de yacimientos y que permite calcular en las zonas atlánticas una densidad de unos $0,3 \text{ h/km}^2$, aunque con diferencias sensibles de unas regiones a otras. Estos cambios se consideran consecuencia de la denominada «revolución de los productos secundarios», que suponía el aprovechamiento integral de los animales, incluida su fuerza de trabajo, el uso de la lana para tejer y de la leche y sus derivados para mejorar la dieta alimenticia, lo que aseguró una mejor subsistencia y vestido, mejoras que fueron la clave de profundos cambios demográficos y culturales.

Este desarrollo económico y demográfico debió ir asociado a una organización social más compleja, como en otras áreas de Europa, con aparición de jerarquías sociales y de territorios definidos, que ideológicamente simbolizaban los megalitos como elementos identificadores del grupo social. Este proceso debió suponer en toda Europa crecientes tensiones y crisis demográficas asociadas a oscilaciones climáticas, epidemias y a otras causas posibles, como el aumento de la población y la dificultad por controlar los recursos esenciales, situación que debía producir enfrentamientos y desplazamientos de población, con las consiguientes mezclas y aumento de los intercambios de genes y de costumbres, hasta una relativa estabilización al inicio de la Edad del Bronce, hacia el 2000 a.C.

También en la Península Ibérica supuso el Calcolítico un claro aumento demográfico en todas las regiones, que posiblemente debió llevar a una saturación de la población según la capacidad tecnológica de la época, que trajo como consecuencia la ocupación

completa de todo el territorio, incluidas las montañas, como evidencia la colonización megalítica de los pastos de altura. En consecuencia, el Calcolítico parece constituir por doquier el substrato de la población actual, lo que permite considerarlo como punto de partida para todo análisis de etnogénesis, ya que, para períodos previos, los ensayos de interpretación son todavía muy especulativos, aunque su peso debe ser mínimo en la población actual.

En el País Vasco, desde el 4300 a.C. hasta el 2000 a.C. aproximadamente, se generaliza el uso del rito de enterramiento colectivo de forma sucesiva en cuevas y dólmenes, lugares en los que llegan a enterrarse más de un centenar de individuos.

En las áreas montañosas de vocación ganadera predominan los enterramientos megalíticos, los conocidos dólmenes, que, a partir del Neolítico se extienden por buena parte del País Vasco (fig. 7) y enlazan por una parte con los grupos del Norte de Burgos y por otra, con los Pirineos, perdurando su uso, cada vez más esporádico, en algunos casos hasta el I milenio a.C. Entre estos enterramientos colectivos calcolíticos cabe señalar el de Urtao II (Oñati, Guipúzcoa), que ha proporcionado, entre otros objetos, dos puñales de cobre, y el de Pico Ramos (Musquiz, Vizcaya), también con ricos ajuares.

Sin embargo, los yacimientos más espectaculares son los enterramientos colectivos de las zonas llanas de vocación más agrícola, como el de San Juan *ante Portam Latinam* (fig. 8A), en Laguardia, Álava, un abrigo rocoso de fines del IV milenio a.C. en el que se enterraron unas 300 personas con sus ajuares (Vegas (dir.), 2006), así como algún sepulcro hipogeo, como el de Longar (fig. 8B), en Viana, Navarra (Armendáriz e Irigaray, 1994), en el que se enterraron otro centenar de personas y que documenta la llegada de influjos foráneos, como evidencian los collares de *Denta-*

lium y la propia estructura de la sepultura y su puerta en forma de losa perforada, que tiene paralelos en Andalucía Central y en Portugal. Junto a éstos, Ilso Betaio (Alen, Vizcaya), representa un campamento al aire libre, muy simple, todavía, sin fortificar. Sin embargo, el aumento de elementos culturales y los cambios que se observan en el paso del Neolítico Final al Calcolítico parecen indicar una creciente conflictividad y cambios sociales, como evidencian los individuos asaeteados enterrados en Longar y en San Juan *ante Portam Latinam*, en los que se han encontrado huesos con flechas de piedra que documentan luchas y fenómenos de violencia.

La fijación de las poblaciones en sus territorios contrasta con el aumento de los contactos externos por toda Europa, que debió repercutir en la llegada de nuevas ideas y gentes, favoreciendo la introducción de cambios etno-culturales. El mejor documento de este creciente desarrollo de contactos es el Vaso Campaniforme, extendido en un periodo relativamente breve desde Hungría hasta el Atlántico y desde Escocia a Andalucía, Sicilia y el Norte de África, capacidad de movimiento que han confirmado análisis de huesos realizados tanto en Europa Centro-Oriental como en Gran Bretaña. Cualquiera que sea el origen y la explicación que se adopte para el complejo fenómeno del Campaniforme (Harrison, 1980; Guilaine, 1984; Nicols (ed.), 2001; Needham, 2005; Rojo *et al.* (eds.), 2005; Brun, 2006), éste supone también contactos con nuevas gentes y la introducción de nuevas ideas sociales y religiosas, llegadas desde Europa Central y Occidental. Además, parte del bagaje cultural del Campaniforme pudiera estar en las lejanas estepas euro-asiáticas y el ámbito báltico, dadas sus relaciones con la Cultura de la Cerámica de Cuerdas, de las que proceden elementos simbólicos como su vaso para beber característico o el



FIGURA 8.—A. *Sepultura colectiva calcolítica de San Juan ante Portam Latinam, Laguardia, Álava.* B. *Hipogeo de Longar, Viana, Navarra (según J. Armendáriz).*

«hacha de combate», como la hallada en el dolmen de Balenkaleku, en Navarra (Armendáriz, 1997, p. 27).

La posible llegada al País Vasco de nuevas gentes quedaría atestiguada por la abundancia de hallazgos del Vaso Campaniforme, en especial de tipo cordado, AOC, así como de piezas tan singulares como la citada hacha de combate de Balenkaleku, objeto cuyo origen se retrotrae a la Cultura de Cerámica de Cuerdas, del Norte y Centro de Europa. También al Calcolítico pudieran remontarse ya algunos testimonios lingüísticos de la Toponimia, cuyo estudio ofrece una información de gran interés, aunque limitada, a falta de avances en análisis del ADN antiguo, que permitan contrastar los datos e hipótesis de arqueólogos, antropólogos y lingüistas.

El Campaniforme supone el paso del enterramiento colectivo en megalitos y cuevas, que indican una sociedad comunitaria, al enterramiento individual, pues, aunque en algunos casos se realice en los lugares anteriores, las tumbas son ya individuales para destacar el deseo de ostentación que reforzaba el poder de los jefes guerreros (Ontañón, 2003). Así lo evidencia la tumba en forma de una morada funeraria asociada a un túmulo hallados recientemente en Tres Montes, en las Bárdenas Reales, al Este de Navarra (Rupérez *et al.*, 2008) o la estela de Soalar (fig. 9), en el valle de Baztán (Bueno *et al.*, 2005), con una alabarda como elemento identificativo de un guerrero de élite, semejante a otras estelas del inicio de la Edad del Bronce de la Península Ibérica, como la de Longroiva, en Portugal. Por ello, el Campaniforme debe considerarse asociado a la aparición de élites guerreras y pastoriles asociadas a la metalurgia como elemento de prestigio, que se generaliza a partir de entonces durante toda la Edad del Bronce. Su mejor reflejo es un rito de tumba individual con armas que susti-

tuye a los enterramientos colectivos anteriores, que en ocasiones siguen siendo utilizados. Pero el Campaniforme denota el desarrollo de la personalidad individual del jefe, un guerrero a juzgar por el ajuar de armas que lo acompañan, que debía considerarse de algún modo heroizado tras su muerte, lo que indicaría la adopción de una ideología muy característica y bien documentada en muchos pueblos indoeuropeos.

Por ello, estos cambios pudieran también suponer que con ellos llegara asociada la introducción de lenguas y creencias indoeuropeas en Europa Occidental (Gallay, 2001; Brun, 2006), en las que podría verse el substrato más antiguo del que se habrían originado posteriormente los pueblos y lenguas «Celtas», que dos milenios más tarde aparecen documentados en Europa Occidental a través de los autores clásicos. Pero tales cambios, a pesar de

su aparición de forma relativamente repentina sobre el substrato anterior, no debieron responder a grandes migraciones, pues, en todo caso, representarían grupos minoritarios desde un punto de vista demográfico. Sin embargo, es difícil determinar su significado

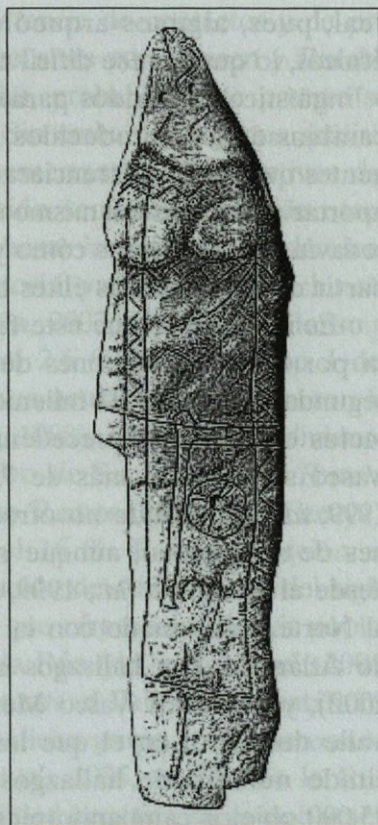


FIGURA 9.—*Estela campaniforme de Soalar, Baztán, Navarra (según P. Bueno et al.).*

real, pues, algunos arqueólogos no lo relacionan con cambios étnicos, lo que parece difícil mantener dados los cambios religiosos y lingüísticos ocurridos paralelamente. En todo caso, los posibles cambios étnicos producidos, si es que los hubo, pudieran ser de gentes que no se diferenciaron genéticamente de las existentes por aportar elementos del mismo substrato europeo, pero, en todo caso, todavía desconocemos cómo y cuál pudo ser el efecto producido a partir de las pequeñas élites o grupos minoritarios campaniformes.

Es interesante que este fenómeno campaniforme se documenta por todas las regiones de la Península Ibérica a partir de la segunda mitad del III milenio con una intensificación de los contactos externos sin precedentes en etapas anteriores. En el País Vasco se conocen más de 75 hallazgos campaniformes (Alday, 1999; *id.*, 2001), que no ofrecen diferencias con los de las regiones de su entorno, aunque refuerzan la división que se advierte desde el Neolítico (*id.*, 1999, p. 181) entre un País Vasco húmedo al Norte, relacionado con la zona cantábrica y vinculado al mundo Atlántico, con hallazgos más escasos y esporádicos (Ontañón, 2002), y otro País Vasco Meridional, vinculado a la Meseta y al Valle del Ebro, en el que los hallazgos son más importantes. El citado número de hallazgos permitiría calcular un mínimo de 75.000 objetos campaniformes si se supone que, como mínimo, se haya conservado el 1/1000 de los originales, cantidad que representaría, aproximadamente, más de 100 objetos/año. Dada la baja densidad de población de la época, es impensable que los introductores de tal número de objetos no hubieran dejado huella cultural, lingüística y étnica, especialmente en procesos de larga duración, como son los prehistóricos.

Muy interesantes son los resultados de los análisis genéticos realizados de estas poblaciones, lo que ha facilitado el rito de en-

terramiento colectivo. Aunque la existencia de contactos y de poblaciones mixtas ya fue señalada hace años por Eguren y Basabe (*vid. supra*), no fue asumida de hecho, probablemente porque se oponía al esquema teórico en vigor. Sin embargo, algunos análisis de ADN prehistóricos realizado en enterramientos colectivos del III milenio a.C. indican una población semejante a la de otros puntos de Europa, lo que lleva a rechazar la visión de «aislamiento» del País Vasco durante la Prehistoria, ya que, como se ha señalado repetidas veces (C. de la Rúa, 2002; Izaguirre, Alonso y de la Rúa, 2005, p. 331 s.), frente al 2,6 % del haplotipo J del ADNmt presente en la población vasca actual, relacionado con la colonización neolítica (Torróni *et al.*, 1998), en los 289 individuos hallados en el enterramiento colectivo de San Juan *ante Portam Latinam*, los de Urnatz y los de Pico Ramos (Musquiz, Vizcaya), dicho haplogrupo J se eleva hasta el 16 %. Esta proporción es similar al 14,7 % que ofrece la población de Aldaieta, ya del siglo VI de JC., y resulta «semejante a la que ofrecen las demás poblaciones europeas», como reconoce de la Rúa (de la Rúa *et al.*, 2006, p. 322), sin que aprecie divergencias entre el País Vasco cantábrico y el de la cuenca del Ebro. Además, dicho grupo J no aparece en la población de Longar (Izaguirre *et al.*, 2005, p. 332; de la Rúa *et al.*, 2006), lo que indica la complejidad genética de la población vascongada prehistórica. Este cuadro aún resulta más complejo y contradictorio con la tesis tradicionales por el hecho de que el haplogrupo V del ADNmt en muestras actuales, que Torróni *et alii* (1998) y otros investigadores había atribuido a las poblaciones supero-paleolíticas de la Europa Occidental, que había sido identificadas con los «vascos» por diversos autores, no aparecen en ninguno de los 125 individuos prehistóricos analizados por de la Rúa *et alii* (2006, p. 322), lo que obliga considerar dichas hipóte-

sis como no probadas hasta que puedan analizarse testimonios paleolíticos. Incluso ha aparecido algún elemento del Norte de África, que replantea la visión existente de la falta de contactos genéticos entre África y la Península Ibérica a través del Estrecho de Gibraltar antes de la invasión islámica (Brion *et al.*, 2003; Bosch *et al.*, 2001; Flores *et al.*, 2000).

Por todo ello, esta población mixta en el País Vasco, lógica por otra parte, no ofrece problema alguno para la hipótesis de que pudieran proceder del substrato campaniforme el substrato indoeuropeo muy antiguo tan característicos de la hidronimia del País Vasco, como indican los nombres del Urola, Deva (fig. 10), Plencia, Nervión, Cadagua y otros hidrónimos recientemente identificados por Villar, como el Oria, cuyo significado es «el río» en indoeuropeo (2000, p. 192 s., 199). También con dicho substrato cabe relacionar la introducción de algunos elementos rituales, como la Peña de Axtroki y sus vaso de oro, así como otras creencias consideradas «vascas» con cierto sentido goropianista, como la organización del calendario o, incluso, alguna tan emblemática como el «Árbol de Guernica» o la encina del Valle de Ayala, cristianizada al convertirse en el árbol de la Virgen de la Encina (*vid. infra*).

En el País Vasco, el campaniforme llamado «marítimo» representa un primer horizonte en las áreas atlánticas, como en Echauri, con el que se asocian los botones de tortuga de Kobeaga y algunas importaciones, como el hacha de combate citada de Balenkaleku (Armendáriz, 1997, p. 27), cuyos paralelos se extienden desde Europa Oriental al Atlántico, pues se conocen piezas comparables en Teverga (Asturias), con paralelos en el Horizonte Rechaba de Galicia, así como en Solosanco (Avila) y en Plasencia (Cáceres). También aparece vasos campaniformes de tipo cordado

(AOC), probablemente originarios de Centroeuropa, en las cuevas de Lumentexa y Santimamiñe, y el mismo origen parece tener el campaniforme de tipo mixto o de zonas (C/ZM), presente en Atalayuela, Gorostorián y Pagobakoitza. Por el contrario, puntas de dardos o azagayas de cobre de tipo Palmela, muy probablemente originarias de la Estremadura portuguesa, se han hallado, por ejemplo, en Obionete y Sakulo, en el Roncal. En Sakulo y Echauri han aparecido botones Dufort y piramidales, mientras que los cónicos, frecuentes en el Alto Valle del Ebro, aparecen también en Kobeaga. El estilo de Ciempozuelos predomina casi exclusivamente en la zona meridional, lo que evidencian su relación con la Meseta, por lo que pueden considerarse el inicio de relaciones mantenidas entre ambas zonas a lo largo de la Edad del Bronce y de la Edad del Hierro hasta el imperio romano, relaciones que, no por casualidad, han proseguido posteriormente a partir de la Reconquista hasta nuestros días.

Esta visión, aunque parcial, manifiesta la plena incorporación de todo el País Vasco al proceso Campaniforme generalizado por toda Europa Occidental, como anteriormente había ocurrido en el mundo megalítico. Estos hallazgos parecen más intensos en las áreas meridionales, la actual Provincia de Álava, de donde procede el 75 % de los hallazgos, zona que evidencia una clara relación con el Valle del Ebro y en especial con la Meseta, lo que indica que la diferenciación entre las áreas atlánticas y la cuenca del Ebro dentro del País Vasco se hizo más evidente desde el Calcolítico (Alday, 1999), lo que prueba una vez más la comentada complejidad etno-cultural del País Vasco.

Con el Vaso Campaniforme llegarían conjuntamente otros elementos que formaban parte de su sistema cultural, como el rito de enterramiento individual y un claro predominio guerrero y



FIGURA 10.—Ríos de la Península Ibérica con el nombre céltico 'Deva' ('diosa').

masculino en la sociedad, probablemente asociado a la creencia en un antepasado que sería el héroe fundador del grupo humano. También cabe remontar a este periodo ritos vinculados a creencias solares en peñas destacadas, de tipo onfálico, como documenta Peñatú en Asturias, cuya continuidad hasta el Bronce Final evidencian los cuencos áureos de la Peña de Axtroki, en Bolívar, Guipúzcoa. Al mismo horizonte mental cabe atribuir otras ideas y creencias, como los árboles sagrados asociados a la asamblea jurídica indoeuropea, así como, con alta probabilidad por formar todos estos elementos parte de un mismo sistema cultural, una

lengua indoeuropea extendida hasta los límites del Atlántico, que se refleja en la citada hidronimia de los ríos principales, Oria, Deva (fig. 10), Nervión, Cadagua o Plencia, y en orónimos como Cantabria (Almagro-Gorbea, 2001), que constituye el substrato indoeuropeo del que parecen haber surgido las lenguas célticas, mientras que en la toponimia menor sí es de origen vasco, lo que hace suponer que debió haberse introducido posteriormente.

LA EDAD DEL BRONCE

La Edad del Bronce arranca de este substrato Campaniforme, generalizado por todas las áreas de la Península Ibérica hacia el 2000 a.C., y finaliza en los procesos formativos de la etnias prerromanas de la Edad del Hierro hacia el paso al I milenio a.C., aunque éstas, lógicamente, retrotraen sus raíces hasta la Edad del Bronce (Almagro-Gorbea, 1997).

En el desarrollo de la Edad del Bronce hay que tener presente la gran diversidad que ofrece la Península Ibérica, mayor que la de muchas otras áreas de Europa, al acentuarse la diferenciación en sentido Norte-Sur y en sentido Mediterráneo-Atlántico, graduada por la gran Meseta Central, que actúa como centro de contacto y de difusión de los influjos recibidos desde y hacia las regiones periféricas. Pero no se debe olvidar que la Edad del Bronce debió componer un «mosaico» interétnico, en sentido espacial, social y cultural, hoy día difícil de conocer y casi de imaginar.

En la Edad del Bronce prosigue la diferenciación señalada desde el Campaniforme en el País Vasco, que incluso pudiera retrotraerse hasta la neolitización, pues se diferencian con nitidez dos grupos culturales, bien identificados desde los años 1970 por

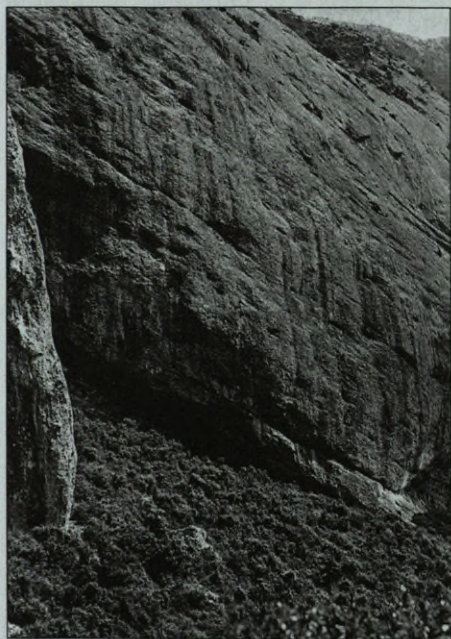


FIGURA 11.—Cueva de Los Husos, El Villar, Álava (según J. Altuna, 1975).

J. M.^a Apellániz: el septentrional de Santimamiñe, nombre dado por la conocida cueva de Vizcaya (Apellániz, 1975), que se relaciona con la Cantabria oriental, y el de Los Husos (fig. 11), cueva situada en El Villar, al Sur de la Sierra de Cantabria, en Álava, cuya dispersión es meridional, por lo que es más próximo a la Meseta y al Valle del Ebro (Apellániz, 1974: fig. 1). Ambos tienen su base en el substrato local, pero ofrecen una fuerte base geográfica y marcan una división en el País Vasco patente hasta nuestros días.

En todos estos grupos culturales perdura la tradición arcaizante de hábitat en cuevas, que también se usan en ocasiones como santuarios (Apellániz y Uríbarri, 1976) y las cerámicas decoradas con digitaciones y cordones, que ofrecen concomitancias nordpirenaicas, en especial por la cuenca del Garona, por lo que quizás se relacionen también con la trashumancia pastoril característica de los territorios existentes a ambos lados de los Pirineos. El metal es raro, pero se conoce algún hacha de tipo «Cabrales» en Cantabria o de tipo «Barcelos» en el País Vasco (Monteagudo, 1977), que confirman contactos con el exterior, en especial con el

mundo del Bronce Atlántico (Ruiz-Gálvez, 1984; *id.*, 1998; Coffyn, 1985; Cunliffe, 2001). Por el contrario, la cuenca del Ebro ofrece influjos de la Meseta y, tras las cerámicas campaniformes, en cuevas y «fondos de cabaña» o basureros, aparecen cerámicas de Cogeces (Mendizorra) y de Cogotas I (Berbeia, Solacueva, etc.), que documentan contactos con la Meseta que paulatinamente se fueron incrementando, como se ha señalado (Abarquero, 2005, p. 112 s.), lo que permite deducir que ambas zonas, la parte alta del Valle del Duero y el Norte de la Meseta, formaban parte del mismo sistema etno-cultural.

Además, todos los grupos señalados de la Edad del Bronce en el País Vasco deben considerarse enmarcados en las diversas corrientes culturales que afectan de diverso modo a las distintas áreas de la Península Ibérica, contribuyendo a su diversificación (Almagro-Gorbea, 1986, p. 344-347; Almagro-Gorbea y Ruiz Zapatero, 1993, p. 478), corrientes que indican un *crescendo* de los contactos documentados desde época campaniforme.

De particular importancia en este período fueron los influjos atlánticos, que afectaron en la Península Ibérica a sus áreas septentrionales y occidentales, incluida la Meseta, reforzando el substrato atlántico ya patente desde el mundo megalítico y campaniforme. Otra corriente, en esta etapa menos perceptible, es la mediterránea, atenuada en estas zonas, aunque algunos de sus elementos también llegaron hasta el Atlántico. Más evidente es la corriente ultrapirenaica, pues cerámicas pellizadas se extienden desde el Garona al Valle del Ebro y Cantabria (Coffyn, 1985, mapa 5), con una repartición que parece complementaria de los vasos polípodos de la cubeta oriental del Garona y del Pirineo septentrional y oriental (Coffyn, 1985, mapa 6; Gascó y Carroza, 1989, p. 406), así como de las cerámicas de Cogotas I de la Meseta

(Abarquero, 2005, p. 112 s.), salvo en la zona alavesa riojana, donde parecen coexistir ambas. Aunque estas cerámicas parecen ser un elemento aislado, como la cerámica es un producto profundamente vinculado a tradiciones del ámbito doméstico de la mujer, pudieran indicar un substrato etno-cultural de amplia dispersión, probablemente asociado a tradiciones transmitidas por las mujeres, a lo que se añade el uso ritual de las cuevas por todas esas zonas a ambos lados de los Pirineos (Almagro-Gorbea, 1976; Apellániz, 1973; Apellániz y Uríbarri, 1976; Gascó y Carroza, 1989, p. 416), por lo que se podría relacionar con los movimientos de trashumancia a uno y otro lado de los Pirineos, que debieron llegar hasta el Norte de Garona.

Los contactos atlánticos quedan documentados por algunas piezas de bronce no muy numerosas, pero sí características. Del Bronce Antiguo son el hacha de Doñana, en Treviño, de un tipo originario de tierras de León (Monteagudo, 1977, tipo 9B, n.º 624a) y la de Larragain, Arrasate (Peñalver y San José, 2003, p. fig. 37,3), mientras que dos hachas de Marquina y otra de Gardalegui, Álava, parecen proceder del Alentejo (*id.*, tipo 9A, n.º 608-609 y 10B, n.º 946). Del Bronce Medio son las de Sedano, Los Husos y Navarra, de tipo 11C (*id.*, n.º 728-731), quizás originario de Tras os Montes. El hacha de rebordes de Arritxikieta, Oñate (Peñalver y San José, 2003: fig. 37,2), es un tipo de origen transpirenaico (Coffyn, 1985, p. 17 s.). Del Bronce Atlántico Final son escasos los ejemplares conocidos: dos hachas de tope de tipo Oviedo D, de Aralar y de Treviño (*id.*, tipo 32B, n.º 1214, BF III), otra de la cueva de Zabalaitz, en Parzonería de Urbia (Peñalver y San José, 2003: fig. 37,1), alguna punta de lanza y la empuñadura de espada pistiliforme de Solacueva, en Álava (Llanos, 1972: fig. 4a), del Bronce Final II. Además, una azuela del

Bronce Final de Estella (Monteagudo, 1977: tipo 20A1, n.º 831) ofrece un enmangue tubular cuya tecnología es de origen chipriota y debió extenderse por el Mediterráneo Occidental a partir de las navegaciones micénicas de los siglos XIV al XII a.C. A estos instrumentos de bronce se añaden los cuencos de oro de Axtroki (fig. 12), decorados con círculos concéntricos y otros símbolos solares (Barandiarán, 1973; Almagro-Gorbea, 1974), cuyo mejor paralelo es el casco de Rianxo, en La Coruña (Kruta, 1992, p. 153-154) y otras piezas de técnica y



FIGURA 12.—Cuencos de oro de Axtroki (Bolívar, Guipúzcoa), decorados con motivos solares.

significado semejantes halladas en Francia, como los tesoros del Bronce Reciente de Rongères, Allière, y de Villeneuve-Saint-Vistre, Marne (Éluère, 1982, p. 102 s., fig. 157 y 158). Todas estas piezas, de alto valor y simbolismo, indican creencias y usos sociales del Bronce Atlántico con evidentes paralelos en el Centro y Norte de Europa (Menghin y Schauer, 1977; Éluere, 1982, p. 156 s., fig. 160).

Todos estos elementos confirman que el País Vasco formaba parte del llamado mundo atlántico (Ruiz-Gálvez, 1984; *id.*, 1998;

Coffyn, 1985; Cunliffe, 2001), que desarrolló una creciente vocación ganadera que entrañaría mayor movilidad, aunque no sociedades itinerantes. En este Bronce Atlántico la huella de un substrato campaniforme es muy perceptible por todas las áreas atlánticas de la Península Ibérica, la «Iberia atlántica», desde las regiones Occidentales de la Península Ibérica hasta el País Vasco Septentrional, incluidas la Cordillera Cantábrica (Blas Cortina, 1983) y el País Vasco septentrional hasta las estribaciones de los Pirineos (Apellániz, 1974; *id.*, 1975), zonas más pobres en objetos de bronce identificativos y, aparentemente, más conservadoras, pues parecen haber seguido una evolución más autónoma y peculiar, lo que dificulta su enmarque cultural frente al complejo mundo de Cogotas I extendido desde la Meseta (fig. 13), que alcanza de pleno el País Vasco meridional (Llanos y Fernández Medrano, 1968; Abarquero, 2005, p. 112 s.), Navarra (Ramos, 2007) y el Valle del Ebro (Abarquero, 2005).

En efecto, a lo largo del II milenio a.C., las áreas meridionales aparecen ocupadas por los llamados campos de «hoyos» o de «fondos de cabaña» correspondientes a la Cultura de 'Cogotas I' (Abarquero, 2005, p. 112 s.), caracterizada por pobres poblados de llanura y raramente en lugares elevados, evidenciados por basureros con restos de huesos, cerámicas incisas, excisas y toscas de almacén, con una economía agrícola y ganadera con predominio de ovicápridos que permite suponer una trashumancia local montaña-llano, que se ha considerado itinerante debido a la endeblez de sus chozas. A esta cultura hay que atribuir los llamados «depósitos en hoyos» de Álava y Navarra (Llanos y Fernández Medrano, 1968; Llanos, 1992; Abarquero, 2005, p. 112 s.) y la tradición de cultos en cueva desarrollados desde la Meseta (Llanos, 1963; Apellániz, 1973; Apellániz y Uríbarri, 1976) a Cantabria



FIGURA 13.—Extensión de las cerámicas de 'Cogotas I' por el País Vasco Meridional (según F. J. Abarquero, 2005) y vaso de Cortecampo II, Los Arcos, Navarra (según M. Ramos, 2008).

(Almagro-Gorbea, 1976), cultos que se extendían por el Suroeste de Francia (Gómez de Soto, 1980; Gómez y Pautreau, 1989), lo que pudiera evidenciar un amplio substrato ideológico por esas regiones atlánticas.

Esta Cultura de Cogotas I procedería del substrato calcolítico del Centro de la Península Ibérica y se vio modificado por el Campaniforme, pero, a partir de fines del II milenio a.C., los crecientes elementos metálicos del Bronce Atlántico (Ruiz Gálvez, 1984; Coffyn, 1985) evidencian su plena integración en dicho círculo cultural (Almagro-Gorbea, 1986, p. 373-5; Delibes de Castro y Fernández Manzano, 1991; Abarquero, 2005, p. 35 s.).

Las características que ofrece la Cultura de Cogotas I y su dispersión en la segunda mitad del II milenio a.C. (Abarquero, 2005), permiten relacionarla con un conjunto de elementos ideológicos, sociales y lingüísticos que ofrecen la misma dispersión geográfica y que se extienden por las áreas septentrionales, occidentales y centrales de la Península Ibérica, por lo que formarían parte del mismo sistema etno-cultural, de tipo indoeuropeo muy arcaico a juzgar por los ritos y por algunos topónimos, como la palabra «páramo» y otras relacionadas (Almagro-Gorbea, 2001). La aparente relación entre documentos arqueológicos, epigráficos, religiosos y lingüísticos permiten atribuirlos a la tradición etno-cultural del Bronce Final Atlántico, tradición que perduró hasta la Edad del Hierro y, en algunos casos, hasta la romanización de esas regiones. Por ello, cabe relacionar dicha cultura con el substrato de las poblaciones ya documentadas por los historiadores y geógrafos romanos a fines del I milenio a.C., como Vacceos, Vettones y Carpetanos en el centro de Hispania, junto a los Lusitanos y Galaicos en el Occidente; en la región cantábrica, los Astures, Cántabros, Autrigones, Caristios y Várdulos, éstos tres

últimos, en el País Vasco, y, además, los Berones, en La Rioja. También en sentido cultural, no lingüístico, cabe asociar a dichas gentes los Vascones de los Pirineos y la Alta Navarra, pues todas estas gentes fueron consideradas por Estrabón (III,3,6-7) como las más primitivas de Hispania. Pero, con exclusión de los Vascones que parecen haber vivido hacia el Pirineo Occidental y, probablemente en Aquitania, el resto eran pueblos de cultura y lengua célticas. Sin embargo, todos ellos corresponden a un substrato anterior al de la formación de los Celtíberos (Ruiz Zapatero y Lorrio, 1999), que parecen proceder del substrato anterior más el influjo de los Campos de Urnas de inicios del I milenio a.C., por lo que su origen también resulta ser claramente anterior al de las culturas célticas de Hallstatt y La Tène, que caracterizan la Edad del Hierro en Europa Central a partir del 850 a.C. hasta la conquista romana (Almagro-Gorbea, 2001).

Este substrato etno-cultural del Bronce Atlántico tenía creencias y ritos asociados al armamento como símbolo de una clase guerrera que mantendría la tradición de enterramiento individual, probablemente asociada a la heroización del antepasado, aunque no se documentan sepulturas, tal vez por depositarse los restos en los ríos como lugares de paso al Más Allá (Torbrügge, 1971; Bradley, 1990). También se documentan cultos solares, normalmente asociados a peñas como la de Axtroki, que debían tener carácter onfálico por constituir puntos de unión del cielo, la tierra y los infiernos, según sus creencias. Uno y otro elemento pudieran proceder sin solución de continuidad del citado substrato campaniforme, pues aparecen documentados a partir del mismo. La extensión de dicho substrato se puede relacionar con la de las cerámicas de Cogotas I (Abarquero, 2005), que coinciden, con bastante aproximación, con las citadas peñas asociadas al culto solar (Almagro-

Gorbea, 1996; *id.* y Jiménez, 2000) y con las armas aparecidas en ríos y lagos (Almagro-Gorbea, 1996), mientras que excluye el rito de cremación característico de la Cultura de los Campos de Urnas (Ruiz Zapatero, 1984), de la que pasó a los Celtíberos (Ruiz-Zapatero y Lorrio, 1999), lo que indica una concepción religiosa anterior a estas dos últimas culturas. Por todo ello, la lengua de estas gentes se podría identificar con una lengua indoeuropea arcaica de la que formaría parte la conocida como «Lusitano» (Tovar, 1985; Gorrochategui, 1987; Prósper, 2002), a la que cabe asociar topónimos arcaicos como «páramo» (Ballester, 2004a) y quizás otros documentados por Villar (2000; Villar y Prósper, 2005, p. 429 s.), junto a elementos ideológicos y sociales que evidencian un auténtico substrato etno-cultural «protocéltico» del Bronce Atlántico, del cual formaba parte todo el País Vasco.

Confirman esta hipótesis, además de los hidrónimos citados, como el Deva (fig. 10) y otros, los cuencos de Axtroki y la espada de Solacueva, en Álava (Llanos, 1972: fig. 4a), probablemente depositada en dicha gruta, como el hacha de Zabalaitz (*vid. supra*, p. 70) que indican una tradición de depósitos votivos característica de la Edad del Bronce como la documentada en amplias zonas de la Europa Nórdica, Central y, en especial, del Bronce Atlántico, lo que supone la generalización de ritos y creencias, probablemente de tipo céltico, extendidos, seguramente, desde época campaniforme, pues esta tradición ritual ya se documenta en los depósitos de espadas cántabros del Bronce Antiguo de Cuevallusa y de Entrambasaguas (Almagro-Gorbea, 1976), que indican el inicio de estas prácticas de cultos rituales guerreros en cuevas desde inicios del II milenio a.C.

En efecto, de este mismo substrato, que, probablemente, se retrotrae a época campaniforme, deben proceder muchas creen-

cias profundamente arraigadas en el sistema ideológico vasco, como la sacralidad de las aguas o la de ciertos robles y encinas considerados símbolo de la divinidad (Caro Baroja, 1974, p. 339 s.). A este substrato deben pertenecer las divinidades de las aguas, especialmente de fuentes, ríos y lagos, que en el mundo indoeuropeo simbolizaban el paso al Más Allá, cuyos nombres han conservado hidrónimos protocélticos, como Deva, Navia, etc. (de Hoz, 1963; *id.*, 1986), cuya dispersión alcanza desde Galicia a Guipúzcoa y a Riodeva, en Teruel (fig. 10).

También por toda la Hispania indoeuropea se documenta un culto solar asociado a peñas onfálicas que llega desde el Occidente hasta el Ebro y el Guadalquivir (Almagro-Gorbea y Jiménez, 2000). En Ulaca, Ávila, tiene una clara función topo-astronómica, como en Axtroki, Bolívar, donde su carácter ritual queda confirmado por dos cuencos de oro del Bronce Final (fig. 12), decorados con motivos de clara simbología solar (Almagro-Gorbea, 1974, p. 87; *id.*, 1996). En Peña Tú, Asturias, la peña sacra se asocia a una representación de un ídolo dolménico y a un puñal campaniforme, lo que indica el uso de estas piedras «sacras» desde el Campaniforme, mientras que en Peñalba de Villastar, Teruel, la peña se asocia a un santuario solar que ofrece inscripciones célticas (Marco, 1986). Estas peñas sacras parecen ser puntos axiales del mundo indoeuropeo y debieron tener funciones de «altares», como evidencia la inscripción de Cabeço das Fragoas, Portugal (Tovar, 1985; de Hoz, 1986, p. 48), que hace referencia a sacrificios ancestrales de un toro, una oveja y un cerdo, seguramente para la purificación colectiva del territorio, comparables al *sautramani* indio y al *suovetaurilia* romano (Dumézil, 1977, p. 216 s.). El carácter augural y de calendario topo-astronómico de estas peñas resulta evidente en Peñalba de Villastar y también en Ulaca, don-

de está orientada exactamente al mediodía y al pico más alto de la Sierra de la Paramera. Esta función de calendario topoastronómico también parece haberla tenido la peña de Axtroqui, pues está situada en el centro del Valle de Bolívar entre una Ermita de San Miguel, clara referencia al equinocio de septiembre, fecha esencial para la ganadería trashumante, y un alto monte por el Sur que domina el Valle con una ermita cuya festividad coincide con el 1 de Mayo, la fiesta celta de *Beltain*, lo que confirmaría su función de calendario y su relación con la religión y la cosmología celtas.

Con este culto solar, posiblemente relacionado con el calendario, podrían relacionarse fiestas tradicionales vascas y también el mismo calendario vasco (Caro Baroja, 1984, p. 87 s.), que, según recientes análisis (Torres, 2007), es muy similar en su funcionamiento al celta, lo que permite deducir que tenga su origen en éste último (Torres, 2005, p. 261 s.), ya que estaría asociado a las creencias citadas, tan relacionadas con él, como confirma, ya en la Edad del Hierro, el santuario topoastronómico de Gastiburu, que quizás incluso tuviera asociado un posible árbol sacro en su centro (Valdés, 1987, *vid. infra*, p. 91).

Igualmente, los árboles sagrados del País Vasco, que tiene o han tenido funciones jurídicas como lugar de asamblea, documentan una bien conocida tradición indoeuropea, muy característica entre los celtas (Caro Baroja, 1974, p. 339 s., 355 s.), para quienes el roble era una manifestación de la divinidad, como indica en el siglo II de J.C. Máximo de Tiro (*Dissertationes* II,8). Este autor y otras referencias similares señalan que los celtas adoraban a Zeus en la forma de un gran roble o encina, lo que explica que el *Quercus* indicara el lugar elegido para celebrar las asambleas sacro-jurídicas, pues era el símbolo del *axis mundi* entre los indoeuropeos, punto de vinculación de cielo, tierra e infierno, lo que explica su

carácter sacro y de manifestación de la divinidad, de lo que procede su carácter de lugar de reunión sacra con funciones legislativas.

Este es el origen del roble de Guernica, del soberbio árbol (fig. 1), que asociado a la Virgen de la Encina de Arceniega, ha sido el lugar de asamblea del Valle de Ayala, y de otros casos conocidos por todo el Norte de España (Caro Baroja, 1974, p. 366-367), que quizás tengan su testimonio más antiguo en el posible árbol que pudo ocupar el hoyo que constituye el centro topográfico e ideológico del citado santuario de Gaztiburru, en Vizcaya (Valdés, 1987; *vid. infra*, p. 91).

En este sentido, quiero hacer una digresión, que considero interesante, sobre los mitos relacionados con el Árbol de Guernica y los restantes árboles que desempeñan un papel tan importante en el ritual del *Fuero Viejo* de Vizcaya, y que, como otros del resto del País Vasco, como la encina del Valle de Ayala y otros del Norte de España, han mantenido el carácter sacro-jurídico del árbol sagrado indoeuropeo como lugar onfálico en el que se manifiesta la voluntad del dios supremo, organizador y jurista de la sociedad, algo que ya entrevió Caro Baroja (*vid. supra*).

M. García Quintela (2007) ha estudiado recientemente el ritual del *Fuero Viejo* de Vizcaya. Se caracteriza por reunirse toda la sociedad en un punto de carácter «sacro» al aire libre, fijado por la tradición, «logar do acostumbraban ayuntarse». Este ritual se relaciona con un rito similar conservado en la Corintia eslovena, lo que prueba que ambos ritos deben interpretar como restos del ritual celta de coronación real, de clara ascendencia indoeuropea.

¿Deja por ello de ser vasco uno de los más importantes símbolos ideológicos del País Vasco en toda su historia? Creo que es una pregunta cuya respuesta, que resulta evidente, debe hacerse todo vasco que quiera ser consecuente con nuestro pasado. Pero

esa respuesta supone dejar de lado antiguos mitos y manipulaciones políticas y comprender cómo nuestra tierra vasca y sus gentes somos, como resulta lógico, resultado de un largo y complejo proceso histórico, que nos ha formado a través de múltiples elementos, sin que sea serio determinar que un elemento es más «vasco» que otro, pues la actitud contraria sería como considerar en una cuerda que sólo una de sus fibras es buena y las demás no existen: la cuerda se desharía. Si este hecho tan lógico hay que admitirlo para un elemento tan simbólico como el «Árbol del Guernica», lo mismo cabe decir para la lengua y los restantes elementos culturales, así como los genéticos, que, necesariamente, deben asociarse a ese elemento cultural, uno más de los que conforman el complejo sistema etno-cultural del País Vasco.

Por último, también es interesante recordar que en la arcaica organización socio-económica de esta sociedad «proto-celta» de la Edad del Bronce, organización que perdura hasta la Romanización, las mujeres se ocupaban del campo y de la casa, según refieren Estrabón (3,4,17-18) y Justino (44,3,7), mientras que los hombres se dedicaban a la ganadería, la caza y la guerra. Esta división del trabajo por géneros, que tiene ciertos paralelos entre los Pictos de Escocia, Estrabón considera que parecía un matriarcado, sin serlo en realidad, pues es la que corresponde a la ancestral sociedad de la Edad del Bronce, tradición mantenida en algunos aspectos en áreas rurales del Norte de España, incluido el País Vasco, prácticamente casi hasta nuestros días. Esta sociedad arcaica conservaría la explotación colectiva de la tierra fuera del huerto familiar, como ocurría entre diversos pueblos indoeuropeos, pues se trata de una costumbre generalizada entre sociedades campesinas primitivas antes de la aparición de la propiedad privada, que debió llegar asociada al sistema gentilicio y clientelar, cambios que sólo

parecen generalizarse durante la Edad del Hierro en los últimos siglos a.C. y que debieron llegar al País Vasco probablemente ya por influjo celtibérico.

EL BRONCE FINAL Y LA EDAD DEL HIERRO

En el último milenio a.C. se incrementaron los contactos de unas regiones con otras de la Península Ibérica y con otras zonas de Europa y el Mediterráneo y, al mismo tiempo, cristalizan los procesos de etnogénesis del substrato de la Edad del Bronce, dando lugar a la formación de los pueblos prerromanos que conocieron los historiadores griegos y romanos.

En este último milenio a.C. se acentúan las tres grandes corrientes culturales citadas que afectan a la Península Ibérica y, dentro de ella, al País Vasco, aunque su actuación sea diversa en cada zona según su situación geográfica y la capacidad de asimilación de su substrato cultural.

Los influjos atlánticos, que se remontan al megalitismo y a la Edad del Bronce en todas las regiones ribereñas atlánticas del Occidente de Europa, tienden a decrecer. Pero su tradición se mantenía entre los pueblos del Norte, desde los Galaicos, Astures y Cántabros a los Autrigones, Caristios y Várdulos del País Vasco (fig. 14), que mantenían una sociedad ancestral, retardataria para su época, como indica Estrabón (III,4,17 s.). Su estructura social se basaba en la familia y en clases de edad, sin que se hubieran llegado a desarrollar élites gentilicias ni todavía menos núcleos urbanos. Esta organización explica su ruda oposición a Roma y a los cambios culturales que ésta suponía. Por ello, fueron los Cántabros, a pesar de su escaso desarrollo, quienes ofrecieron la

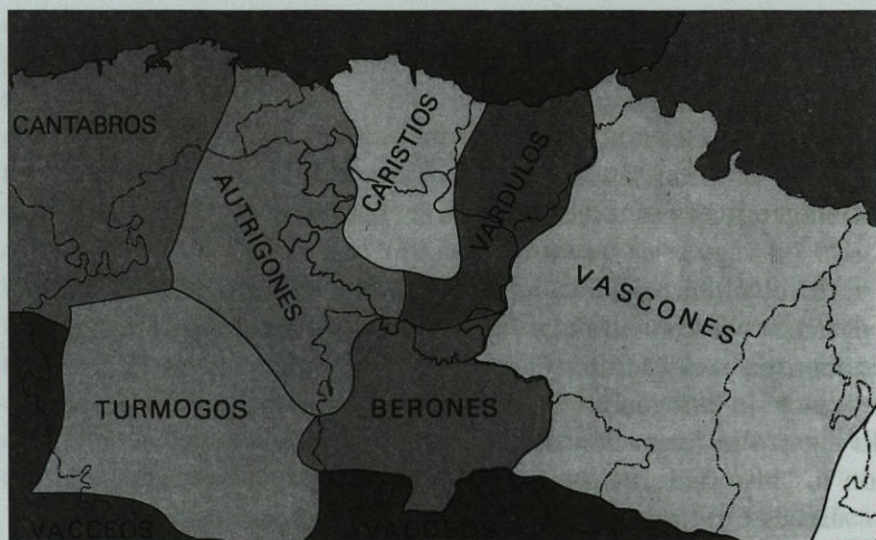


FIGURA 14.—Pueblos prerromanos del País Vasco y zonas aledañas (según R. Loza).

última y más enconada oposición a Roma, que sólo logró dominarlos tras una auténtica guerra de exterminio que duró 20 años (Peralta (ed.), 1999), pues se trataba de un pueblo montaños de estirpe indoeuropea muy primitiva y por ello refractario a cualquier tipo de organización civilizada como la que suponía Roma.

Sin embargo, a partir del siglo I d.C. la Romanización se había afirmado por todas estas tierras septentrionales de la Península Ibérica, en especial por las áreas cismontanas, hasta el punto de que Álava es la provincia de España que ofrece un número más elevado de inscripciones romanas por km² (Abascal, 2002, p. 271), indicio evidente de la profunda romanización de Autrigones y Caristios, quines, junto a los Várdulos, eran celtas que constituían la población del País Vasco.

Frente a la tradición atlántica, otra corriente etno-cultural estaba representada por la Cultura de los Campos de Urnas, llegada a partir de fines del II milenio a.C. desde Europa Central a través de los Pirineos, especialmente por los pasos orientales (Ruiz Zapatero, 1984). Estas gentes se establecen en el cuadrante Nordeste asimilando completamente el substrato de la Edad del Bronce, lo que supuso importantes cambios en la cultura material y en la organización social, ideológica y lingüística, pues por esta vía, hasta la conquista de las Galias por César, penetraban poblaciones de tipo celta.

Su influjo alcanzó plenamente al País Vasco por 3 vías distintas, lo que supone otros tantos componentes étnicos, aunque estuvieran lejanamente relacionados entre sí, lo que da idea de la complejidad de los fenómenos de etnogénesis. Una procedía del avance de los Campos de Urnas remontando el Valle del Ebro hasta alcanzar la Rioja y la llanada Alavesa, proceso que parece obedecer a una progresiva colonización agrícola que permite suponer un fuerte impacto demográfico (Ruiz Zapatero, 1984). Al Este de Zaragoza no se conocen necrópolis hasta la Edad del Hierro (*id.*, 555 s.), hecho que parece indicar que los grupos iniciales serían muy reducidos y que pudieron haberse formado culturales híbridas, en algunas zonas por contacto con las culturas paralelas aquitanas del Norte de los Pirineos. En todo caso, estas culturas de los Campos de Urnas del Alto Ebro ofrecen cerámicas y ritos relacionados con los Campos de Urnas del Noreste de la Península Ibérica, como la costumbre atestiguada en diversas culturas mediterráneas de enterrar a los niños en la vivienda (Serv. *Ad Aen.* 5,64; Almagro-Gorbea y Moneo, 2000, p. 158 s.), en la que pudiera estar el origen de la tradición vasca de enterrar a los neonatos no bautizados bajo el alero de la casa (Barandiarán, 1972,

p. 415). El mismo origen parecen tener los morillos votivos, objetos del culto al hogar doméstico gentilicio (Almagro-Gorbea y Moneo, 2000, p. 130 s., fig. 67) y, quizás, con estos elementos arqueológicos también se podría considerar la introducción de algunos topónimos indoeuropeos extendidos a lo largo del Valle del Ebro que alcanzan el País Vasco y que recientemente ha documenta Villar (2000, p. 140, 285; Villar y Prósper, 2005), aunque sea difícil distinguirlos de los que corresponden al citado substrato indoeuropeo anterior de tradición campaniforme (*vid. supra*, p. 76).

Junto a estos elementos, pervivían en el País Vasco otros del substrato atlántico, como la metalurgia del Bronce Final y las casas redondas (fig. 15), probablemente llegadas desde la Meseta, como las que aparecen en los castro de Peñas de Oro (Ugartechea *et al.*, 1971) y de Henayo (Llanos *et al.*, 1975, p. 122 s.; Llanos, 1981). Con estas gentes del Bronce Final aparecen ya los primeros poblados estables, que reflejan tanto influjos de la cultura meseteña de Soto de Medinilla (Romero Carnicero *et al.*, 1993; Delibes *et al.*, 1995, p. 59 s.) como de la de Cortes de Navarra (Maluquer, 1958; Ruiz Zapatero, 1984, p. 593 s.), procedente del Valle del Ebro. A estos elementos, a partir del siglo VI o V a.C., se suman otros de la Edad del Hierro de Aquitania llegados de más allá de los Pirineos (Coffyn, 1974; Mohen, 1980, p. 59 s.; Bilbao, 2005), como espadas de antenas (Castiella y Sesma, 1989) y fíbulas de resorte bilateral, quizás relacionados con la trashumania, mientras que cerámicas grafitadas (Olaetchea, 2000, p. 80 s.) pudieran proceder del Centro de las Galias e incluso explicar la presencia del topónimo *Bituris* (Ptol. II,6,66) en relación con los *Bituriges-Cubi* del Berry, en la cuenca del Loira, de los que proceden los *Bituriges-Vivisci* de la zona de Burdeos (Berrocal, 1992, p. 68, fig. 7; *contra*, Villar, 2000, p. 196 s.).

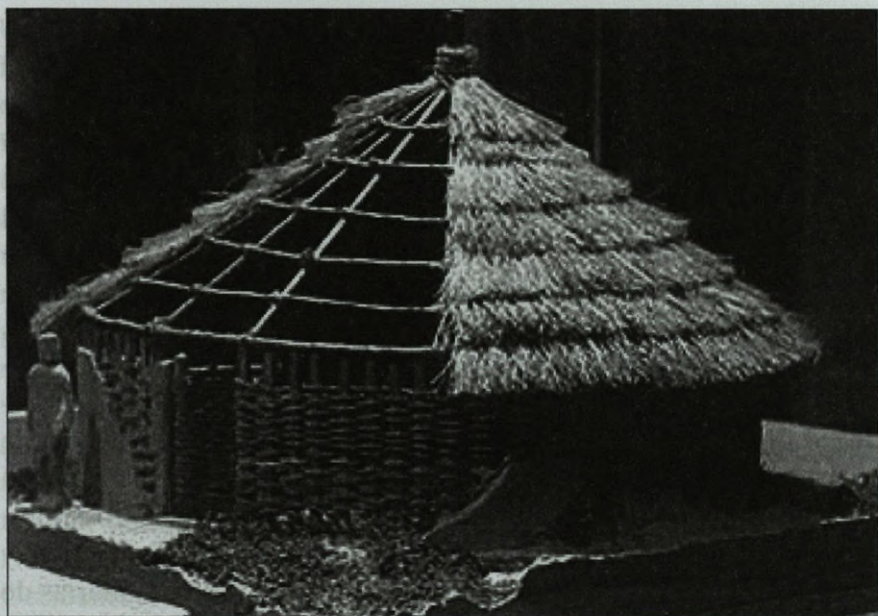


FIGURA 15.—*Casa redonda del Castro de Henayo, Álava*
(Foto: *Diario Noticias de Álava*).

Contemporánea a estos procesos debe considerarse la penetración a fines del II milenio a.C. de gentes de los Campos de Urnas desde el Ebro Medio en las altas tierras del Sistema Ibérico, donde dieron lugar a una sociedad pastoril y guerrera que cristalizó en la Cultura Celtibérica (Lorrio, 2005; Ruiz Zapatero y Lorrio, 1999). Los celtíberos eran de etnia, cultura y lengua celta, como la mayor parte de la población indoeuropea del Occidente de Europa. A su lengua y su organización social e ideológica celta, a lo largo del I milenio a.C., se sumó un fuerte influjo mediterráneo o «iberización» de sus formas culturales, adquiriendo el hierro, la cerámica a torno y más tarde, la escritura, la moneda y

el urbanismo, cuya personalidad cultural reconocieron griegos y romanos al denominarlos «celtíberos» (Lorrio, 2005), que significaba «celtas de Iberia», pero que también resaltaba su doble componente étnico, al que hace referencia Marcial (IV,55,8: *nos Celtis genitos et ex Hiberis*).

Entre los Celtíberos, a partir del siglo VII a.C., se generaliza la vivienda en pequeños castros o aldeas fortificadas con un urbanismo de casas alineadas de medianiles comunes en torno a un espacio o calle central para controlar sus pequeños territorios (*id.*, 1994), generalmente constituidos por los reducidos valles del Sistema Ibérico. Practicaban el rito de incineración y el culto al hogar doméstico, documentado por morillos y hogares rituales, que refleja un sistema social gentilicio que facilitó el desarrollo de un sistema clientelar (Almagro-Gorbea, 1999). Estos elementos culturales indican que los celtíberos, como los iberos septentrionales y las gentes del Alto Ebro, compartían raíces comunes originarias de los Campos de Urnas (Ruiz Zapatero y Lorrio, 1999). Su economía ganadera y su organización gentilicia clientelar también propiciaba una creciente conflictividad, a causa del aumento demográfico favorecido por los cambios introducidos en el sistema productivo originarios de los Campos de Urnas, lo que debió favorecer el aumento de la población y el desarrollo de las nuevas estructuras sociales, como el sistema gentilicio, clientelas cada vez más amplias y, finalmente, la vida urbana en *oppida* o grandes poblados fortificados y la propiedad privada (Almagro-Gorbea, 1999).

Esta evolución de su sistema social también explica el paso desde los pequeños castros fortificados iniciales a otros cada vez mayores, con diversas calles, hasta aparecer los *oppida* o ciudades fortificadas, que controlaban un territorio más amplio y jerarquizado, al quedar los castros menores subordinados. Este proceso

urbanístico se desarrolló también en el País Vasco, en especial, en las zonas meridionales, más relacionadas con la Meseta y el Valle del Ebro, mientras que en las septentrionales resulta más tardío y menos desarrollado. Esta diferencia entre las zonas cismontanas y transmontanas igualmente se constata en todos los pueblos de la franja cantábrica, desde los Astures a los Várdulos, que ofrecen una zona meridional, más abierta a la Meseta, y otra septentrional, «cantábrica» en la que, desde la Edad del Bronce, ha debido perdurar la tendencia al hábitat disperso que todavía caracteriza esas zonas en la actualidad.

En la Celtiberia, la asimilación del hierro para el armamento, abundante en esas tierras, y su sistema socio-económico de pastores-guerreros, al adoptar la organización gentilicia y clientelar señalada, permitió a los celtíberos adquirir una gran eficacia guerrera que se tradujo en una fuerte tendencia expansiva hacia el Occidente y el Norte atlánticos, como también hacia el Valle del Ebro, hasta que se enfrentaron a Roma, que frenó su expansión, aunque sólo pudo someterlos tras duras guerras, que se prolongaron durante más de un siglo.

El influjo más o menos directo de los Celtíberos alcanzó a todo el País Vasco como a otras tierras de sus entornos, aunque quizás sea más apropiado hablar de un proceso de «celtiberización», pues parece tratarse en gran medida de un proceso de evolución cultural sobre un substrato étnico paralelo. Este proceso se refleja en la aparición de los castros que controlan valles y puntos de paso y de *oppida* que jerarquizan el territorio, probablemente asociados a la paulatina introducción de su sistema gentilicio de élites ecuestres, como evidencian las fíbulas y estelas con caballos y jinetes (fig. 16), que denotan una nueva estructura social en la que cabe percibir un claro influjo celtibérico, bien documentada en

Álava, aunque probablemente en fechas más tardías también llegó al área septentrional cantábrica trasmontana, en un proceso similar al observado paralelamente entre Cántabros y Astures.

A estos elementos se añaden, a partir de fechas que parecen tardías, la aparición de claros elementos relacionados con las Cultura Celtibérica e, incluso, con el mundo vacceo, que prosiguen tradiciones documentadas desde etapas anteriores por las casas redondas y las cerámicas del Hierro I, pero que ahora pudieran explicarse por contactos o por expansión de las nuevas élites ecuestres. Este proceso de celtiberización es evidente desde los Autrigones de Burgos hasta la Navarra del Valle del Ebro, incluida, por supuesto, prácticamente toda Álava, zonas en las que se hablaría y se escribía en Celtibérico, según evidencian las téseras autrigonas de Sasamón y Mesa de Belorado (Untermann, 1997, p. 686 s., 712 s.) y las beronas de La Custodia, Viana, la *Ualacos* o *Vareia* de los berones (*id.*, 696 s.), todas ellas escritas en celtibérico. Además, también se acuñó y circuló la moneda con tipos celtibéricos (Untermann, 1975, p. 239 s.; Rodríguez Casanova, e.p.). Además, el desarrollo demográfico y la creciente complejidad de la sociedad se percibe en la aparición de grandes poblados u *oppida*, como La Hoya, en Laguardia, que centralizarían otros menores, entre los que se ha excavado el de Axta (fig. 17), cerca de Vitoria, en Álava (Gil Zubillaga, 1995), y, de forma paralela, aparecen necrópolis de cremación, como las de Berreaga en Vizcaya y Carasta en Álava, que confirman el carácter plenamente celtibérico de la sociedad.

Igualmente, al Oeste del Leizarán, se conocen 81 castros localizados, en ocasiones, a lo largo de los valles de los ríos, para controlar las vías de comunicación, sistema de poblamiento que se ha mantenido ya desde entonces, pero también se conocen al-

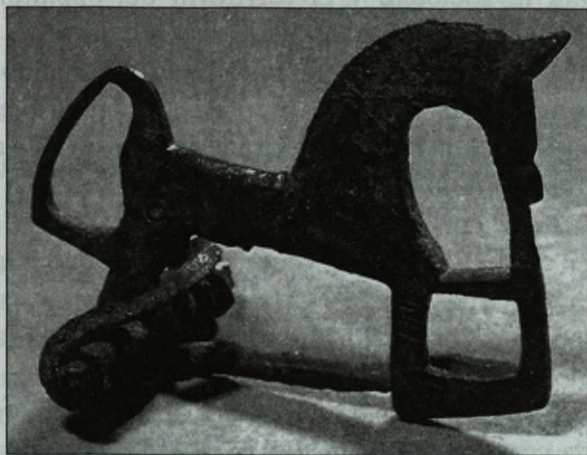
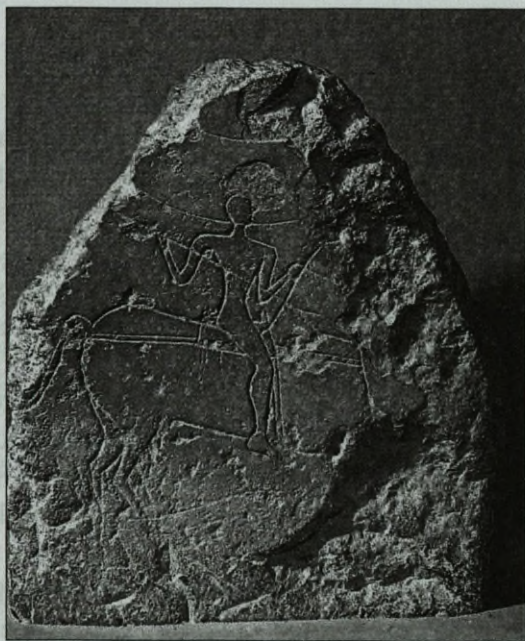


FIGURA 16.—Jinete de tipo 'celtibérico' representados en una estela y fibula ecuestre del oppidum de Iruña-Veleia, Álava.

gunos *oppida*, como los de Marueleza, Intxur y Gastelusare (Peñalver, 2001; *id.*, 2001a), que jerarquizaban el territorio, lo que ilustra el progreso del urbanismo en el País Vasco atlántico, seguramente gracias a influjos celtibéricos sobre el substrato de gentes indoeuropeas de la Edad del Bronce (*vid. supra*, p. 70 s. y 84 s.), fenómeno paralelo al que se observa entre las áreas cismontanas y transmontanas de Cántabros (Peralta, 2000) y Astures (Maya, 1989; Fanjul, 2005).

Este progreso hacia una sociedad compleja lo confirma el ya citado santuario de Gastiburu (Valdés, 1987), que documenta un monumento orientado astronómicamente (fig. 18) construido al servicio de una ideología religiosa con el fin de estructurar un amplio territorio y aglutinarlo al conformar una unidad sacro-jurídica, quizás, incluso, como un lugar de anfictionía o centro de reunión de los cuatro o cinco clanes gentilicios que conformarían la sociedad y el territorio del *oppidum*, a juzgar por el número de plataformas existentes en torno a un posible «árbol ritual», que pudo ocupar un agujero aparecido en el centro. Si se acepta esta atractiva hipótesis, Gastiburu explicaría el origen de la tradición citada del ritual celta asociado al juramento real del *Fuero Viejo* de Vizcaya documentada en la Baja Edad Media (*vid. supra*, p. 79).

También conviene tener en cuenta que algunos elementos de los Campos de Urnas, como el rito de incineración, se extendieron paralelamente por el Norte de los Pirineos hacia la Aquitania (Mohen y Coffyn, 1970; Mohen, 1980; Bilbao, 2005, p. 143 s.), dando lugar a la Cultura Aquitana de la Edad de Hierro, paralela a la formada contemporáneamente en el Valle del Ebro (Castiella, 1977; Ruiz Zapatero, 1984, p. 535 s.), entre las que existían mutuos contactos, cultura que quizás corresponda a gentes de habla

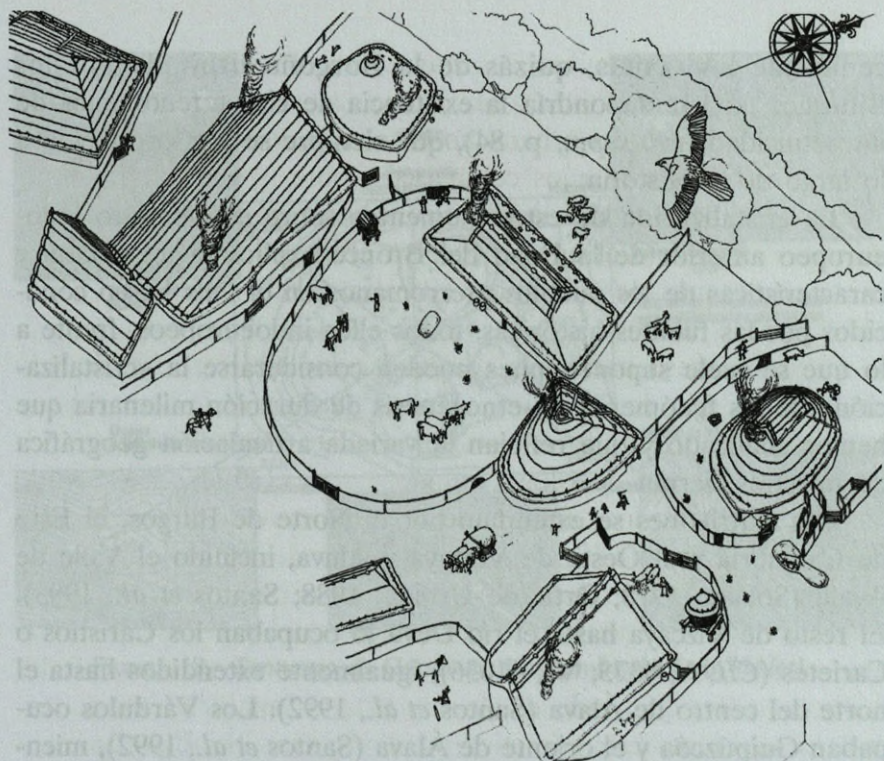


FIGURA 17.—Vista del caserío de Axta, Vitoria, Álava (según Gil Fagoaga 1996).

aquitana extendidos por la cuenca del Garona, como documenta la epigrafía romana (Michelena, 1954; Gorrochategui, 1984; *id.*, 1985; *id.*, 1995; *id.*, 2003). Estos contactos transpirenaicos, facilitados y mantenidos por la trashumancia, explican la presencia de objetos como espadas de antenas y fibulas, aunque algunas cerámicas, como las grafitadas y pintadas halladas en la Cuenca de Pamplona parecen documentar el asentamiento en el centro de Navarra de gentes transpirenaicas, algunas quizás llegadas desde el

centro de las Galias, quizás de la Borgoña habitada por los Biturigos, lo que supondría la existencia de claros fenómenos de interetnicidad (*vid. supra*, p. 84), que siempre se han producido a lo largo de la Historia.

La cristalización de estos elementos sobre el substrato indoeuropeo anterior de la Edad del Bronce explica la formación y características de los pueblos prerromanos en el País Vasco conocidos por las fuentes históricas, todos ellos indoeuropeos, frente a lo que se suele suponer, pues pueden considerarse la «cristalización» de los fenómenos de etnogénesis de duración milenaria que hemos analizado y que reflejan la variada articulación geográfica de nuestras tierras.

Los Autrigones se extendían por el Norte de Burgos, el Este de Cantabria y el Oeste de Vizcaya y Álava, incluido el Valle de Ayala (Solana, 1978; Ortiz de Urbina, 1988; Santos *et al.*, 1993). El resto de Vizcaya hasta el río Deva lo ocupaban los Caristios o Carietes (*CIL* V, 4373; VI, 41036), igualmente extendidos hasta el norte del centro de Álava (Santos *et al.*, 1992). Los Várdulos ocupaban Guipúzcoa y el oriente de Álava (Santos *et al.*, 1992), mientras que la mayor parte de la Rioja, incluyendo zonas de Álava y de Navarra, era el solar de los Berones (Villacampa, 1980).

Sólo al Este del río Leizarán, ya a partir de los valles del Pirineo, se extendía el *Saltus Vasconum* o «bosque de los vascos» casi hasta la altura de *Pompaelo*, Pamplona (Caro Baroja, 1988; Pérez Agorreta, 1986; Emborujó, 1987; Fatás, 1992; Canto, 1997). Este era el territorio de los vascones, que alcanzaba desde el límite oriental de Guipúzcoa hasta la altura de Jaca, pero que penetraba hasta el río Ebro, probablemente ya en épocas tardías, pues el substrato cultural de esas zonas del Valle del Ebro corresponde a la Cultura Campos de Urnas, aunque posiblemente la presencia

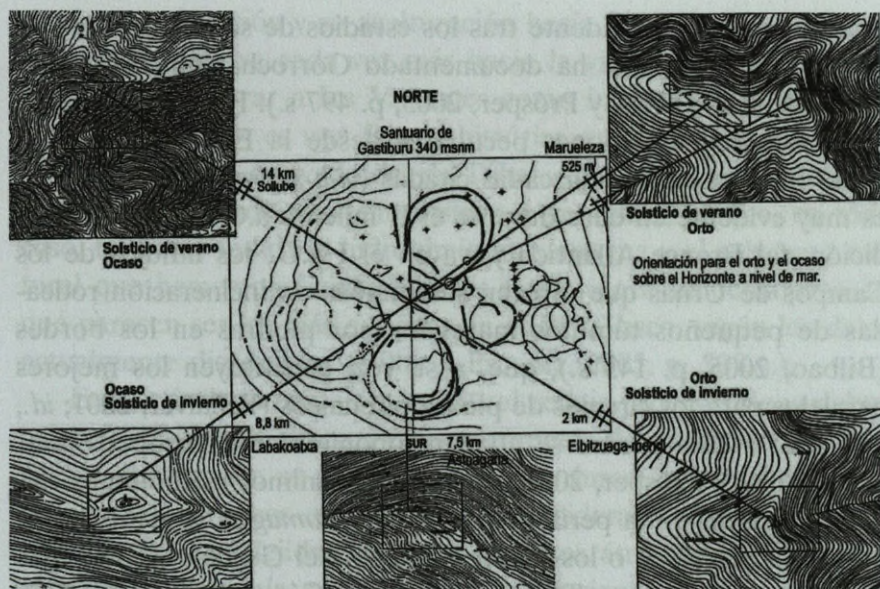


FIGURA 18.—Santuario de Gaztiburu, Vizcaya (según Luís Valdés).

en ella de vascones se verían favorecida por la trashumancia desde los Pirineos al Valle, que habría facilitado continuos contactos interétnicos, aunque su expansión pudo verse favorecida por los romanos, aliados a los vascones en su esfuerzo por frenar a los celtíberos (Fatás, 1992, p. 225; Olcoz y Medrano, 2006).

A este complejo e interesante mosaico inter-étnico hay que añadir los Aquitanos, que ocupaban la cuenca meridional del Garona, tal como indica César (*BG, I,1: Gallia est omnis divisa in partes tres: quarum unam incolunt Belgae, aliam Aquitani, tertiam, qui ipsorum lingua Celtae, nostra Galli appellantur. Hi omnes lingua, institutis, legibus inter se differunt*). Su relación con los vascos pa-

rece cada día más evidente tras los estudios de su antroponimia y de sus teónimos, que ha documentado Gorrochategui (1985; *id.*, 1995; *id.*, 1999; Villar y Prósper, 2005, p. 497 s.). Pero, aunque esas zonas ofrecen tradiciones peculiares desde la Edad del Bronce, como las cerámicas pellizadas citadas (*vid. supra*, p. 69), también es muy evidente en ellas durante el II milenio a.C. la paralela tradición del Bronce Atlántico y, ya en el I a.C., los influjos de los Campos de Urnas que ofrecen sus tumbas de incineración rodeadas de pequeños túmulos marcados por piedras en los bordes (Bilbao, 2005, p. 143 s.), que, a su vez, constituyen los mejores paralelos para los círculos de piedra pirenaicos (Peñalver, 2001; *id.*, 2004). Si a este cuadro se añaden topónimos indoeuropeos antiguos (Villar y Prósper, 2005: *ibidem*) y topónimos y etnónimos claramente celtas en la periferia, como *Argentomagus*, la actual Agen (Coulo *et al.*, 1996) o los *Volcae Tolosates* del Garona Medio, cuya capital era Toulouse o Tolosa de Francia (César, *B.G.* I,10; VII,7; III,20; Strab. IV,14), la complejidad resultante es evidente, así como las lógicas situaciones de interetnicidad que ofrecía la Aquitania, máxime vista en un proceso de larga duración, como son todos los procesos de etnogénesis prehistóricos.

De todos estos pueblos, los Autrigones, Caristios, Várdulos y Berones son de clara estirpe indoeuropea, como sus vecinos Cántabros y Celtíberos, como evidencian con toda seguridad los nombres de sus poblaciones y sus antropónimos y como confirma su etnogénesis, sus creencias y su organización social, mientras que Vascones y en buena parte los Aquitanos serían poblaciones de estirpe mayoritariamente éuscara, probablemente mantenida gracias al carácter de «isla cultural» de los Pirineos.

Sin embargo, resulta difícil diferenciarlos unos y otros en sus formas culturales y en sus estructuras sociales e ideológicas, por su

creciente celtización y su aculturación hacia formas de vida similares al aproximarse cada vez más hacia la vida urbana. En consecuencia, considerar a los Vascones como indígenas y a los otros como «invasores» es una falacia histórica que sólo responde a un mito anacrónico, derivado del de Túbal, pues está contra todas las evidencias, arqueológicas, lingüísticas y genéticas, ya que, en todo caso, tal como indica la hidronimia más antigua y el substrato cultural que hemos analizado, son las poblaciones indoeuropeas las que parecen ser las más antiguas en el País Vasco, según los datos actualmente disponibles (Villar y Prósper, 2005, p. 503 s.).

Este articulado mapa etno-cultural refleja procesos de variaban a través del tiempo junto a otros elementos del substrato que tendían a mantenerse en procesos de larga duración, tanto entre los grupos indoeuropeos como entre los considerados *éuscaros*, lo que confirma la complejidad de estos procesos étnicos, que, como en el resto de Hispania, más que en otras regiones de Europa, dibujaba un mosaico etno-cultural difícil de precisar, complicado, además, por la casi segura existencia de fenómenos de interetnicidad, ya que pudieron convivir distintas etnias dentro de los mismos territorios, como seguro que se produjeron procesos de aculturación entre los diversos pueblos, todo lo cual puede enmascarar en ocasiones un elemento tan significativo como la lengua. Pero los datos antropológicos actualmente disponibles (Fernández *et al.*, 2000; de la Rúa *et al.*, 2006), aunque sean insuficientes y se deba esperar a análisis adecuados de ADN en restos prehistóricos a medida que se cuente con ellos, no parece que vayan a modificar sensiblemente esta visión, coherente con la diversidad geográfica y la complejidad cultural que ofrece la Prehistoria del País Vasco, visión que, como es lógico, es la que resulta coherente con la que ofrece la Protohistoria del resto de *Hispania* y de Europa.

Este hecho no es óbice para que, como es lógico, una cuestión tan difícil y compleja como el origen de las poblaciones del País Vasco se deba considerar siempre como una interesante cuestión abierta. Así lo indica la posible identificación en fechas recientes de grupos no indoeuropeos entre los Astures (Ballester, 2002) o en la antroponimia de la zona alta del río Cidacos, en La Rioja, que se ha relacionado con *Calagurris* (Espinosa y Usero, 1988), grupos que confirmarían la complejidad del mapa etno-cultural de la *Hispania* protohistórica, con evidentes fenómenos de interetnicidad «en mosaico», explicables tanto por fenómenos de pervivencia de substratos anteriores (Ballester, 2002) como por posibles movimientos de trashumancia (Espinosa y Usero, 1988). Incluso se ha supuesto que también habría gentes éuscas o vasconas entre la población indoeuropea del País Vasco (Gorrochategui, 1995, p. 229; *id.*, 1999), pero no hay seguridad de su presencia en época prerromana ni, por tanto, se puede precisar su papel etno-cultural, que, en todo caso, no parece ser importante a juzgar por las evidencias existentes fuera de las zonas pirenaicas o directamente relacionadas con éstas.

Los datos conocidos indican que la antroponimia y la teonimia del País Vasco y Navarra occidental es indoeuropea, como la de todo el Cantábrico (Albertos, 1983, p. 864 s.; Gorrochategui, 1995, p. 216), y lo mismo ocurre con los topónimos de autrigones, caristios y várdulos. El carácter indoeuropeo de Álava lo confirma su profunda semejanza cultural con el Norte de la Meseta, pues en ella sólo aparece algún antropónimo euscárico dudoso, y, a pesar de la falta de datos, lo mismo cabe suponer para la zona septentrional del País Vasco, a juzgar por los escasos topónimos conocidos. Sólo en Navarra Central y Oriental y en las Cinco Villas, territorio de los Vascones, predominan nombres ibéricos y euscáricos.

Por ello, la hipótesis de que «hablantes (galos y celtibéricos) penetraron hasta las entrañas del territorio vasco, dejando sus topónimos a la posteridad, como los celtas del río *Deva* o del valle de Ulzama (*Uxama*)» (Gorrochategui, 1995, p. 229) parece una tesis anacrónica más acorde con los mitos del siglo XVIII que con los datos hoy disponibles, ya que dichas zonas parecen indoeuropeas en todos los aspectos de su sistema cultural, por lo que se debe matizar en este sentido la opinión ‘actualista’ de dicho autor de que «La lengua vasco-aquitana se hablaba en la antigüedad... en una amplia zona que teniendo como centro la cadena montañosa vasco-pirenaica, desde Vizcaya al Oeste hasta el Valle de Arán por el este, se extendía ampliamente por el norte por la llanura de Aquitania y algo al sur por una zona que en su lado navarro alcanzaría el Ebro» (Gorrochategui, 1995, p. 229).

Por todo lo dicho, aunque no sea todavía posible precisar más estos datos a pesar de su interés, intentar mantener la simplista visión goropianista tradicional, plasmada en el siglo XVI, que considera el País Vasco ocupado desde fecha inmemorial por éuscacos procedentes de la dispersión de los pueblos tras la Torre de Babel e invadido por Celtas y Romanos recuerda la postura mantenida en tiempos de Galileo por quienes se negaban a mirar por el telescopio para pretender seguir ignorando, de forma contumaz, que la tierra giraba alrededor del sol. Eso no es ser vasco ni menos defender el País Vasco. Un vasco de verdad es el que se afana por «buscar, sentir y decir la verdad», como tan bien expresó con su profundo conocimiento de la psicología humana un vasco indiscutible y universal como es Iñigo de Loyola. El problema que plantea el origen de los vascos y, en particular, la ideología derivada de haberse mitificado su origen no es hoy un problema de conocimiento científico, sino de psicología humana y de política

cultural, pues es consecuencia de un deseo contumaz de aferrarse a un mito frente a los datos existentes para apoyar pretensiones políticas. Sólo cabe recordar a este propósito la frase, *e pur si mueve...*, que se dice comentó Galileo cuando sus oponentes se negaban a mirar por el telescopio para obligarle, por la fuerza, a abjurar de que la tierra giraba alrededor del sol.

En esta actitud de interés de toda la sociedad vasca por conocer nuestros orígenes y recuperar nuestra memoria colectiva, es necesario hacer referencia a los «ostraca» de *Veleia*, falsificados para hacerlos pasar como hallados arqueológicos que probarían la antigüedad del vasco en esa ciudad romana. No sé qué decir sobre un tema que da vergüenza ajena, más si se asocia al sentimiento de «ser vasco». Este *affaire Veleia* ofrece distintos aspectos que no sé cual es peor y que, si no estuviera en este contexto, sería bastante divertido. Un aspecto es la falsificación, burda en sí, pero contra todo espíritu científico y social. Además, parece estar en relación con una subvención de *Eusko Tren* y *Euskal Trenbide Sarea* bastante más elevada de lo que se suele disponer en investigaciones arqueológicas normales⁵. También llama la atención la idea de hallar grafitos «vascos» en un lugar y con una cronología en contradicción con los datos actualmente conocidos, lo que supone una intención malévola de engañar a la ciencia y a la sociedad, como indica su rápida y amplia divulgación a través de los medios de difusión. No menos llamativa ha sido la sigilosa retirada de algunos arqueólogos que no han querido verse implicados en este *affai-*

⁵ Los «hallazgos», al parecer, se ha producido dentro del «Proyecto Iruña-Veleia. III Milenio», patrocinado y subvencionado por *Eusko Tren* y *Euskal Trenbide Sarea*, del Departamento de Transportes y Obras Públicas del Gobierno Vasco, con la colaboración de la Diputación Foral de Álava, que, según referencias no constatadas, ha contado con una cantidad de más de 3.000.000 euros.

re, así como el silencio, ya algo más que imprudente después de dos años transcurridos, de las autoridades administrativas, a pesar del interés suscitado por el tema. Finalmente, tras correr «a tapadillas» la superchería entre los especialistas a través de las noticias filtradas a la prensa y de los llamados a informar sobre el tema, a los que se ha solicitado guardar «secreto», se ha comenzado a denunciar este *affaire* en Internet⁶, pero la falta de reacción oficial de las personas e instituciones implicadas revela una actitud más propia de la ‘omertà’ de un sistema clientelar cuasi mafioso que de un ambiente de estudio científico en una sociedad interesada por su pasado en la Europa del siglo XXI.

No conozco nada parecido en la Europa actual, aunque esta falsificación obliga a recordar la inscripción inventada por M. de Larramendi en el siglo XVIII (*vid. supra*, p. 26 y fig. 2). Por ello, es un ejemplo de cómo una ideología contumaz conduce a los mismos excesos, al margen y en contra de la sociedad a la que dice querer servir. No es necesario decir que quienes actúan de ese modo no son científicos, sino impostores. Y yo pregunto igualmente a nuestra sociedad vasca: ¿Es ser «vasco» esa forma de actuar? ¿Actuar de ese modo es defender la identidad y la esencia de los vascos? ¿Quiénes son los verdaderos vascos, los que engañan a su sociedad o los pocos que se atreven a denunciar tanta impostura?

Todos debemos reflexionar sobre este interesante episodio, que tiene más significado del que en principio parece ofrecer y que tan relacionado está con el falso «problema» del origen de los vascos. Debemos reflexionar todos, tanto la sociedad vasca en su

⁶ Véase, por ejemplo, una noticia publicada en *Gara*, fechada el 20 de enero de 2008, sobre «Destacados expertos discrepan abiertamente sobre los hallazgos de Iruña-Veleia» en <http://www.gara.net/paperezkoa/20080120/58669/es/Destacados-expertos-discrepan-abiertamente-sobre-hallazgos-Iruna-Veleia>.

conjunto como los autores del *affaire* y los que lo han propiciado para defender sus «mitos», tan estrechamente vinculados a la ideología que les permite mantener de posición de dominio y control de la sociedad, por lo que se disfrazan de defensores de los derechos y esencias de nuestro País Vasco. Pero, en la forma y en el fondo, lo único que hacen es engañar a la sociedad en su beneficio. En la Historia, los hechos acaban poniendo cada cosa en su lugar sin que puedan con ellos las manipulaciones.

LOS VASCONES

La interpretación ofrecida sobre la Prehistoria del País Vasco explica su compleja formación, de la que se deduce la complejidad del mundo vasco, pero queda sin abordar un tema tan interesante como es de dónde procede y cómo y dónde se ha mantenido una lengua tan excepcional, por no ser indoeuropea, como es la Lengua Vasca.

Los estudios más recientes parecen confirmar que las regiones más apartadas y montañosas del Pirineo Occidental, al Oeste del río Leizarán, era un territorio ocupado por gentes pastoras que practicaban la trashumancia entre los valles en invierno y los pastos estivales en verano, en los que aparecen círculos de piedra con probables sepulturas (Blot, 1990; Peñalver, 2001; *id.*, 2004), que seguramente reflejan un rito de cremación originario de los Campos de Urnas adoptado por los pastores de tradición megalítica ancestral. Son estas gentes las que sería lógico relacionar con los Vascones, pueblo de origen no indoeuropeo, que mantuvo formas de vida también muy primitivas, como las señaladas en todas las áreas montañosas cantábricas hasta el Imperio Romano (Blázquez,

1966; Caro Baroja, 1985; Pérez Agorreta, 1986; Fatás, 1992; Canto, 1997; Pérez de Laborda, 2003).

Gracias a su relativo aislamiento en sus valles pirenaicos por sus formas de vida autárquicas, habrían conservado una lengua procedente de un substrato lingüístico no indoeuropeo, por tanto de origen muy antiguo, aunque recibieron a lo largo de los siglos influjos culturales y genéticos de las gentes con las que entraban en contacto. Dicho substrato ofrece ciertas relaciones lingüísticas con otros pueblos pirenaicos, como los Arenosinos del Valle de Arán y los Iacetanos del prepirineo de Jaca, así como, quizás, del mundo ibérico (Caro Baroja, 1988; Anderson, 1993; de Hoz, 1995). Sus divinidades, muy mal conocidas, y sus antropónimos se documentan por la Aquitania, como ha demostrado Gorrochategui (1984; *id.*, 1995; *id.*, 2003), más que por las áreas situadas al Sur de los Pirineos (Villar y Prósper, 2005, p. 497 s.), donde también la toponimia confirma la presencia anterior de elementos indoeuropeos (*id.*, 429 s.).

Este substrato permite identificar una lengua prerromana «eusco-aquitana» (Schmoll, 1959) o «vasco-aquitana», que parece relacionada con la ibérica (Caro Baroja, 1988; Anderson, 1993; Ballester, 2001), pero la supuesta proximidad del vasco al bereber o a lenguas caucásicas (Vogt, 1955; Hubschmidt, 1959, p. 39 s.) no acaba de dar resultados válidos (Tovar, 1995, p. 44 s.; Jordán, 1998, p. 4 s.; Trask, 1996, p. 77 s.; Gorrochategui y Lakarra, 2001, p. 413 s.), por lo que pudiera ser reflejo de su alejamiento respecto a las lenguas indoeuropeas, cuyo influjo debe haber sido evidente en el vasco desde fechas tan antiguas como el II milenio a.C., si no antes.

El aislamiento de estas gentes en la «isla cultural» que constituyen los Pirineos y su pobreza autárquica, semejante a la de los

Cántabros y otros pueblos de las montañas septentrionales, explican su marginalidad y la probable falta de interés hacia ellos de los romanos, lo que, junto al apoyo prestado por los Vascones del Valle del Ebro a Roma contra los Celtíberos, ha permitido la pervivencia hasta nuestros días de este interesantísimo substrato. Este substrato, en época prerromana, parece haberse extendido desde el Garona como límite de la Aquitania, zona en la que resulta evidente su contacto y mezcla con elementos galos, hasta el Prepirineo por el Sur, pero se extendió también hacia el Valle del Ebro, probablemente en época tardía, pues parece ser posterior a la tradición de los pueblos de la Cultura de los Campos de Urnas, aparentemente de stirpe y habla céltica (Villar y Prósper, 2005, p. 429 s., 505 s.).

En todo caso, es evidente la interetnicidad del Valle del Ebro, como la del País Vasco, y queda perfectamente documentada por los documentos epigráficos (Villar y Prósper, 2005, p. 499). En particular, resulta muy ilustrativo el conocido Bronce de *Contrebia Belaisca I*, en el que el senado de esta población celtibérica actúa como juez en un pleito entre la población vascona de los *Allavonenses*, de Alaún, y las íberas de los *Sosinestanos* y de los *Salluientes*, la posterior *Caesaraugusta*, todas ellas en la actual provincia de Zaragoza (Fatás, 1980).

Peñalver (2001; *id.*, 2004), con bastante acierto, ha creído identificar con estas gentes vasconas de vida pastoril los cromlechs localizados desde el Este de Leizarán hasta las cuencas del alto Gállego y el alto Ésera, ya cerca del Aneto (fig. 19), zona que coincide con la extensión del substrato toponímico vasco (Corominas, 1958; Gorrochategui, 1995; de Hoz, 1995). Pero estas gentes pirenaicas no parecen tampoco homogéneas, sino que parecen haber estado formadas por distintos grupos que pudieran compartir

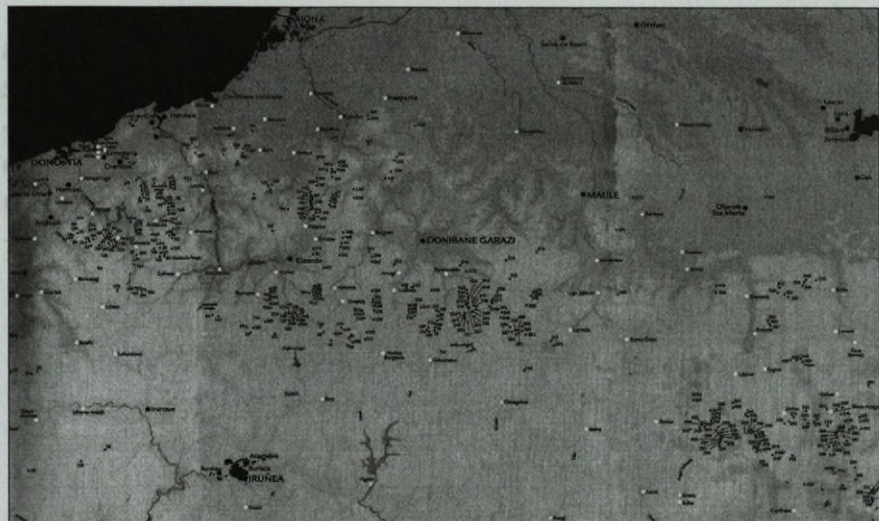


FIGURA 19.—A. *Dispersión de los 'cromlech' pirenaicos y 'cromlech' de Oyarzúm (según X. Peñalver, 2004).*

algunas características lingüísticas y genéticas, según indican los análisis del ADN de poblaciones actuales de esas zonas (López Parra, 2008) a falta de análisis de restos antiguos. La personalidad de estas zonas la confirman algunos topónimos (fig. 20), como los acabados en *-os* y en *-ues* (Rohlf, 1985, p. 89), que parecen reflejar un substrato perenaico-aquitano, aunque ya con claros in-

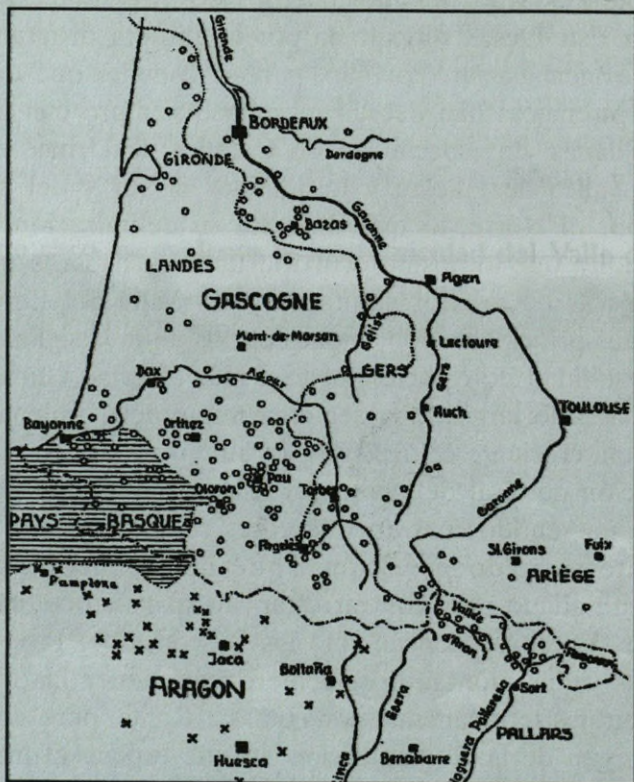


FIGURA 20.—Topónimos en *-os* y *-ues* de la Aquitania y la zona pirenaica occidental (según Rohlf, 1985).

flujos posteriores (Villar y Prósper, 2005, p. 494), mientras que la zona central del Pirineo conservó algunos elementos léxicos ya comentados, como *ibón* o *pala* (Hubschmidt, 1954; de Hoz, 1995). Pero no es fácil ofrecer una visión de conjunto de toda la población pirenaica, que no debió ser tan unitaria como a veces se ha supuesto, puesto que en los Pirineos es más fácil la relación Norte-Sur, potenciada por los movimientos de trashumancia en verano, que la Este-Oeste, dificultada por la abrupta orografía de los valles de origen glaciario. Por ello, parece evidente que dichas poblaciones pirenaicas han debido mezclarse siempre con gentes de las zonas llanas, en especial de los Campos de Urnas al descender a los valles de Huesca y Lérida por el Sur y del Lot y del Garona por el Norte, lo que dificulta su delimitación por esas zonas e indica que lo mismo ocurriría también hacia la parte baja de las cuencas de los ríos aquitanos y del Valle del Ebro, donde surgirían sus principales poblaciones en los últimos siglos a.C., con toda probabilidad de carácter mixto y más abiertas y urbanizadas.

Además, a lo largo de la segunda mitad del I milenio a.C. se constata una creciente celtización por influjo galo de la Aquitania, la iberización cultural del Valle del Ebro remontando el río y la expansión en sentido contrario de elites celtibéricas, proceso este último interrumpido por Roma, que debió encontrar en los Vascones un aliado para contrarrestar la expansión celtibérica por esas zonas. En consecuencia, sólo los Vascones del Pirineo, aislados en sus valles montañosos, debieron mantener las formas de vida ancestrales teóricamente sometidos a Roma, pero en la práctica al margen de la Romanización, lo que explica el interés que ofrecen los elementos de su peculiar lengua y cultura llegados hasta nuestros días, hasta cristianizarse ya en la Alta Edad Media (Collins, 1990, p. 554 s.), cuando pudieran haber alcanzado cierta

tendencia a la unificación al extenderse hacia el actual País Vasco y Navarra, quizás aprovechando el vacío demográfico producido tras la desaparición del Imperio Romano (*id.*, 557). Esta explicación ya fue intuida en su día por Gómez Moreno (1949, p. 236) y fue planteada en su contexto histórico por Sánchez Albornoz (1972). En fechas recientes, Villar y Prósper (2005, p. 503 s.) han recogido las hipótesis posibles sobre la tardía expansión vasca al Sur de los Pirineos. El proceso expansivo pudo acentuarse aún más por la emigración hacia el Sur originada por la Repoblación de las nuevas tierras adquiridas en la Reconquista, facilitando la difusión de tantos topónimos vascos como hay por España, en especial, como es lógico, en las áreas más próximas a sus núcleos originarios. Esta explicación se adecua a la posible unificación del vasco-aquitano que los lingüistas parecen reconocer al inicio de la Alta Edad Media (Michelena, 1981; Gorrochategui, 201, p. 430), quizás asociada a su posible expansión al Sur de los territorios ocupados en la Antigüedad, sin excluir en este proceso la presión de francos y gascones.

Además, en esa etapa mal conocida entre el fin del mundo romano y el paso a la Edad Media se debieron producir, necesariamente, nuevos movimientos de gentes y la incorporación de otros grupos al País Vasco. Por citar un ejemplo reciente, el estudio genético del cementerio de Aldaieta, en Nanclares de Gamboa, Álava (Alzualde *et al.*, 2006), ha documentado que en él se enteraron gentes con ajuares de tipo franco (fig. 21) junto a otras locales fechadas entre el 525 y el 700 de JC. La población ofrece escasa diversidad, semejante a la población actual del País Vasco y a otras poblaciones asiladas de la vecina Cantabria y del Bierzo, en León, pero su estudio evidencia la diversidad genética de esa población alavesa del siglo VI de JC. La frecuencia del haplogrupo

J que ofrece la población antigua del País Vasco indica un impacto genético del Neolítico similar al experimentado por otras poblaciones europeas y de la Península Ibérica y también se ha descubierto en Aldaieta un linaje norteafricano del ADNmt anterior a la invasión árabe, pero lo más interesante es que, como se ha señalado (*vid. supra*, p. 36), este estudio confirma que la población vasca antigua estaba en contacto biológico con otras poblaciones, hecho del todo lógico, lo que obliga a considerar caduca

la teoría del supuesto aislamiento genético como el principal factor de las particularidades genéticas descritas en la población vasca actual.

La realidad resultante es suponer que, frente a los Vascones de los Pirineos, los de áreas más abiertas y urbanas, como el Valle del Ebro, al igual que Autrigones, Carisios, Várdulos y Berones, pueblos indoeuropeos más o menos celtiberizados del País Vasco, del norte de Burgos y de La Rioja, se romanizarían desde fechas tempranas como los restantes pueblos circundantes, adoptando plenamente la lengua y las costumbres latinas, como evidencia la



FIGURA 21.—Ajuar de un jefe de tipo franco de la necrópolis de Aldaieta, Álava (según A. Azkárate).

numerosa epigrafía romana de Álava (Abascal, 2002), siendo posteriormente afectados por los contactos y movimientos de gentes de época visigoda y posteriores, aunque éstos no tuvieron por qué suponer una aportación de elementos genéticos diferentes, ya que procederían del mismo substrato europeo básicamente conformado desde etapas prehistóricas.

* * *

La consecuencia de todo lo expuesto es la necesidad de que se revise el mito de la supuesta «personalidad especial» de la Prehistoria del País Vasco y su origen ancestral, idea caduca que se mantiene desde hace tantos años por razones ideológicas, a pesar de estar en contradicción con los avances en todos los campos de estudios y con las posturas, cada vez más explícitas, de los investigadores, mitos que, además, ocultan el verdadero interés que ofrece la Prehistoria del País Vasco.

No se puede construir una Prehistoria actual con tesis «míticas» que van contra todas las evidencias científicas, ni menos recurrir a falsificaciones, como la de *Veleia*. Si se ha mantenido dicha postura, ha sido sólo por motivos ideológicos de tipo político, como evidencia un somero análisis historiográfico. Este hecho es el que explica la falta de estudios actuales sobre etnogénesis en el País Vasco y, en consecuencia, la imposibilidad de satisfacer un deseo verdadero de conocer nuestros orígenes, precisamente a pesar de ser la sociedad que, teóricamente, parece estar más interesada en ellos.

En el País Vasco también se cumple la inexorable ley humana de que cultura material, economía, organización social, ideología, lengua y antropología están en cambio continuo, por factores in-

ternos y externos, sean más o menos perceptibles a corto plazo, pero siempre evidentes en procesos de «larga duración». Ello confirma el cuadro trazado en las líneas precedentes, que no debe considerarse como definitivo, sino, tal como he señalado al principio, como un avance o una puerta abierta para estimular la discusión y para, poco a poco, hacer la luz sobre nuestra memoria colectiva. Esta actitud permitirá superar el 'mal de Alzheimer' que afecta a nuestra sociedad, incluso asociado a la violencia como en dicha enfermedad, por lo que es necesario recuperar la memoria de nuestro verdadero pasado para poder ser dueños de nuestro presente y de nuestro futuro, sin que nadie nos manipule al aprovecharse de nuestra ignorancia. Eso es lo que hace grande a un pueblo, grande y robusto, como el árbol de la Virgen de la Encina al que me he referido al inicio de esta exposición.

La situación socio-ideológica que atraviesa el País Vasco explica la comentada dificultad de ofrecer una visión actual de su Prehistoria que supere de una vez la concepción goropianista tradicional, lo que propicia auténticas aberraciones, como las que suponen las falsificaciones de *Veleia*.

Tal situación es lamentable, tanto más si se tiene en cuenta que estas ideas, tan falsas en el campo científico, se enseñan y propagan desde las escuelas y medios públicos de comunicación, lo que supone manipular a la juventud y a la sociedad para influir en su ideario colectivo. Ello constituye un claro ejemplo de manipulación ideológica, utilizada por elites ansiosas de poder para controlar a la sociedad al servicio de sus intereses, hecho que ha ocurrido muchas veces en la Historia, pero que no parece propio de una sociedad democrática del siglo XXI, cuando, como toda sociedad humana, tenemos el derecho de conocer y comprender nuestra verdadera historia despojada de mitos, para poder decidir

libremente cómo integrarnos en el mundo global al que estamos abocados y a cuyo desarrollo debemos contribuir con nuestro rico legado cultural dentro de una sociedad cada vez más abierta, por lo que resulta absurdo perder esfuerzos en luchas anacrónicas, cuando no fraticidas, vistas desde una perspectiva histórica.

La visión que aquí se ha ofrecido no es ni más ni menos gloriosa que la visión mítica tradicional, pero sí más interesante y más ajustada a los datos y a la creciente información científica de que disponemos hoy. Esta interpretación debe considerarse crítica, en todo caso, con las tesis defendidas por los autores citados, pero nunca hacia las personas aludidas, pues M. de Larramendi, J. M. de Barandiarán o el mismo J. Caro Baroja, algunas de cuyas tesis también discutimos, son figuras de gran talla intelectual y que trabajaron con gran brillo en un contexto científico muy diferente del actual. Lo que dichas críticas plantean es la necesidad de abrir una discusión pública, pues es evidente que también la interpretación alternativa que aquí se defiende debe ser criticada y mejorada.

En resumen, lo que este análisis de la Prehistoria del País Vasco puede sugerir a todo vasco de verdad, que no quiera ser manipulado por ningún mito, es la necesidad de profundizar en el conocimiento de nuestra Prehistoria. Por ello, yo me permitiría sugerir como conclusión que esta Delegación en Corte de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País podría impulsar ese conocimiento de nuestra verdadera historia y, con ello, contribuir a la apertura de la mentalidad de toda la sociedad vasca. Este impulso será, sin duda, beneficioso para todos y está de acuerdo con los principios que en su día alentaron la creación de esta Sociedad para «cultivar y fomentar las actividades, disciplinas, artes y ciencias que enriqueciesen los conocimientos de la época», actividad que esta Delegación en Corte puede y debe llevar a cabo con la fuer-

za añadida que da sentirse alejados físicamente de nuestra tierra vasca y, al mismo tiempo, más atraídos y atentos a ella con la perspectiva clarificadora que siempre brinda una cierta lejanía⁷.

BIBLIOGRAFÍA

- Abascal, J. M., 2002: Fasti consulares, fasti locales y horologia en la Epigrafía Hispánica. *Archivo Español de Arqueología* 75, p. 269-286.
- Alarcão, J. de, 2001: Novas perspectivas sobre os Lusitanos (e outros mundos), *Revista portuguesa de arqueologia*, 4,2, 2001, p. 293-350
- Abarquero, F. J. 2005: *Cogotas I. La difusión de un tipo cerámico durante la Edad del Bronce (Arqueología de Castilla y León. Monografías 4)*, Valladolid.
- Albertos, M.^a L., 1983: Onomastique personnelle indigène de la Péninsule Ibérique sous la domination romaine, en Haase, W. (ed.), *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt* II, 29,2, Berlin, p. 853-892.
- Albertos, M.^a L., 1987: La onomástica personal indígena de la región septentrional, *Studia Palaeohispanica. Actas del IV Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas (Vitoria 1985)*, Vitoria/Gasteiz, p. 155-194. (= *Veleia* 2-3).
- Alcobé, S., 1976: Antropología del Pirineo y relieve del suelo, *VII Congreso Internacional de estudios Pirenaicos. 1974*, I, p. 119-129.
- Alday Ruiz, A., 1999: *El entramado campaniforme en el País Vasco: los datos y el desarrollo del proceso histórico (Veleia, Anejos S. Mayor 9)*, Vitoria.
- Alday Ruiz, A., 2001: Structure matérielle du campaniforme basque et relations de celui-ci avec d'autres aires culturelles, en F. Nicols (ed.), 2001, p. 711-713.
- Alday Ruiz, A., 2003: Cerámica neolítica de la región vasco-riojana: base documental y cronológica, *Trabajos de Prehistoria* 60,1, p. 53-80.

⁷ Quiero agradecer la amistosa lectura y el comentario enriquecedor de una redacción preliminar de este texto a D. Maikel Gorbea, Dña. Marta Díaz-Guardamino, D. Jorge Maier Allende, D. Luis Valdés y, en especial, a D. Íñigo Iruín, Presidente de la Delegación en Corte de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País. Sus sugerencias y correcciones me han permitido mejorar el texto, aunque sea yo el único responsable de las imprecisiones, olvidos y errores que a pesar de ello pueda contener.

- Alday Ruiz, A., 2005: *El campamento prehistórico de Mendandia: Ocupaciones mesolíticas y neolíticas entre el 8500 y el 6400 B.P (Colección Barandiarán 9)*, Ataún.
- Alinei, M., 1986: *Origini delle lingue d'Europa I. La Teoria della Continuità*. Bolonia.
- Alinei, M., 2000: An Alternative Model for the Origins of European Peoples and Languages: The Continuity Theory. *Quaderni di Semantica* 21, p. 21-50.
- Almagro, M., 1952: La invasión céltica en España. R. Menéndez Pidal (ed.), *Historia de España* I,2, Madrid, p. 1-278.
- Almagro, M., 1958: *Origen y formación del pueblo hispano*, Madrid.
- Almagro-Gorbea, M., 1974: Orfebrería del Bronce Final en la Península Ibérica. El Tesoro de Abía de la Obispalía, la orfebrería de Villena y los cuencos de Axtroki, *Trabajos de Prehistoria* 31, p. 39-100.
- Almagro-Gorbea, M., 1976: La espada de Entrambasaguas. Aportación a la secuencia de las espadas del Bronce en el Norte de la Península Ibérica, *XL Aniversario del Centro de Estudios Montañeses*. Santander, p. 453-477.
- Almagro-Gorbea, M., 1986: El Bronce Final y el inicio de la Edad del Hierro en la Península Ibérica, A.A.V.V. *Historia de España I. Prehistoria*. (Ed. Gredos), Madrid, 1986, p. 341-532.
- Almagro-Gorbea, M., 1992: El origen de los celtas en la Península Ibérica. Protoceltas y celtas. *Polis* 4, p. 5-31.
- Almagro-Gorbea, M., 1994: El urbanismo en la Hispania Céltica: castros y *oppida* en la Península Ibérica, en M. Almagro-Gorbea y A. M.^a Martín (eds.), *Castros y oppida de Extremadura. (Complutum Extra 4)*. Madrid, 1994, p. 13-75.
- Almagro-Gorbea, M., 1996: Sacred places and cults of the Late Bronze Age tradition in Celtic Hispania, *Archäologische Forschungen zum Kult-geschehen in der jüngeren Bronzezeit und frühen Eisenzeit Alteuropas. Regensburg 1993* (1996), p. 43-79.
- Almagro-Gorbea, M., 1997: La Edad del Bronce en la Península Ibérica; periodización y cronología, *Homenaje a Milagros Gil-Mascarell (Saguntum 17)*, p. 217-229.
- Almagro-Gorbea, M., 1999: Estructura socio-ideológica de los *oppida* celtibéricos, *VII Coloquio Internacional sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas. Zaragoza 1997*, Salamanca, p. 35-55.
- Almagro-Gorbea, M., 2001: Los celtas en la Península Ibérica, *Celtas y Vetones*, Ávila, p. 94-113.
- Almagro-Gorbea, M., 2001a: Los íberos: nuevas perspectivas sobre sus orígenes, Alberto J. Lorrio (ed.), *Los íberos en la Comarca de Requena-Utiel (Valencia)*, Universidad de Alicante, p. 33-47.

- Almagro-Gorbea, M., 2003: *Epigrafía Prerromana. Real Academia de la Historia, Catálogo del Gabinete de Antigüedades I.1.1*, Madrid.
- Almagro-Gorbea 2006: Etnogénesis del País Vasco: de los antiguos mitos a la investigación actual, *Homenaje a Jesús Altuna (Munibe 57,2)*, p. 345-364.
- Almagro-Gorbea, M. y Jiménez, J., 2000: Un altar rupestre en el Prado de Lácara (Mérida). Apuntes para la creación de un parque arqueológico. *El Megalitismo en Extremadura (Homenaje a Elías Diéguez Luengo) (Extremadura Arqueológica 8)*, Mérida, p. 423-442.
- Almagro-Gorbea, M. y Moneo, T., 2000: *Santuarios urbanos en el mundo ibérico (Bibliotheca Arqueologica Hispana 4)*, Madrid.
- Almagro-Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G., 1993: Paleoetnología de la Península Ibérica. Reflexiones y perspectivas de futuro, en M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica (Complutum 2-3, 1992)*, Madrid, p. 469-499.
- Alonso, S., Flores, C., Cabrera, V., Alonso, A., Martín, P., Albarrán, C., Izagirre, N., de la Rúa, C., García, O., 2005: The place of the Basques in the European Y chromosome diversity landscape. *European Journal of Human Genetics* 13, p. 1293-1302.
- Altuna, J., 1975: *Guía ilustrada de prehistoria vasca*, Bilbao.
- Altuna, J., 1978: La Prehistoria Vasca, *Euskaldunak I. La etnia vasca*, San Sebastián, p. 1-16.
- Altuna, J., 1980: Mamíferos y animales domésticos del área Cantábrica, *Mendiak 1*, San Sebastián, p. 159-175.
- Altuna, J., 1981: Animales domésticos del área mediterránea (de Euskalerría), *Mendiak 2*, San Sebastián, p. 172-176.
- Altuna, J., y Apellániz, J. M.^a, 1978: Las figuras rupestres paleolíticas de la cueva de Ekain. *Munibe* 30: 1-151.
- Álvarez Sanchís, J., 1999: *Los Vétones (Biblioteca Archaeologica Hispana 1)*. Madrid.
- Álvarez-Sanchís, J. y Ruiz Zapatero, G., 2002: Vetones, etnicidad y cultura material, en M. Molinos y A. Zifferero, *Primi popoli d'Europa*, Firenze, p. 181-199.
- Alzualde, A., Izagirre, N., Alonso, A., Alonso, S., Albarrán, C., Azkaratey, A., Rúa, C. de la, 2006: Insights into the "Isolation" of the Basques: mtDNA Lineages from the Historical Site of Aldaieta (6th-7th Centuries AD), *American Journal of Physical Anthropology* 130,3, p. 394-404.
- Alzualde, A., Izagirre, N., Alonso, A., Alonso, S., Rúa, C. de la, 2005. Temporal mitochondrial DNA variation in the Basque Country: influence of post-Neolithic events, *Annals of Human Genetics* 69, p. 665-679.

- Ammerman, A. J. y Cavalli-Sforza, L. L., 1984, *The Neolithic Transition and the Genetics of Population in Europe*, Princeton, USA.
- Anderson, J. M., 1993: Iberian and Basque linguistic similarities, *V Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica*. Colonia 1989, Salamanca, p. 487-498.
- Anónimo, 1804: *Reflexiones filosóficas en defensa de la Apología de la lengua vascongada o respuesta a su censura crítica del Cura de Montuenga*, Madrid.
- Apellániz, J. M.^a, 1973: *Corpus de materiales de las culturas prehistóricas con cerámica de la población de cavernas del País Vasco Meridional (Munibe-Suplemento 1)*, San Sebastián.
- Apellániz, J. M.^a, 1974: El Grupo de Los Husos en la Prehistoria con cerámica, *Estudios de Arqueología Alavesa* 7, p. 7-409.
- Apellániz, J. M.^a, 1975: El Grupo de Santimamiñe durante la Prehistoria con cerámica del País Vasco, *Munibe* 27, p. 1-136.
- Apellániz, J. M.^a, 1982: *El arte prehistórico del País Vasco y sus vecinos*, Bilbao.
- Apellániz, J. M.^a y Uríbarri, J. L., 1976: *Estudios sobre Atapuerca (Burgos) I. El santuario de la Galería del Sílex (Cuadernos de Arqueología de Deusto, 7)*, Bilbao.
- Arbois de Joubainville, H. d', 1894: Les Celtes en Espagne, *Revue Celtique* 14, p. 357-395; 15, p. 1-61.
- Armendáriz, A., 1997: Neolítico y Calcolítico en el País Vasco Peninsular, *Isturiz* 7, p. 26-36.
- Armendáriz, J. e Irigaray S., 1994: *Arquitectura de la Muerte. El hipogeo de Longar (Viana, Navarra), un sepulcro colectivo del 2500 a.C.*, Estella.
- Arrizabalaga, A., 1996: Cueva de Lezetxiki (Arrasate). I Campaña de excavaciones, *Arkeoikuska. Investigación arqueológica*, 1996, p. 114-115.
- Arrizabalaga, A., 2005: Últimos neandertales y primeros cromañones. Perspectivas desde la encrucijada vasca, *Museo de Altamira. Monografías* 20, p. 557-575.
- Astarloa, P. P. de, 1803: *Apología de la lengua bascongada o ensayo crítico filosófico de su perfección y antigüedad sobre todas las que se conocen, en respuesta a los reparos propuestos por el Diccionario geográfico histórico de España*, Madrid.
- Astarloa, P. P. de, 1804: *Reflexiones filosóficas en defensa de la Apología de la lengua bascongada o Respuesta a la Censura Crítica del Cura de Montuenga*, Madrid.
- Azkarate A. 1999. *Aldaieta. Necrópolis tardoantigua de Aldaieta (Nanclares de Gamboa, Álava), I. Memoria de la excavación e inventario de los hallazgos (Memorias de yacimientos alaveses 6)* Vitoria/Gasteiz.

- Azkárate A., 2004. Reihengräberfelder al Sur de los Pirineos occidentales?, en Blázquez, J. M.^a y González, A. (eds.), *Sacralidad y arqueología: Homenaje al Prof. Thilo Ulbert (Antigüedad y Cristianismo, 21)*, Murcia, p. 389-413.
- Baldeón, A., 1993: El yacimiento de Lezetzi (Guipúzcoa, País Vasco), Los niveles musterienses. *Munibe* 45, p. 3-97.
- Ballester, X., 2001: La adfinitas de las lenguas aquitana e ibérica, *Palaeohispanica* 1, p. 21-33.
- Ballester, X., 2002: «Sobre el origen ‘an-indoeuropeo’ de los ástures y maragatos», *Palaeohispanica* 2, p. 71-87.
- Ballester, X., 2004: Indoeuropeización en el Paleolítico: una réplica, *Estudis romànics* 26, p. 217-232.
- Ballester, X., 2004a: «Páramo» o del problema de la */p/ en celtoide, *Studi Celtici* 3, p. 45-56.
- Barandiarán, I., 1973: Zwei hallstattzeitliche Goldschalen aus Axtroki, Prov. Guipuzcoa, *Madriider Mitteilungen* 14, p. 109-120.
- Barandiarán, I., 1997, El paleolítico y el epipaleolítico. Arqueología de Vasconia Peninsular, *Isturitz*, 7, 5-21.
- Barandiarán, I. y Vegas, J. I., 1990: *Los grupos humanos en la Prehistoria de Encisa-Urba*, San Sebastián.
- Barandiarán, J. M. de, 1934: *El hombre primitivo en el País Vasco*, Donostia.
- Barandiarán, J. M. de, 1995: *El hombre prehistórico en el País Vasco*, Hernani.
- Barandiarán, J. M. de, 1972: *Obras Completas, I*, Bilbao.
- Barbujani, G. y Bertorelle, G., 2001: Genetics and the population history of Europe. *Proceedings of the National Academy of Science of USA* 98, p. 22-25.
- Basabe, J. M., 1985: La identidad vasca y biología de la población. *Eukaldunak. La etnia vasca* 5. Lasarte-Oria, p. 17-32.
- Berrocal, L. 1992: *Los pueblos célticos del Suroeste de la Península Ibérica, (Complutum Extra 2)*, Madrid.
- Bertranpetit, J., Sala, J., Calafell, F., Underhill, P.A., Moral, P., Comas, D., 1995: Human mitochondrial DNA variation and the origin of Basques, *Annals of Human Genetics* 59, p. 63–81.
- Bilbao, M.-V., 2005: *Les sépultures du Premier Age du Fer autour du bassin d'Arcachon et de la basse vallée de la Leyre (PDF, Université Michel de Montaigne, 2004-2005)*, Bordeaux.
- Blas Cortina, M. A. de, 1973: Un hacha de combate de tipo nórdico de Teverga (Asturias). *Ampurias* 35, p. 217-220.
- Blas Cortina, M. A. de, 1983: *La Prehistoria Reciente de Asturias*, Oviedo.

- Blas Cortina, M. A. de, y Corretgé, L. G., 2001: El origen geológico galaico del ejemplar Marabiu (Teverga, Asturias) y consideraciones sobre útiles-arma, calificados de «hachas nórdicas», del Noroeste ibérico, *Trabajos de Prehistoria* 58,2, p. 143-158.
- Blázquez, J. M.^a, 1966: Los vascos y sus vecinos en las fuentes literarias griegas y romanas de la Antigüedad, en *IV Symposium de Prehistoria Peninsular (Pamplona, 1966)*, Pamplona, p. 177-205.
- Blot, J., 1990: L'Age du Fer en Pays Basque de France, *Munibe* 42, p. 181-187.
- Bosch, E., Calafell, F., Comas, D., Oefner, P.J., Underhill, P.A., Bertranpetit, J., 2001: High-resolution analysis of human Y-chromosome variation shows a sharp discontinuity and limited gene flow between northwestern Africa and the Iberian Peninsula. *American Journal of Human Genetics* 68, p. 1019-1029.
- Bosch Gimpera, P., 1932: *Etnología de la Península Ibérica*, Barcelona.
- Bosch Gimpera, P., 1944: *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*, México.
- Bradley, R., 1990: *The passage of arms: an archaeological analysis of prehistoric hoards and votive deposits*. Cambridge.
- Brion, M., Salas, A., Gonzalez-Neira, A., Lareu, M.V., A 2003: Insights into Iberian population origins through the construction of highly informative Y-chromosome haplotypes using biallelic markers, STRs, and the MSY1 minisatellite. *American Journal of Physical Anthropology* 122,2, p. 146-161.
- Brion, M., Quintans, B., Zarrabeitia, M., Gonzalez-Neira, M., Salas, A., Lareu, V., Tyler-Smith, C. y Carracedo, A., 2004: Micro-geographical differentiation in Northern Iberia revealed by Y-chromosomal DNA analysis, *Gene* 329, p. 17-25.
- Brun, P., 2006: L'origine des Celtes. Communautés linguistiques et réseaux sociaux, D. Vitali (ed.), *Celtes et Gaulois. L'Archéologie face à l'Histoire*, 2. *La Préhistoire des Celtes*. Bibracte, p. 29-44.
- Bueno Ramírez, P., Balbín, R. de y Barroso Bermejo, R., 2005: La estela armada de Soalar. Valle del Baztán (Navarra), *Trabajos de Arqueología Navarra* 18, p. 5-40.
- Burillo, F., 1998: *Los Celtíberos. Etnias y estados*, Barcelona.
- Caballero, J. A., 2002: Anio de Viterbo y la historiografía española del XVI, en J. M. Nieto Ibáñez (ed.), *Humanismo y Tradición Clásica en España y América*, León, p. 101-120.
- Canto, A., 1997: Ensayo de Identificación de Ciudades Vasconas, *Archivo Español de Arqueología* 70, p. 31-70.

- Caro Baroja, J., 1946: *Los pueblos de España*, Barcelona.
- Caro Baroja, 1954: La escritura en la España Prerromana (Epigrafía y Numismática), R. Menéndez Pidal (ed.), *Historia de España* 1,3, Madrid, p. 677-812.
- Caro Baroja, J., 1973: *Los pueblos del Norte de la Península Ibérica*², Madrid.
- Caro Baroja, J., 1974: *Ritos y mitos equívocos*. Madrid.
- Caro Baroja, J., 1984: *Sobre la religión antigua y el calendario del pueblo vasco (Colección de Estudios Vascos)*, San Sebastián.
- Caro Baroja, J., 1985: *Los vascones y sus vecinos*, San Sebastián.
- Caro Baroja, J., 1988: *Sobre la lengua vasca y el vasco-iberismo*, San Sebastian.
- Caro Baroja, J., 1991: *Las falsificaciones de la historia*, Madrid.
- Castiella, A., 1977: *La Edad del Hierro en Navarra y La Rioja*, Pamplona.
- Castiella, A. y Sesma, J., 1989: Piezas metálicas de la protohistoria navarra: Armas, *Zephyrus* XLI-XLII, p. 383-404.
- Cavalli-Sforza, L. L. y Minch, E., 1997: Paleolithic and Neolithic lineages in the European mitochondrial gene pool, *American Journal of Human Genetics* 61, p. 247-251.
- Cavalli-Sforza, L. L., Menozzi, P. y Piazza, A., 1997: *The History and Geography of Human Genetics*, Princeton, USA.
- Clarke, D.L., 1968: *Analytical Archaeology*, London.
- Clarke, D.L., 1978: *Analytical Archaeology*², London.
- Coffyn, A., 1974: Les épées à antennes du Sud de la France, *Revue Historique et Archéologique du Libournais* XLII, n.º 152, p. 63-71.
- Coffyn, A., 1985: *Le Bronze Final Atlantique dans la Péninsule Ibérique*, Paris.
- Collins, R., 1990: El cristianismo y los habitantes de las montañas en época romana, A. González Blanco y J. M.ª Blázquez (eds.), *Cristianismo y aculturación en tiempos del imperio romano (Antigüedad y Cristianismo VII)*, Murcia, p. 551-558.
- Collins, R., 1989: *Los Vascos*, Madrid.
- Conde, J. A. ('Cura de Montuenga'), 1804: *Censura crítica de la pretendida excelencia y antigüedad del vascuence*, Madrid.
- Conde, J. A., 1806: *Censura crítica del alfabeto primitivo de España, y pretendidos monumentos literarios del Vascuence*, Madrid.
- Corominas, J., 1958: La survivance du basque jusqu'au bas Moyen Âge. Phénomènes de bilinguisme dans les Pyrénéens centrales, *Actes VI Congrès International de Sciences Onomastiques*, München, I, p. 105-146.
- Corte-Real, H.B., Macaulay, V.A., Richards, M.B., Hariti, G., Isaad, M.S., Cambon-Thomsen, A., Papiha, S., Bertranpetit, J., Sykes, B.C., 1996: Genetic

- diversity in the Iberian Peninsula determined from mitochondrial sequence analysis, *Annals of Human Genetics* 60, p. 331-350.
- Costa, J., 1917: *Derecho consuetudinario y economía popular de España*. Zaragoza (reed. 1981).
- Coulo, G. et alii, 1996: *Argentomagus. Du site gaulois à la ville gallo-romaine*, Paris.
- Cunliffe, B. 2001: *Facing the Ocean. The Atlantic and its Peoples 8000 BC-AD 1500*, Oxford.
- Delibes, G. et alii, 1999: Panorama arqueológico de la edad del Hierro en el Duero medio, en G. Delibes et alii (eds.), *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero Medio*, Valladolid, p. 49-146.
- Delibes, G. y Fernández Manzano, J., 1991: Relaciones entre Cogotas I y el Bronce Final Atlántico en la Meseta Española, en Chevillot, Chr. y Coffyn, A. (dirs.), *L'Age du Bronze Atlantique, Actes du 1er Colloque du Parc Archéologique de Beynac*, Périgueux, p. 203-212.
- Dumézil, G. 1977: *La religione romana arcaica*, Milano.
- Duplá, A. y Emborujó, A., 1991: El Vascoantabrismo: mito y realidad en la historiografía sobre el País Vasco en la Antigüedad, en J. Arce y R. Olmos (eds.), *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua en España (siglos XVIII-XX)*, Madrid, p. 107-111.
- Eluère, C., 1982: *Les ors préhistoriques. (L'âge du bronze en France-2)*, París.
- Emborujó, A., 1987: El límite entre várdulos y vascones, *Actas I Congreso General sobre Historia de Navarra* 2, Pamplona, p. 379-393.
- Erro, J. B. 1806: *Alfabeto de la lengua primitiva de España y explicación de sus más antiguos monumentos de inscripciones y medallas*, Madrid.
- Erro, J. B. 1807: *Observaciones filosóficas a favor del alfabeto primitivo ó respuesta apologetica a la censura crítica del Cura de Montuenga*, Pamplona.
- Erro, J. B. 1815: *El mundo primitivo o examen de la antigüedad y cultura de la nación bascongada*, Madrid.
- Espinosa, U. y Usero, L., 1988: Eine Hirtenkultur im Umbruch. Untersuchungen zu einer Gruppe von Inschriften aus der Conventus Caesaragustanus (Hispania Citerior), *Chiron* 18, p. 477-505.
- Fanjul, A., 2005: *Los castros de Asturias. Una revisión territorial y funcional*, Oviedo.
- Fatás, G., 1980: *Contrebia Belaisca II. Tabula Contrebiensis*, Zaragoza.
- Fatás, G., 1992: Para una etnogeografía de la cuenca media del Ebro, En M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica (Complutum 2-3, 1992)*, Madrid, p. 223-232.

- Fernández, E., García-Bur, J., Arenal, I., Pérez-Pérez, A., Valdés, L. y Turbón, D., 2000: Hacia el origen de los vascos: secuencias de DNA mitocondrial antiguo del País Vasco, *Complutum* 11, p. 101-111.
- Fita, F., 1878: *Restos de la declinación céltica y celtibérica en algunas lápidas españolas*, Madrid.
- Flores, C., Hernández, M., González, A. M. y Cabrera, V.M., 2000: Genetic affinities among human populations inhabiting Subsaharan area, Northwest Africa, and the Iberian Peninsula, en A. Arnaiz-Villena (ed.), *Prehistoric Iberia: genetics, anthropology and linguistics*. New York, p. 33-50.
- Flores, C., Maca-Meyer, N., Gonzalez, A.M., Oefner, P.J., Shen, P., Perez, J. A., Rojas, A., Larruga, J.M. y Underhill, P. A., 2004: Reduced genetic structure of the Iberian Peninsula revealed by Y-chromosome analysis: implications for population demography. *European Journal of Human Genetics* 12, p. 855-863.
- Gallay, A., 2001: L'enigme campaniforme, F. Nicols (ed.), 2001, p. 41-57.
- Gamble, C., Davies, W., Pettitt, P. y Richards, M., 2004: Climate change and evolving human diversity in Europe during the last glacial. One contribution of 14 to a discussion meeting issue 'The evolutionary legacy of the Ice Ages'. *Philosophical Transactions of the Royal Society of London, series B*, 359, n.º 1442, p. 243-254.
- García Gazolaz, J., 1994: Los primeros depredadores en Navarra: estado de la cuestión y nuevas aportaciones, *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra* 2, p. 7-47.
- García Quintela, M., e.p.: Etnoarqueología del Roble Ancho de Vizcaya, M. Almagro-Gorbea (ed.), *Etnocéltica Hispana (Bibliotheca Archaeologica Hispana 29)*, Madrid (en prensa).
- Garibay, E. de, 1571: *Compendio historial de las crónicas y universal historia de todos los reynos de España...* Amberes.
- Gasco, J. y Carroza, L., 1989: L'Âge du Bronze Moyen et ses dynamiques en Languedoc Occidental, *Dynamique du Bronze Moyen en Europe Occidental (Actes 113^e Congrès national des Sociétés Savantes, Strasbourg, 1988)*, Paris, p. 443-457.
- Giacomo, F. di, Luca, F., Popa, L. O., Akar, N. y Anagnou, N., 2004: Y Chromosomal Haplogroup J as a Signature of the Post-Neolithic Colonization of Europe (pdf), *Human Genetics*, 115, p. 357-371.
- Gil Zubillaga, E., 1995: *Axta. Poblado indígena y campamento militar romano*, Vitoria.

- Gómez, A. y Lunt, D.H., 2006: Refugia within refugia: patterns of phylogeographic concordance in the Iberian Peninsula, en S. Weiss y N. Ferrand (eds.), *Phylogeography of Southern European Refugia*, Netherlands, p. 156-188.
- Gómez Moreno, M., 1922: De epigrafía ibérica: el plomo de Alcoy, *Revista de Filología Española* IX, p. 341-366.
- Gómez Moreno, M., 1949: *Misceláneas. Historia, Arte, Arqueología*, Madrid.
- Gómez de Soto, J. 1980: *Les cultures de l'Âge du Bronze dans le bassin de la Charante*, Périgueux.
- Gómez de Soto, J. y Pautreau, J.-P., 1989: Le groupe du Duffaits dans le Centre-Ouest de la France, *Dynamique du Bronze Moyen en Europe Occidentale (Actes 113^e Congrès national des Sociétés Savantes, Strasbourg, 1988)*, Paris, p. 385-390.
- Gómez Tabanera, J. M. (ed.), 1967: *Las raíces de España, Madrid*.
- González, A. M., Brehm, A., Pérez, J. A., Maca-Meyer, N., Flores, C. y Cabre-ra, V.M., 2003: Mitochondrial DNA affinities at the Atlantic fringe of Europe. *American Journal of Physical Anthropology* 120, p. 391-404.
- González Echegaray, J., 2004: *Los Cántabros*⁵ (1.^a ed. 1966), Santander.
- González, A. M., Oterino, A. y Leyva-Cobián, F., 2003: Y chromosome and mitochondrial DNA characterization of Pasiegos, a human isolate from Cantabria (Spain), *Annals of Human Genetics* 67, p. 329-339.
- González García, F. J., 2003: *Os Ártabros*, Ourense.
- González Rubial, A., 2007: *Galaicos, Poder y Comunidad en el Noroeste de la Península Ibérica (1200 a.C. - 50 d.C.), I-II (Brigantium 18-19)*, La Coruña.
- Goropius Becanus, I., 1572: *Origines Antwerpianæ, sive Cimmericorum Becesselana novem libros complexa*, Amberes.
- Gorrochategui, J., 1984: *Estudio sobre la onomástica indígena en Aquitania*, Bilbao.
- Gorrochategui, J., 1985: Lengua gala y lengua aquitana en la Aquitania etnográfica, *Symbolae L. Mitxelena septuagenario oblatae*, Vitoria, p. 613-628.
- Gorrochategui, J., 1987: En torno a la clasificación del lusitano, *Studia Palaeohispanica. Actas del IV Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas. Vitoria 1985 (Veleia 2-3)*, Vitoria, p. 77-91.
- Gorrochategui, J., 1995: Los Pirineos entre Galia e Hispania: las lenguas, *Veleia* 12, p. 181-234.
- Gorrochategui, J., 1999: La romanización del País Vasco: Aspectos lingüísticos, *Antiqua, VI Jornadas sobre la Antigüedad*, San Sebastián, p. 10-23.
- Gorrochategui, J., 2003: Las placas votivas de plata de origen aquitano halladas en Hagenbach (Renania-Palatinado, Alemania), *Aquitania* 19, p. 25-47.

- Gorrochategui, J. y Lacarra, J. A., 2001: Comparación lingüística, filología y reconstrucción del Protovasco, 8.º *Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica, Salamanca 1999*, Salamanca, p. 407-438.
- Grafton, A.T., 1993: *Joseph Scalinger. A Study in the History of Classical Scholarship*, Oxford.
- Guilaine, L., 1984: *L'Âge du Cuivre européen, civilisation à vases campaniformes*, Paris.
- Harrison, R. J., 1980: *The Beaker Folk. Copper Age Archaeology in Western Europe*, London.
- Hewitt, G.M., 2001: Speciation, hybrid zones and phylogeography or seeing genes in space and time. *Molecular Ecology* 10, p. 537-549.
- Hoz, J. de, 1963: Hidronimia antigua europea en la Península Ibérica, *Emerita* 31, p. 227-242.
- Hoz, J. de, 1983: Las lenguas y la epigrafía prerromanas de la Península Ibérica. *Unidad y pluralidad en el mundo antiguo (Actas del VI Congreso Español de Estudios Clásicos, Sevilla 1981)*, I, Sevilla, p. 351-396.
- Hoz, J. de, 1986: La religión de los pueblos prerromanos de Lusitania, *Manifestaciones religiosas en Lusitania*, Cáceres, p. 31-49.
- Hoz, J. de, 1995: El poblamiento antiguo de los Pirineos desde el punto de vista lingüístico, *Muntanyes i Població. El passat dels Pirineus des d'una perspectiva multidisciplinària (I Simposi de Poblament des Pirineus)*, Andorra, p. 271-297.
- Hubschmid, J. 1954: *Pyrenäenwörter vorromanischen Ursprung und das vorromanische Substrat der Alpen*, Salamanca.
- Hubschmid, J. 1959: Lenguas prerromanas no indoeuropeas: testimonios románicos, *Enciclopedia Lingüística Hispana I*, Madrid, p. 29-66 y 127-149.
- Humboldt, W. von, 1821: *Prüfung der Untersuchungen über die Urbewohner Hispaniens vermittelt der Vaskischen Sprache*, Berlin.
- Izagirre, N., Alzualde, A., Alonso, S., Paz, L., Alonso, A., Rúa, C. de la, 2005: Rare haplotypes in mtDNA: applications in the analysis of biosocial aspects of past human populations. *Human Biology* 74, p. 443-456.
- Izagirre, N. y Rúa, C. de la, 1999: An mtDNA analysis in ancient Basque populations: implications for haplogroup V as a marker for a major Paleolithic expansion from southwestern Europe. *American Journal of Human Genetics* 65, p. 199-207.
- Izagirre, N., Alonso, S. y Rúa, C. de la, 2001: DNA analysis and the evolutionary history of the Basque population: A review. *Journal of Anthropological Research* 57,3, p. 325-344.

- Izagirre, N. y Rúa, C. de la, 2002: Ancient mtDNA haplogroups: a new insight into the genetic history of the European populations. *International Journal of Anthropology* 17, p. 17-40.
- Izagirre, N., Alonso, S. y Rúa, C. de la, 2005: Descifrando los mensajes del pasado: análisis de ADN antiguo. *Munibe* 57,3, p. 327-335.
- Jiménez Guijarro, J., 1999: El proceso de neolitización del interior peninsular, J. Bernabeu y T. Orozco (eds.), *II Congreso de Neolítico a la península Ibérica (Saguntum Extra 2)*, Valencia, p. 493-501.
- Jiménez Guijarro, J., 2008: *La neolitización del interior de la Península Ibérica (Tesis Doctoral de la Universidad Complutense)*, Madrid.
- Jones, S. 1999: *The Archaeology of Ethnicity*, Londres.
- Jordán, C., 2001: Sobre los orígenes del Vasco. ΔΙΔΑΣΚΑΛΟΣ. *Estudios en Homenaje al Prof. Serafín Agud*, Zaragoza, p. 3-30.
- Jordán, C., 2001: Del topónimo euskara del Pamplona, *Fontes Linguae Vasconum. Studia et documenta* 33, n.º 88, p. 417-429.
- Kruta, V., 1992: *L'Europe des origines*, Paris.
- Larramendi, M. de 1745: *Diccionario trilingüe castellano, bascuence y latín, dedicado a la M.N. y M.L. provincia de Guipúzcoa*. San Sebastián.
- Larruga, J. M., Díez, F., Pinto, F. M., Flores, C., González, A. M., 2001: Mitochondrial DNA characterisation of European isolates: the Maragatos from Spain. *European Journal of Human Genetics* 9, p. 708-716.
- Llanos, A., 1963: Las pinturas rupestres esquemáticas en la Provincia de Álava, *Estudios del Grupo Espeleológico Alavés* 1, Vitoria, p. 109-119.
- Llanos, A., 1972: Cerámica excisa de Álava y provincias limítrofes, *Estudios de Arqueología Alavesa* 5, p. 81-98.
- Llanos, A., 1981: Urbanismo y arquitectura en el primer milenio antes de Cristo, *El habitat en la Historia de Euskadi*, Bilbao, p. 49-76.
- Llanos, A., 1983: *La Hoya. Un poblado del primer milenio antes de Cristo*, Vitoria.
- Llanos, A., 1992: Conformación de las etnias prerromanas en Alava, Bizkaia y Guipuzkoa, en M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), p. 431-447.
- Llanos, A. et alii, 1975: El castro del Castillo de Henayo (Alegría, Alava). *Estudios de Arqueología Alavesa* 8, p. 87-212.
- Llanos, A. y Fernández Medrano, D., 1968: Necrópolis de hoyos de incineración en Álava, *Estudios de Arqueología Alavesa* 3, p. 45-72.
- López Antón, J. J., 1999: *Escritores carlistas en la cultura vasca. Sustrato lingüístico y etnográfico de la vasconia carlista*, Pamplona.

- López Parra, A. M.^a, 2008: *Genética y Geografía: estudio de cinco poblaciones de los Pirineos en el contexto de la Península Ibérica para marcadores del cromosoma Y (Tesis Doctoral de la Universidad Complutense)*, Madrid.
- Lorrio, A., 2005: *Los Celíberos (2.^a ed.)*. (Biblioteca Archaeologica Hispana 25), Madrid.
- Maluquer de Motes, J., 1954-1958: *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra I-II*, Pamplona.
- Manni, G., ('Annio de Viterbo'), 1498: *Antiquitatum variarum volumina XVII*, Roma.
- Marco, F., 1986: El dios céltico Lug y el santuario de Peñalba de Villastar, *Estudios en Homenaje al Dr. Antonio Beltrán Martínez*, Zaragoza, p. 731-759.
- Mariana, J. de, 1592-1605: *Re rebus Hispaniae* (trad. *Historia General de España*, Madrid), Toleti.
- Martín, A. M., 1999: *Los orígenes de la Lusitania: el I milenio a.C. en la Alta Extremadura (Biblioteca Archaeologica Hispana 2)*, Madrid.
- Martínez de Zaldibia, J., 1564: *Suma de las cosas cantábricas y guipuzcoanas* (reed. Donostia, 1944).
- Martínez Santa-Olalla, J. 1946: *Esquema Paleontológico de la Península Hispánica²*, Madrid.
- Maya, L., 1989: *Los castros de Asturias*, Oviedo.
- Mayans i Siscar, G. 1756 (1999): *Introductio ad veterum inscriptionum historiam litterariam* (L. Abad y J. M. Abascal (eds.), *Bibliotheca Archaeologica Hispana 4*), Madrid.
- Menghin, W. y Schauer, P., (eds.), 1977: *Magisches Gold. Kultgerät der Spätenbronzezeit*, Nürnberg.
- Michelena, L. 1954: De onomástica aquitana, *Pirineos* 10, p. 409-458 (reeditado en *Lengua e historia*, Madrid 1985, p. 409-445).
- Michelena, L. 1964: *Sobre el pasado de la lengua vasca*, San Sebastián.
- Michelena, L., 1981: Lengua común y dialectos vascos, *Anuario del Seminario de Filología Vasca Julio de Urquijo* 15, 291-313 (reeditado en *Palabras y textos*, Vitoria-Gasteiz, 1987, p. 35-55).
- Michelena, L. 1988: *Sobre historia de la lengua vasca*, San Sebastián.
- Mohen, J.P. y Coffyn, A., 1970: *Les nécropoles hallstattiennes de la région d'Arcachon (Bibliotheca Praehistorica Hispana XI)*, Madrid.
- Mohen, J.-P., 1980: *L'Age du Fer en Aquitaine (Mémoires de la Société Préhistorique Française 14)*, Paris.

- Monteagudo, L., 1977. *Die Beile auf der Iberischen Halbinsel (PBF IX,6)*. München.
- Needham, S., 2005: Transforming Beaker Culture in North-West Europe: Process of Fusion and Fission, *Proceedings of the Prehistoric Society* 71, p. 171-217.
- Newell, R.R. y Constandse-Wetermann, T.S., 1986: Testing an ethnographic analogue of Mesolithic social structure and the archaeological resolution of Mesolithic ethnic group and breeding population, *Proceedings of the Koninklijke Nederlandse Akademie van Wetenschappen, series B*, 89, p. 243-310.
- Nicols, F. (ed.), 2001: *Bell Beakers Today. Pottery, people, culture, symbols in prehistoric Europe*, Trento.
- Olaetchea, C., 2000: *La tecnología cerámica en la Protohistoria Vasca (Munibe, Suplemento 12)*, San Sebastián.
- Olcoz, S. y Medrano, M., 2006: Tito Livio: *Castra Aelia* y el límite meridional del *ager Vasconum*, antes y después de Sertorio, *VI Congreso de Historia de Navarra, Navarra-2006*, Pamplona.
- Olivares, J. C., 2002: *Los dioses de la Hispania céltica (Biblioteca Archaeologica Hispana 15)*, Madrid, 2002.
- Ontañón, R., 2002: Un botón prismático con doble perforación en V del dolmen de Pagobaikotza, en el contexto de los elementos de adorno del Calcolítico cantábrico, *Munibe* 54, p. 103-115.
- Ontañón, R., 2003: El campaniforme en la región cantábrica, *Trabajos de Prehistoria* 60,1, p. 81-98.
- Ortiz de Urbina, E., 1988: Aspectos de la evolución de la estructura social indígena del grupo de población autrigón en época prerromana y altoimperial, *II Congreso Mundial Vasco*, San Sebastián, p. 183-194.
- Ortiz de Urbina, C., 1996: *La Arqueología en Álava en los siglos XVIII y XIX*, Vitoria.
- Parson, J., 1767: *The Remains of Japhet, being historical enquiries into the affinity and origins of European languages*, London (reed. York, 1968).
- Peñalver, X., 1996: *Euskal Herria en la Prehistoria*. San Sebastián
- Peñalver, X., 1999: *Sobre el origen de los vascos*. San Sebastián
- Peñalver, X., 2001: El Bronce Final y la Edad del Hierro en la Euskal Herria atlántica, *Complutum* 12, p. 51-71.
- Peñalver, X., 2001a: *El hábitat en la vertiente atlántica de Euskal Herria. El Bronce Final y la Edad del Hierro (Kobie, Anejo 3)*. Bilbao.
- Peñalver, X. y San José, S., 2003: *Burdon aroko herri harresituak Gipuzkoan (Bertan 20)*, San Sebastián.

- Peñalver, X., 2004: *Mairubaratzak. Pirinioetako harrespila (Munibe, Suplemento 19)*, San Sebastián.
- Peralta, E. (ed.), 1999: *Las Guerras Cántabras*, Santander.
- Peralta, E., 2000: *Los Cántabros antes de Roma (Biblioteca Archaeologica Hispana 5)²*. Madrid.
- Pereira, L., Prata, M. J. y Amorim A., 2000: Diversity of mtDNA lineages in Portugal: not a genetic edge of European variation, *Annals of Human Genetics* 64, p. 491-506.
- Peréz Agorreta, M.^a J., 1986: *Los Vascones*, Pamplona.
- Peréz de Laborda, A., 2003: *Los campesinos vascones*, Estella.
- Pérez Vilatela, L., 1993: La onomástica de los apócrifos reyes de España en Anno de Viterbo y su influencia, en *Humanismo y pervivencia del mundo clásico. Actas del I Simposio sobre humanismo y pervivencia del mundo clásico*, en Maestre, J. M. y Pascual, J. (eds.), Cádiz, p. 807-819.
- Pérez Vilatela, L., 2000: *Historia y Etnología de la Lusitania (Biblioteca Archaeologica Hispana 6)*, Madrid.
- Plaza, S., Calafell, F., Helal, A., Bouzerna, N., Lefranc, G., Bertranpetit, J. y Comas, D., 2003: Joining the Pillars of Hercules: mtDNA sequences show multidirectional gene flow in the western Mediterranean. *Annals of Human Genetics* 67, p. 312-328.
- Prósper, B. M.^a, 2002: *Lenguas y religiones prerromanas del Occidente de la Península Ibérica*, Salamanca.
- Ramos, M., 2007: Cortecampo II (Los Arcos) y Osaleta (Lorca, Valle del Yerri). Sepulturas descubiertas en las obras de la Autovía del Camino, *La tierra te sea leve. Arqueología de la muerte en Navarra*, Pamplona, p. 93-96.
- Renfrew, C., 1998: From Here to Ethnicity, *Cambridge Archaeological Journal* 8,2, p. 275-277.
- Rivière, J.-C. 1979: *Georges Dumézil à la découverte des indo-européens*, Paris.
- Rodríguez de Berlanga, M., 1881: *Los bronce de Lascuta, Bonanza y Aljustrel*, Málaga.
- Rodríguez Casanova, I., e.p.: Nuevos datos sobre el tesoro celtibérico de Monte Lejarza-Larrabezúa (Vizcaya), *Zephyrus* (en prensa).
- Rohlf, G., 1985: *Antroponimia e toponomastica nelle lingue neolatine*, Tübingen.
- Rojo-Guerra, M., Garrido-Pena, R. y García Martínez de Lagrán, I. (eds.), 2005: *El Campaniforme en la Península Ibérica y su contexto europeo*, Valladolid.

- Romero Carnicero, F., Sanz Mínguez, C. y Escudero Navarro, Z., (eds.), 1993: *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Valladolid.
- Rosser, Z. H., Zerjal, T. y Hurler, M. E. *et al.*, 2000: Y-chromosomal diversity in Europe is clinal and influenced primarily by geography, rather than by language. *American Journal of Human Genetic* 67, p. 1526-1543.
- Rozoy, J. G., 1998: Stratégies de chasse et territoires tribaux au Mésolithique. *Bulletin de la Société Préhistorique Française* 95,4, p. 525-536.
- Rúa, C. de la, 1990. Los estudios de Paleontología en el País Vasco, *Homenaje a D. José Miguel de Barandiarán (Munibe 42)*, p. 199-219.
- Rúa, C. de la, Alonso, S. e Izagirre, N., 2006: Tradición e innovación de la Antropología Física en el País Vasco, *Homenaje a Jesús Altuna III (Munibe 57,3)*, San Sebastián, p. 315-326
- Ruiz Zapatero, G., 1984: *Los Campos de Urnas del NE. de la Península Ibérica (Tesis Doctoral de la Universidad Complutense 83/85)*, Madrid.
- Ruiz Zapatero, G., 2007: Morir, enterrar y recordar. Las tierras navarras durante la Edad del Hierro. *La tierra te sea leve. Arqueología de la muerte en Navarra*, Pamplona, p. 97-113.
- Ruiz Zapatero, G. y Llorio, A., 1999: Las raíces prehistóricas del mundo celtibérico, en J. A. Arenas y M.^a V. Palacios (eds.), *El origen del mundo celtibérico*, Molina de Aragón, p. 191-211.
- Ruiz-Gálvez, M., 1984: *La Península Ibérica y sus relaciones con el Círculo Cultural Atlántico (Tesis Doctoral de la Universidad Complutense)*, Madrid.
- Ruiz-Gálvez, M., 1998: *La Europa Atlántica en la Edad del Bronce*, Barcelona.
- Rupérez, T., García García, M.^a L. y Sesma, J., 2008: Tres Montes. Un sepulcro singular del III milenio en las Bárdenas Reales. *La tierra te sea leve. Arqueología de la muerte en Navarra*, Pamplona, p. 84-88.
- Sáenz de Buruaga, A., Fernández Eraso, J. y Urigoitia, T., 1989: El conjunto industrial achelense del embalse de Urúniga (Álava), *Zephyrus* 51-52, p. 27-53.
- Salinas de Frías, M., 2001: *Los vettones. Indigenismo y romanización en el occidente de la Meseta*, Salamanca.
- Sánchez Albornoz, C., 1972: Siglo V, La vasconización de la depresión vasca, *Orígenes de la nación española. Estudios críticos sobre la historia del reino de Asturias*, I, Oviedo, p. 101-106.
- Sánchez Moreno, E., 2000: *Vettones: historia y arqueología de un pueblo prerromano*, Madrid.

- Santos, J., Emborujó, A. y Ortiz de Urbina, E., 1993: Paleogeografía de Autrigones, Casistios y Várdulos, en M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), p. 449-467.
- Sanz Mínguez, C., 1997: *Los Váceos: cultura y ritos funerarios de un pueblos prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)*, Valladolid.
- Schmoll, U., 1959: *Die Sprachen der vorkeltischen Indogermanen Hispaniens und das Keltiberische*. Wiesbaden.
- Semino, O., Passarino, G. y Oefner, P. J. et alii, 2000: The genetic legacy of Paleolithic Homo sapiens sapiens in extant Europeans: a Y chromosome perspective. *Science* 290, p. 1.155-1.159.
- Silva, A.C.F. da, 1986: *A Cultura Castreja no Noroeste de Portugal*, Paços de Ferreira.
- Solana, J. M.^a, 1978: *Autrigonia Romana. Zona de contacto Castilla-Vasconia*, Valladolid.
- Stenico, M., Nigro, L. y Bertorelle, G., 1996: High mitochondrial sequence diversity in linguistic isolates of the Alps, *American Journal of Human Genetic* 59, p. 1363-1375.
- Sykes, B., 1996: Paleolithic and Neolithic lineages in the European mitochondrial gene pool. *American Journal of Human Genetic* 59, p. 185-203.
- Torbrügge, W., 1971: *Vor- und Prügeschichtliche Flussfunde (Bericht der Römisch-Germanischen Kommission 51-52)*, Franckfort, p. 1-146.
- Torres-Martínez, J. F., 2005: *La economía de los celtas de la Hispania atlántica II*, La Coruña.
- Torres-Martínez, J. F., 2008: De los días y los trabajos: el calendario anual en las sociedades célticas de la Península Ibérica, M. Almagro-Gorbea (ed.), *Etnocéltica Hispana (Bibliotheca Archaeologica Hispana 29)*, Madrid (en prensa).
- Torres, M., 2002: *Tartessos (Bibliotheca Archaeologica Hispana 1)*, Madrid.
- Torróni, A., Baldelt, H.J., D'Urbano, L., Lahermo, P., Moral, P., Sellito, D., Rengo, C., Foster, P., Savontaus, M.L., Bonné-Yamir, B. & Scozzari, R., 1998: mtDNA analysis reveals a major Late Palaeolithic expansion from South-western to Northeastern Europe. *American Journal of Human Genetics* 62, p. 1137-1152.
- Tovar, A., 1980: *Mitología e ideología sobre la lengua vasca*, Madrid.
- Tovar, A., 1985: La inscripción del Cabeço das Fráguas y la lengua de los lusitanos, *Actas del III Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas (Lisboa 1980)*, Salamanca, p. 227-253.

- Tovar, A., 1995: El mito del Euskera y los orígenes del Vasco. El Idioma en el siglo XX, *Temas culturales Vascos 1*, Madrid, p. 31-50.
- Trask, R.L., 1995: Origin and Relatives of the Basque Language: Review of the Evidencie, *Toward a History of the Basque Language*, Amsterdam-Filadelfia, p. 65-99.
- Ugartechea, J. M. et alii, 1971: El Castro de las Peñas de Oro. Valle de Zuya (Álava), *Investigaciones Arqueológicas en Álava*, Vitoria, p. 217-262.
- Untermann, J., 1961: *Sprachräume und Sprachbewegungen im vorrömischen Hispanien*, Wiesbaden.
- Untermann, J., 1965: *Elementos de un atlas antroponímico de la Hispania anti-gua (Bibliotheca Praehistorica Hispana VII)*, Madrid.
- Untermann, J., 1975: *Die Münzlegenden (Monumenta Linguarum Hispanicarum I)*, Wiesbaden.
- Untermann, J., 1997: *Die tartessischen, keltiberischen und lusitanischen Inschriften (Monumenta Linguarum Hispanicarum IV)*, Wiesbaden.
- Urzaiki, A. (ed.), 1995: La Organización Territorial en la CAPV. El nivel intermedio: La Comarca, *Boletín de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País*, 51,2, p. 409-619.
- Valdés, L., 1987: *Santuario tumular de Gastiburu (Arrazua, Bizkaia)* (Memorias sucintas de excavaciones), Vitoria.
- Valdés, L., 2005: El Santuario Protohistórico de Gastiburu (siglos IV al I a.C.) y el calendario estacional (Arratzu, Bizkaia), *Homenaje a Jesús Altuna II (Munibe 57,2)*, San Sebastián, p. 333-343.
- Vegas, J. I. (dir.), 2006: *San Juan ante Portam Latinam. Una inhumación colectiva en el Valle Medio del Ebro (Colección Barandiarán 11)*, San Sebastián.
- Villacampa, M. A., 1980: *Los Berones según las fuentes escritas*, Logroño.
- Villar, F., 2000: *Indoeuropeos y no indoeuropeos en la Hispania prerromana*, Salamanca.
- Villar, F. y Prósper, B. M., 2005: *Vascos, celtas e indoeuropeos. Genes y lenguas*. Salamanca.
- Vogt, H., 1955: Le basque et les langues caucasiques. *Bulletin de la Société Linguistique de Paris* 51, p. 259-265.

PALABRAS DE RECEPCIÓN

Vicente Palacio Atard

Conozco al amigo Martín Almagro Gorbea desde hace muchos años, desde que era estudiante en la licenciatura en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad, entonces se llamaba Universidad de Madrid, hoy llamada Universidad Complutense, en la que terminó brillantemente sus estudios con el doctorado y premio extraordinario. Muy poco después, por oposición, ganó la plaza de miembro del Cuerpo Facultativo de Museos y fue designado director del Museo Arqueológico de Ibiza por algún tiempo y luego pasó a ser conservador y director del Museo Arqueológico Nacional. En 1976 ganó por oposición la Cátedra de la Universidad de Valencia y unos años más tarde, en 1981, pasó a desempeñar esa misma Cátedra de Prehistoria en la Universidad Complutense, en la que ha sido director del Departamento de Prehistoria.

Yo creo que una de las mayores satisfacciones que ha tenido nuestro amigo don Martín Almagro Gorbea como director de ese departamento ha sido el día que nuestra Universidad nombró doctor *honoris causa* a la insigne y venerable figura de don José Miguel de Barandiarán, que estaba entonces próximo a cumplir

los 100 años de edad, el día de Santo Tomás 28.10.1987. Esta iniciativa había partido precisamente del grupo que ya empezaba a llamarse Delegación en Corte, así, en plural, como entidad corporativa. En la Bascongada, desde el siglo XVIII, existía un Delegado en Corte y en los tiempos en que yo llegué a Madrid lo era un personaje valiosísimo al que debemos rendir siempre un recuerdo a su memoria, que es García de Diego. En torno a él o a los siguientes delegados en Corte empezamos a reunirnos irregularmente, algunas veces en reuniones informales y sin lugar determinado, algunos de los Amigos que, siendo miembros de la Bascongada en nuestras comisiones hermanas de Alava, Guipúzcoa y Vizcaya, habíamos fijado nuestra residencia permanente en Madrid. Yo había sido nombrado por la comisión de Vizcaya Amigo de mérito, seguramente porque entonces había empezado a publicar unos trabajos sobre la pesca del bacalao en Terranova y los problemas de los pescadores vascos en el siglo XVIII. Cuando vine a Madrid, empecé a asistir a estas reuniones informales como digo.

Creo que fue en tiempos de Martínez Miñer, que era Delegado en Corte por sustitución de Julio Caro Baroja, cuando surgió entre los que nos reuníamos allí la idea de proponer a la Universidad Complutense que designara doctor *honoris causa* a don José Miguel de Barandiarán, que pese a sus muchos años, se mantenía con una gran frescura física y mental. A mi me correspondió trasladar esa iniciativa a la Universidad, porque probablemente era el único que al mismo tiempo de tomar parte en aquella Delegación en Corte era catedrático de la Universidad Complutense. Esta iniciativa yo, inmediatamente, la puse en manos de Martín Almagro Gorbea, al que le correspondía llevar a cabo esa petición adelante como director que era del Departamento de Pre-

historia, en el que debía hacerse la propuesta para ser nombrado doctor *honoris causa* el padre Barandiarán. Por cierto, era un honor extraordinario que debemos recordar, el que se le hacía al padre Barandiarán porque hasta entonces el único arqueólogo que había sido nombrado doctor *honoris causa* por la universidad de Madrid había sido el prestigiosísimo y universalmente celebrado arqueólogo alemán H. Obermaier.

Martín Almagro llevó a cabo con su habitual agilidad y eficacia las gestiones de aquel proyecto, de tal manera que en poco tiempo consiguió que, en efecto, don José Miguel de Barandiarán, fuera nombrado doctor *honoris causa* de nuestra Universidad y así es como el día de Santo Tomás de 1987, el 28 de octubre, Martín Almagro pudo leer la *laudatio* de don José Miguel en el acto solemnisimo de imposición de la medalla doctoral, que tuvo lugar en el aula magna de la Universidad con la presencia del Rector y otras autoridades y personalidades académicas.

Nuestro amigo Martín Almagro Gorbea es de ascendencia alavesa por su línea materna. Su madre Clotilde Gorbea Urquijo había nacido en el término municipal de Arceniega, que se prolonga hacia el Este en los caseríos de Retes y Llanteno, que lindan durante varios kilómetros a través de una línea de pequeñas ondulaciones montañosas con el valle de Gordejuela, en las Encartaciones de Vizcaya, con el que yo me siento encariñado, porque allí nació mi padre, allí están enterrados mis abuelos y mis antepasados desde el siglo XIV. Yo he nacido en Bilbao, pero no por aquello de que los que nacemos en Bilbao nacemos donde nos da la gana, sino porque en mi familia los hermanos que veníamos al mundo en verano nacían en Gordejuela y los que lo hacíamos en invierno nacíamos en Bilbao, y por eso, como yo lo hice en Enero, nací en Bilbao.

El apellido Gorbea es originario de esa zona norte del antiguo Señorío de Ayala, de Respaldiza, Arceniega y sus inmediaciones. Esa vecindad geográfica de nuestras familias, de nuestros apellidos, me hizo desde el primer momento tener una mayor afición hacia la madre de Martín Almagro, a la que quiero yo evocar aquí en este emotivo recuerdo por su muy reciente fallecimiento, por lo que no ha podido compartir con nosotros la satisfacción del acto en el que hoy nos encontramos.

Por otra parte, el topónimo Gorbea me retrotrae a mis años de adolescencia y primera juventud, en los que con un grupo de jóvenes quinceañeros iniciábamos nuestras experiencias montaÑeras: no de alta montaña, pero sí de práctica montaña tan habitual entre nuestras juventudes. Empezábamos ascendiendo a los montes vecinos a Bilbao, el modesto Pagasarri, el más atrevido Ganecogorta, con sus más de 1.000 metros, o en Gordejuela, el airoso monte Viquirrio, que se alza justamente enfrente de la ladera en la que se hallaba construida la casa de mis padres, o el próximo monte Eretza, en las cercanías de Sodupe, ese monte al que nosotros socarronamente cantábamos aquello de: «dicen que vas a subir, que vas a subir al monte Eretza, subirás en goitik-vera, etc.». Perdonen Ustedes esta digresión por mis recuerdos juveniles, pero ese es un pecado en que solemos incurrir todas las personas que, por suerte o por desgracia, hemos alcanzado una edad más que madura. Para nosotros, aquellos jóvenes pretenciosos aprendices de montaña, nuestra meta era ascender a la cruz del monte Gorbea, la montaña reina de nuestra tierra vasca.

Ahora debo volver al *curriculum* de nuestro buen amigo Martín Almagre Gorbea. Ha sido director de la Escuela Española de Arqueología de Roma y miembro naturalmente de la Sociedad Internacional Italiana de Arqueología Clásica con sede en Roma

y su nombre y su prestigio se han extendido por todo el mundo de los arqueólogos europeos y americanos principalmente. Además ha tomado parte en los numerosos congresos que celebran estos arqueólogos y prehistoriadores y es por eso miembro prácticamente de todas las asociaciones internacionales o secciones nacionales más prestigiosas. Principalmente quiero resaltar que es miembro del comité permanente de gobierno de la *Union des Sciences Prehistoriques et Protohistoriques*, la más importante asociación de esta naturaleza, es miembro del *Deutsche Archeologische Institut*, tiene numerosas condecoraciones: es oficial de la *Orden de las palmas académicas* de Francia, y así podría enumerarles una interminable relación de títulos y sociedades españolas, americanas y europeas a las que pertenece y en las que se ha acreditado como uno de los más prestigiosos arqueólogos del momento. En 1995, fue elegido por unanimidad Académico de Número de la R.A.H., en la que desempeña el cargo de Académico Anticuario, en el que, como Director del Gabinete de Antigüedades, se ocupa de las antigüedades que conserva nuestra Real Academia. En esta colección posee piezas únicas y muy valiosas de nuestro Patrimonio Histórico, como el Disco de Teodosio, el Almaizar de Hixem II y, también, por ejemplo, un puñal de cobre procedente de las primeras excavaciones dolménicas realizadas en el País Vasco, en la temprana fecha de 1831, en concreto, en el Dolmen de Aitzkomendi, en San Millán, Eguilaz, Álava.

Vosotros le habéis escuchado aquí esta magnífica lección en la que ha expuesto su tesis sobre el origen de los vascos, vosotros habéis apreciado como una de sus especializaciones y en la que más ha profundizado es en el estudio de las antigüedades prehistóricas de los celtas, no en vano el pueblo de Arceniega tiene como fecha festiva la Virgen de la Encina, y la encina precisamente es

un árbol religioso de los celtas. Pero en fin, no voy a insistir, solamente me cabe ya darle las gracias a Martín Almagro por su espléndida lección y darle la bienvenida al incorporarse a nuestra Sociedad Bascongada de Amigos del País, en la que deseo que sus trabajos sean tan fructíferos como han sido siempre los suyos.

Muchas gracias Martín, muchas gracias a todos por vuestra asistencia.